

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 22.

NUM. 255.

LA

ESPAÑA MODERNA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
DEL
ATENEU BARCELONES

Director: JOSÉ LÁZARO

—
MARZO 1910
—

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle de López de Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
DEL
ATENEU BARCELONES

EL RECONOCIMIENTO POR ESPAÑA DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

Hace un año trazamos en estas mismas páginas los preliminares del reconocimiento de la independencia de las Repúblicas hispano-americanas, lo cual nos permitió poner de relieve los errores y los apasionamientos, la parcialidad y la injusticia con que ha sido juzgada la conducta de España.

Complemento de tal labor sería trazar el cuadro de las relaciones entre los pueblos de raza española de uno y otro lado del Océano, desde el momento en que se consumó la separación de la Metrópoli y de las antiguas Colonias, porque del relato que habría de hacerse resultaría evidenciado, con el testimonio de documentos de indiscutible autoridad, que si bien es innegable que España ha incurrido en lamentables equivocaciones, ni la ha guiado el egoísmo, ni se ha inspirado en ciega intransigencia, ni de esas mismas equivocaciones han dejado de participar las Repúblicas hispano-americanas.

Tal empeño, sin embargo, cuya altísima conveniencia no es necesario encarecer, no podría llevarse á cabo sin emplear en su realización mucho más tiempo y muchísimo más espacio del que habría de tolerar la benevolencia de los lectores; porque ni España ni las Repúblicas hispano-americanas han tenido una política concreta y definida para dirigir y regular sus mutuas relaciones; porque son muy numerosos los incidentes que entre ellas han surgido, y porque es mucha la

labor realizada, aunque no sea mucha la verdaderamente útil y conveniente para sus comunes intereses de raza, sacrificados en más de una ocasión á las menudencias de la política interior. Por ello renunciamos á acometerlo en la forma y de la manera exclusivamente históricas que la índole de la materia exigiría.

Sin embargo, como aquí y allí, en España y en las jóvenes Repúblicas, si seriamente se piensa en estrechar las relaciones entre una y otras, haciendo política de raza, es preciso tener muy en cuenta las lecciones que se deducen de la historia de los cien últimos años, creemos que podrá ser de alguna utilidad el ir exponiendo poco á poco, en breves síntesis, á medida que el espacio lo consienta y siempre que la ocasión sea propicia, el cuadro de nuestras relaciones con los Estados hispano-americanos; y como ahora van á celebrarse en Buenos Aires las fiestas del centenario de su independencia, y á esas fiestas piensa asociarse España enviando autorizadísimos delegados, parece natural que comencemos nuestra modestísima labor por la floreciente y cultísima República Argentina.

*
* *

Al surgir la insurrección americana, en vez de agruparse las distintas provincias, para formar, frente al que consideraban como enemigo común, grandes núcleos que uniendo sus fuerzas les permitiesen resistir, primero, más fácilmente el poderío español, y asegurar luego mejor su independencia, haciendo estéril toda tentativa de reconquista por parte de la Madre patria, en vez de hacer esto, imitando el ejemplo que treinta y seis años antes diera la Confederación norte-americana, se dejaron dominar por un particularismo suicida, dividiéndose y fraccionándose de un modo contrario á sus intereses, y dificultando de este modo su desarrollo y su progreso.

No respetaron las agrupaciones hechas por España, ni si-

quiera se atuvieron á las exigencias del suelo. Los nuevos Estados se organizaron de un modo caprichoso, y esto dió origen á repetidos cambios y agravó las innumerables cuestiones de límites que forzosamente habían de surgir entre ellos, y que han surgido, perturbando su existencia durante casi toda la centuria.

Esos cambios en la composición territorial de los nuevos Estados, unido á la inestabilidad de los Poderes que en ellos se organizaron, dificultó grandemente su reconocimiento por parte de España, no sólo porque ésta no podía tener seguridad de que se cumplirían las condiciones que pactaba, sino por la diversidad de criterio que sustentaba cada uno de aquellos efímeros Gobiernos.

Tal ocurrió con lo que hoy se llama República Argentina.

Buenos Aires, uno de los virreinos existentes al estallar la insurrección, fué de los que por más tiempo y con más intensidad sufrieron los efectos de ese perturbador particularismo, pues el primer Gobierno nacional, constituido en 1810 en los países del Plata, que tomaron el nombre de Provincias Unidas del Río de la Plata, fué sustituido en 1811 por un Triunvirato ó Comisión ejecutiva, y en 1813 por el Directorio que creó la primera Asamblea constituyente argentina. En 1816, el Congreso de Tucumán proclamó la independencia; en 1820 desapareció el Directorio y se volvió al sistema federal; en 1826 se separó el alto Perú, constituyéndose en República con el nombre de Bolivia, y las provincias que permanecieron unidas tomaron el título de República Argentina, siendo declarada capital de ésta la ciudad de Buenos Aires, que desde 1776 lo era del virreinato del Río de la Plata; en 1827 surgió la guerra con el Brasil; las tropas brasileñas se apoderaron de Montevideo, y débiles unos para reconquistar esta plaza y los otros para sostenerse en ella, se pactó el Tratado de Río Janeiro, que dió origen á la República del Uruguay; y prevaleciendo de nuevo el sistema federal, Buenos Aires quedó reducida á capital de provincia. Apareció luego la figura de Rozas, cuya dictadura se pro-

longó hasta que ese caudillo fué vencido en 1852 por el general Urquiza; el Congreso Constituyente de Santa Fe dió la nueva Constitución, que no fué aceptada por Buenos Aires, y estalló la guerra, que duró hasta 1859, en que dicha ciudad volvió á formar parte de la Confederación; y en fin, dos años más tarde renovó Buenos Aires sus pretensiones, cayó el presidente Derqui y fué proclamado el famoso Mitre.

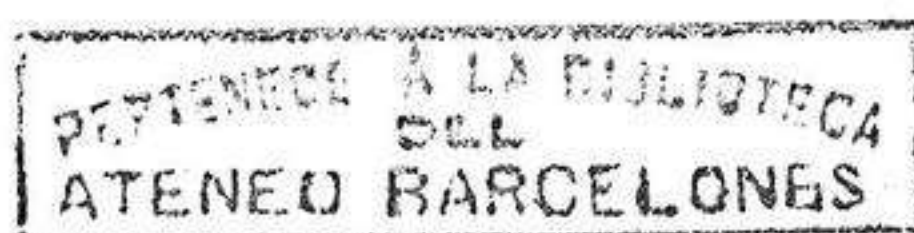
No hace falta prolongar esta enumeración para comprender que, por muy bien dispuesto que se encontrase el Gobierno español á otorgar el reconocimiento, era difícil que lo llevase á cabo, porque, en medio de tantos cambios y de tan repetidas mudanzas, no podía pactar sin exponerse á que, como repetidamente ocurrió, lo concertado con un Gobierno fuese anulado al día siguiente por el que le sustituyera. Además, á las mudanzas en las esferas gubernamentales de las Repúblicas hispano-americanas se unieron las mudanzas en las regiones oficiales de España, porque desde el regreso de Fernando VII en 1814, hay que registrar sucesos tan importantes como el profundo cambio político que ese hecho determinó, la revolución de 1820, la reacción del 23, la lucha, despiadada siempre y á veces sangrienta, de los partidos, la muerte del Rey en 1833, la guerra civil y el incesante cambio de ministros. ¿Era posible que en tales circunstancias, por buenos que fuesen los deseos de unos y otros, se llegase á resultado alguno satisfactorio?

Así ocurrió, que la tentativa realizada por Martínez de la Rosa en 1823, siendo ministro de Estado, fracasó por un cambio de política. Hallábase aquél dispuesto á concertar con América pactos comerciales, pero sin excluir, si era preciso para últimar aquéllos, la cláusula de reconocimiento. Envió, al efecto, sin credenciales, con un simple nombramiento del Rey, dos comisionados, D. Antonio Luis Pereira y D. Luis de la Robla, los cuales firmaron el 4 de Julio de 1823 el armisticio de Buenos Aires, en cuyos artículos se pactaba la admisión mutua de los respectivos pabellones hasta la paz definiti-

va. De adoptarse esa solución, se habría acortado considerablemente el período de incomunicación entre España y sus antiguas Colonias; mas como poco después fué abolido el sistema constitucional y restablecido el absolutismo, merced al concurso de los cien mil hijos de San Luis, Fernando VII, que se forjaba tan grandes como infundadas ilusiones respecto del apoyo de la Santa Alianza, rechazó aquel pacto, y continuó el alejamiento de unos y otros pueblos.

¿Es necesario agregar algo más, para que se comprenda por qué tardó tanto en restablecerse la comunicación entre España y América? Si algo faltase, lo suministraría el estudio de las negociaciones que precedieron al Tratado de paz y amistad entre España y la República Argentina.

* * *



Queda dicho cómo, á consecuencia de la guerra entre la Argentina y el Brasil, se constituyó en 1828 la República del Uruguay. Ninguno de los dos beligerantes contaba con fuerzas suficientes para imponer su voluntad al otro; y como ambos se disputaban la posesión de Montevideo, situada en la ribera oriental del Plata, acordaron que fuese independiente.

Constituyóse la nueva República, poniendo á su frente al general D. Manuel Oribe. Poco después, habiendo estallado la guerra entre Buenos Aires y Francia, exigió ésta al Presidente Oribe que le ayudase á hostilizar á Rozas, cerrándole el puerto de Montevideo, y como aquél se negase á ello y se declarase neutral, los agentes franceses provocaron secretamente, en 1838, una revolución, auxiliando á los unitarios, que, capitaneados por D. Frutos Ribera, derribaron á Oribe, que se refugió en Buenos Aires.

Ribera se alió con los franceses, y declaró la guerra á Rozas; pero conociendo su impopularidad, como hechura de una intriga anglo-francesa, trató de buscar apoyo en la mayor

suma de alianzas extranjeras, y esto y el influjo que ejercía la colonia española, altamente considerada por los indígenas desde el momento en que cesaron las hostilidades (1), le movió á solicitar la amistad de España, pactándose el Tratado de 1841, que el Uruguay ratificó después del plazo convenido, lo cual sirvió de pretexto al Gabinete de Madrid, que estimaba perjudiciales las cláusulas de aquél, para rechazarlo. De aquí que quedasen interrumpidas las relaciones hasta que, por excitaciones del Gobierno de Montevideo, acordó el español enviar un agente, para cuyo cargo fué elegido el Sr. Creus, el cual partió escoltado por la fragata *Perla* y el bergantín *Héroé*.

El Uruguay era inferior á la Argentina en extensión territorial, en población y, por consiguiente, en fuerza; la colonia española que en aquél residía era de menos importancia que la que habitaba en la derecha del Plata, y el comercio de Montevideo ofrecía á España muchas menos ventajas que el de Buenos Aires. Por todo ello, el Gobierno español no dejó de pensar en la conveniencia de entablar relaciones con el de la Argentina, y aunque no se decidió á dar públicamente el primer paso, se mostró desde luego resuelto á aprovechar la primera oportunidad que se le presentase. Al efecto, se dieron al Sr. Creus plenipotencias para los dos Gobiernos, y en sus instrucciones se le dijo que su misión no era exclusiva para uno de dichos Gobiernos, sino para ambos; que se presentase como agente de España, meramente protector de los súbditos de su nación y de sus intereses, y *del todo ajeno* á sus luchas interiores; que lo mismo dirigiese sus gestiones al Gobierno de una banda que al de la otra, si bien respecto del de Buenos Aires deberían ser confidenciales; y que, si era por este último re-

(1) Es interesante hacer notar que al día siguiente de cesar la lucha, los españoles eran muy considerados en las Repúblicas hispano-americanas. Sobre todo el pueblo los miraba como hermanos, en tanto que odiaba á los demás extranjeros, con el odio propio de los pueblos nuevos, poco ilustrados y mal seguros de su independencia.

querido á tratar, debía hacerlo, pues para los dos llevaba plenipotencia, como ya queda dicho.

Bien pronto, mucho antes de lo que podía sospechar el Gobierno español, se realizó esa hipótesis, pues no bien hubo llegado á Río Janeiro el Sr. Creux, recibió la visita del general Guido, ministro de la República Argentina en aquella corte, el cual no sólo le dió verbalmente seguridades de las amistosas disposiciones de su Gobierno, sino que le pasó una Nota oficial, manifestándole que aquél, noticioso del envío de una Legación española al Río de la Plata, con buques de la Armada Real, había ordenado al comandante general de la escuadra argentina que, al arribo de aquéllos, se pusiese en comunicación con su comandante y con el Sr. Creux, manifestando á éste *que el Gobierno argentino estaba dispuesto á acreditarles su sincera amistad*, y que, aunque no existía Tratado, podían pasar, si gustaban, al puerto de Buenos Aires.

Este paso, que constituía una verdadera iniciativa por parte del Gobierno argentino, colocaba al representante español en una situación ventajosísima, pues, requerido por ambos pueblos de las orillas del Plata, ajeno á las discordias que los dividían y extraño por completo á la intervención armada que ejercían Inglaterra y Francia, podía acrecer el prestigio y la influencia de España con su actitud neutral y con sus buenos oficios, y obtener concesiones más favorables á los intereses españoles.

Así lo entendió el Sr. Creux, no obstante lo cual, fuese por falta de tacto en éste ó por imposición de las mismas circunstancias, el hecho es que no sacó el partido que podía esperarse del estado de ánimo del Gobierno argentino. El representante español fué acogido en Montevideo con entusiasmo por los españoles, obsequiado por los ministros de Francia é Inglaterra y halagado por los miembros del Gobierno y del Senado; pero en vez de trasladarse luego á Buenos Aires y ponerse en relaciones personales con el Gabinete argentino, permaneció en el Uruguay, y acaso se mostró un tanto parcial

en favor de éste. No se hizo cargo de que la rivalidad existente entre el Uruguay y la Argentina exigía por su parte una exquisita neutralidad.

Unióse á esto el rumor de que el Gobierno español favorecía los planes del exgeneral Flores, al que se acusaba de preparar una expedición contra las Repúblicas hispano-americanas, y por todo ello ó porque en el fondo el dictador Rozas no fuese muy partidario de tratar con España, lo cierto es que el Sr. Creux nada positivo logró, y que el Gobierno argentino se mostró quejoso y hasta hostil. Se había desaprovechado la ocasión, y ésta tardó en volver á presentarse.

El Gobierno español no quedó muy satisfecho de las gestiones de su representante, y le reiteró la orden de mostrarse perfectamente neutral en lo relativo á la intervención extranjera, dirigiéndose, para dispensar su protección á los españoles, á todo Gobierno ó poder constituido en ambas orillas del Plata, sin dar, ni en el fondo ni en la forma, más carácter de legitimidad á uno que á otro, y prestando á todos ellos indistintamente aquellos servicios de humanidad que prestan los agentes de un país neutral en otro donde existe guerra y donde los partidos se persiguen. Le encargó, además, que pasase una Nota al Gobierno argentino diciéndole que el de S. M., á quien el propio decoro no permitía dar el primer paso en una reconciliación con aquella República, á pesar de los deseos que le animaban de verificarlo, enterado con satisfacción de la iniciativa tomada á nombre del Gobierno argentino por un ministro del Brasil, y viendo en este paso, dado aun antes de la llegada del agente español al Río de la Plata, el vivo deseo de entrar en relaciones, le había mandado corresponder con igual benevolencia á aquella amistosa invitación, pasando á la ciudad de Buenos Aires á avistarse con el Gobierno argentino, en la seguridad de que aquel primer paso de franca inteligencia conduciría al feliz resultado que se anhelaba; y por último, le previno que, una vez llegado á la capital argentina, debía empezar por desvanecer la prevención que aquel Gobierno pudiese

abrigar á causa de la anterior y exclusiva permanencia del enviado español en Montevideo, manifestando que la necesidad de dejar definitivamente terminada la exención de los súbditos españoles del servicio de las armas, tanto en la plaza, como en el campo de Oribe, era lo que había causado su larga permanencia en la banda oriental.

Conviene hacer notar, para comprender esa última parte de las nuevas instrucciones dadas al Sr. Creux, que los españoles, tanto en el Uruguay como en la Argentina, se habían visto obligados á tomar las armas y á formar parte de los ejércitos que en una y otra luchaban á las órdenes de distintos caudillos que se disputaban el poder. Era indispensable, por tanto, obtener que se les eximiese del servicio militar, y así lo hizo el agente español en Montevideo, logrando que el Gobierno licenciase á los españoles. Sin moverse de aquella capital, cuando todo aconsejaba que personalmente se pusiese en relación con el general Oribe, que dominaba en el resto del país, y que era un poder constituido de *hecho*, ni más ni menos legal para España que el establecido dentro de la plaza, dirigió Notas á aquél sobre el mismo asunto; pero tuvo el poco tacto de faltar á las fórmulas reconocidas y herir su susceptibilidad, dirigiéndose al mismo general Oribe, Presidente de la República. En vano fué que la respuesta viniese autorizada, á nombre del Presidente, por su ministro de Relaciones exteriores, D. Carlos Villademoros; el Sr. Creux, en su réplica, volvió á dirigirse al Presidente; pero, por fortuna, este pasó por alto la incorrección y accedió al licenciamiento de los españoles.

También se dirigió el Sr. Creux al Gobierno argentino, enviando su Nota por medio de un oficial de Marina, y la respuesta fué en el fondo tan satisfactoria como aquéllas, pues aseguró que en el ejército argentino no había español alguno alistado contra su voluntad, y que si alguno existía sería por sentencia judicial dictada en causa por delitos comunes. Sin embargo, añadió que á ningún agente acreditado cerca del

Gobierno de Montevideo y situado en aquella plaza hubiera dado contestación, y que se la daba al Sr. Creux por ser enviado de España, á la cual deseaba manifestar todo el afecto y simpatía que le merecía por los antiguos vínculos de fraternidad. Esto debió impulsar al representante español á trasladarse á Buenos Aires, rectificando así el error que había cometido, pero el Sr. Creux no lo hizo, y, no obstante esto, se mejoró algo la situación de nuestros compatriotas, pues algunos de éstos obtuvieron pasaporte como tales españoles, cosa que antes no ocurría. ¡Qué no habría sucedido si el Sr. Creux hubiese ido en el *Héroe* á Buenos Aires en vez de enviar su Nota con un oficial.

Es indudable que la actitud personal del representante español, tan opuesta á los deseos y á las instrucciones del Gabinete de Madrid, entorpeció el reconocimiento de la República Argentina por España, y que la conducta del Sr. Creux fué poco hábil, cuando menos, pues en el supuesto de que éste tuviese razón al afirmar que Rozas no quería pactar con la antigua Metrópoli, su interés como diplomático, y el mismo interés de España, se cifraba en hacer pública y notoria esa resolución del famoso dictador argentino. Pero si esto es indudable, no lo es menos, y conviene consignarlo en descargo del negociador español, que dada la rivalidad existente entre Montevideo y Buenos Aires y el estado de una y otra República, era difícilísimo, ya que no imposible, que un mismo Agente, por grandes que fuesen su tacto y su habilidad, se entendiese á la vez con ambos Gobiernos. Así lo comprendió luego el Sr. Creux, y por ello indicó al Gobierno la conveniencia de nombrar otro representante para Buenos Aires (1). De todos modos, salvando este pequeño error, no puede culparse al Gabinete de Madrid por lo ocurrido.

(1) Despacho de 1.º de agosto de 1847.—En este mismo despacho añadía el Sr. Creux que si Rozas señalaba alguno de sus actos como inconveniente para abrir las negociaciones, se le separase inmediatamente, dando á este paso todo el carácter de una satisfacción.

¿Tenía razón el Sr. Creux al acusar de mala fe á Rozas? En apoyo de este aserto envió aquél al Ministerio de Estado ejemplares de la *Gaceta*, de Buenos Aires, en los cuales se insertaban violentos artículos contra el Gobierno de S. M., fundándose en el supuesto de que éste había favorecido los proyectos del general Flores de realizar una expedición. El Gabinete de Madrid negó terminantemente esa especie; pero lo cierto es que el rumor, esparcido y fomentado acaso por los enemigos de la influencia española en América, nos hizo mucho daño, y sirvió de pretexto á Rozas para la actitud que adoptó.

Decimos que eso fué un pretexto, porque en realidad el dictador tenía otras razones de índole interior.

Si trataba con España, la población española que residía en territorio argentino, y que no bajaba de seis á siete mil almas, habría tenido una garantía contra la arbitrariedad con que de ella disponía, imponiendo fuertes contribuciones á los ricos y engrosando las filas de su ejército con las clases jornaleras. Su política se encaminaba á restringir las franquicias y privilegios que habían obtenido los demás extranjeros, y no podía prestarse á hacer extensivas unas y otros á los españoles. Además, Rozas consideraba como provincia argentina la República del Paraguay, y abrigaba la esperanza de que lo fuese un día la banda Oriental, y comprendía que España tenía que negarse á comprender esos territorios en el Tratado de paz. Por último, la ratificación del Tratado exigía la reunión del Congreso general de la República, y la reunión del Congreso podía ser su ruina.

Era indiscutible que habíamos dejado pasar la ocasión, y que las circunstancias ya no nos favorecían.

No obstante esto, el Sr. Creux, ante las nuevas instrucciones que se le enviaron el 24 de Noviembre de 1846, se decidió á dar algún paso, y aprovechando la visita de un Sr. Chain, sujeto hijo de español y educado en España, que mantenía íntimas relaciones de amistad con el general Urquiza y era agente de éste para la mediación entre Montevideo y Buenos Ai-

res, celebró con él una conferencia. Como consecuencia de ésta, el Sr. Chain dirigió una comunicación al representante de España, rogándole, en interés de ambos países, se sirviese darle conocimiento de la parte que el Gobierno de S. M. tomaba en la expedición Flores, ó de las disposiciones que hubiese adoptado para impedir la; y el Sr. Creux le contestó justificando al Gabinete de Madrid de la acusación de proteger la expedición, asegurando que los agentes de España se abstendrían de intervenir en las guerras intestinas de los Estados americanos, sin ponerse del lado de ninguno de los partidos que mantenían la lucha, haciendo observar que si había tratado con el Gobierno de Montevideo, fué porque éste inició las negociaciones tres ó cuatro años antes; pero que hasta tanto que España se encontrase ligada por un Tratado, consideraba como Gobiernos de hecho lo mismo al del general Oribe que al del general Suárez; y, en fin, recordó que estaba autorizado con la correspondiente plenipotencia para tratar con el Gobierno de Buenos Aires, que para abrir la negociación con la República Argentina había dado algunos pasos, y que tan luego como se le invitase á verificarlo, dándole garantías de que se le trataría con la consideración debida á su rango, estaba pronto á trasladarse al punto que se le designase para negociar (1).

Esta gestión no dió resultado alguno, y algunos meses después, el Sr. Creux, persistiendo en la línea de conducta que se le había trazado, escribió una carta á D. Francisco C. Beláustegui, miembro influyente del Cuerpo legislativo de Buenos Aires y cuñado del ministro de Negocios Extranjeros, señor Arana, con el cual parece que había tenido ya verbalmente algunas explicaciones. El Sr. Beláustegui dió lectura de la carta á su hermano político, y comunicó al Sr. Creux las observaciones que sobre el contenido de aquélla había hecho el ministro argentino.

(1) Despacho del Sr. Creux al ministro de Estado; fecha, Montevideo, 18 de Enero de 1847.

Decía el Sr. Arana que el Gobierno de Buenos Aires nunca había recriminado al Sr. Creux por la conducta que hubiese creído conveniente emplear en el desempeño de sus funciones en Montevideo, pero sí había mirado con extrañeza algunos pasos que le habían separado de la neutralidad que le correspondía observar en la contienda que sostenían los dos Gobiernos del Plata; que los actos del jefe de las fuerzas navales españolas en Buenos Aires habían tenido una tendencia manifiesta á sublevar la población española contra las autoridades; que no desconocía la comunidad de intereses que existía entre España y la República Argentina, pero que el regular aquélla por un Tratado era obra para tiempos de más calma que los de entonces, en los cuales el Gobierno argentino estaba consagrado exclusivamente á salvar la existencia é independencia nacional, amenazadas por la infausta intervención extranjera; que mientras subsistiese esta necesidad, creía que nada podía hacer el Gobierno, y que más de una vez había desatendido iguales invitaciones por agentes públicos de otras naciones amigas; y, por último, que apreciando los sentimientos de simpatía y benevolencia del Sr. Creux respecto á Buenos Aires, así como también los del Gobierno español, parecían poco favorables para abrir negociaciones los momentos en que aún duraba en los pueblos americanos la impresión producida por los aprestos de la expedición Flores, armada en España, y protegida, según algunos, por el Gobierno español.

Compréndese fácilmente que estos asertos no podían quedar sin contestación; y, en efecto, el Sr. Creux replicó manifestando al Sr. Beláustegui el sentimiento que le causaba el desvío del Gobierno argentino, haciéndole ver lo absurdo de que el jefe de las fuerzas navales españolas intentase sublevar la población española en Buenos Aires, cuando ni aun conocía las personas que allí podían ejercer influencia, ni había practicado otra gestión respecto de los españoles que la de pedir no se negase pasaporte á los que lo solicitasen, y demostrándole,

con los testimonios de aprecio y simpatía que había recibido el Gobierno de S. M. de varias Repúblicas de América, que se había calmado completamente la alarma producida por los rumores de la expedición Flores (1).

Tampoco esta gestión dió resultado alguno; pero antes de conocerlo dió el Gobierno español un paso que acreditaba su sincero deseo de establecer amistosas relaciones con la República Argentina.

En efecto; en 17 de Octubre de 1847 dirigió una Real orden á los ministros [plenipotenciarios de S. M. en Londres y Wáshington, á fin de que entablasen negociaciones puramente confidenciales con los ministros de Buenos Aires en dichas capitales para adquirir la seguridad de que en aquella República sería recibido con el decoro correspondiente cualquier agente del Gobierno español, encargado de proteger las personas y las propiedades de los españoles que allí residían, y de regularizar las relaciones entre ambos países por medio de un Tratado de reconocimiento y amistad. Las contestaciones, aunque nada en definitiva resolvían, no dejaron de ser satisfactorias, pues tanto el ministro argentino en Londres, D. Manuel [de Moreno, como el general Alvear, que desempeñaba igual cargo en Wáshington, se mostraron favorables á la idea y prometieron escribir á su Gobierno (2); pero antes de que llegase la respuesta de éste á sus agentes, tuvo conocimiento el de Madrid de la fracasada gestión cerca del Sr. Beláustegui y de otros hechos que aclaraban los propósitos del general Rozas.

Habiendo incluido el Gobierno de Buenos Aires, en su mensaje á la 25.^a Legislatura, con fecha 27 de Diciembre de 1847, un párrafo en el que acusaba al Gobierno español de ha-

(1) Despachos del Sr. Creux al ministro de Estado, fechas 11 de Agosto, 29 de Septiembre y 9 de Octubre de 1847.

(2) Despacho del ministro de S. M., en Londres, al ministro de Estado, fecha 3 de Diciembre de 1847.

Idem id. en Wáshington al id., fecha 15 de Diciembre de 1847.

ber prestado auxilio al general Flores para la expedición que proyectó contra el Gobierno del Ecuador, el Sr. Creux dirigió una Nota confidencial al ministro de Relaciones Exteriores de Buenos Aires, manifestando el sentimiento del Gobierno de S. M., al ver que, por circunstancias imprevistas y por incidentes lamentables, se hallaban España y Buenos Aires en un estado de alejamiento deplorable, haciendo constar de nuevo que, dadas por el Gobierno de S. M. las explicaciones oportunas sobre la expedición de Flores, los pueblos americanos habían reconocido la lealtad de aquél y renunciado á la política hostil á España que en los primeros momentos se había iniciado; y añadiendo que, siendo ya tiempo de que se estableciesen relaciones de amistad entre ambos países, esperaba el Gobierno de S. M., para enviar un agente á Buenos Aires, á saber si hallaría buena acogida por parte del Gobierno argentino (1).

Justo es decir que si el Sr. Creux había errado, no aprovechando los primeros momentos de su llegada al Plata para estrechar relaciones con el Gobierno de Buenos Aires, procuró después, quizá hasta con exceso, remediar su falta; pero su insistencia, que iba tal vez un poco más lejos de lo que consentía el decoro de España, no podía dar, y no dió, el resultado apetecido. El ministro de Negocios Extranjeros de la Argentina contestó al Sr. Creux que su Gobierno apreciaba los sentimientos del de S. M. respecto á la Confederación argentina, y que prestaría al agente español que se enviase á Buenos Aires una hospitalidad satisfactoria, pero que no podría reconocerlo como agente público, porque las disposiciones vigentes en su país le prohibían recibir con ese carácter á un agente de cualquier Gobierno extranjero que no hubiese reconocido la independencia de la República.

(1) Despacho del Sr. Creux al ministro de Estado, fecha 7 de Febrero de 1848.

Aunque al dar cuenta de esta respuesta añadió el Sr. Creux que sabía que el general Rosas había dicho á un íntimo amigo suyo que sentía mucho no haber podido acceder á la propuesta del Gobierno español, y que más adelante era necesario anudar relaciones con España y dar á ésta la preferencia sobre todas las demás naciones, como la única que era acreedora á ella, el Gabinete de Madrid se sintió molestado por aquella contestación, estimando ésta como una negativa, y resolviendo que no podía acceder al reconocimiento previo, porque no debía comenzar despojándose del arma más poderosa, de la única con que contaba para defender las vidas y las haciendas de los españoles residentes en Buenos Aires; para descargarse de la deuda que pesaba sobre aquel territorio cuando formaba parte de los dominios de la corona de Castilla, y para restituir la nacionalidad española á los súbditos de S. M. que, por su seguridad personal y la de sus bienes, se habían acogido al pabellón de la República durante el período de la guerra y la interrupción de las relaciones.

En vista de todo esto, y habiendo confirmado el secretario de la Legación española en Montevideo, D. José Zambrano, en la visita que con carácter privado hizo á Buenos Aires, esa disposición de ánimo del Gobierno argentino, el de S. M. se decidió á hacer público, aunque de un modo confidencial, los pasos que había dado para restablecer las relaciones con la República Argentina; pero Rosas hizo más, pues llevó á la *Gaceta Mercantil* de Buenos Aires, del 30 de Mayo, las comunicaciones de los ministros argentinos en París y Londres, Sarratea y Moreno, dando cuenta de las conferencias que con ellos había celebrado el plenipotenciario español cerca de S. M. Británica, Sr. Istúriz, acerca de la admisión de un agente español.

Esto aumentó el disgusto del Gobierno de S. M., no sólo porque esas conversaciones, puramente confidenciales, no podían darse lícitamente á la publicidad, sino porque en el despacho de Moreno se atribuía á Istúriz la especie de que se retiraría de Montevideo el Sr. Creux, lo cual no podía menos de

suscitar recelos en el Gobierno oriental del Plata; y le puso en el caso, á fin de restablecer la verdad, de autorizar al enviado español en Montevideo para publicar, si lo juzgaba necesario, las instrucciones que, con fecha 17 de Octubre de 1847, se habían enviado á los ministros de Londres y Wáshington (1).

Dados estos antecedentes, compréndese perfectamente que el Gobierno español no podía ni debía insistir en sus gestiones, y aunque sin abandonar por completo la patriótica idea que perseguía, hubo de esperar á que cambiase la situación de la República Argentina ó se modificase el criterio del general Rozas. Esto último no era muy fácil, pues las circunstancias obligaban á aquél á persistir en los puntos de vista que había adoptado. Diez y seis años llevaba ya al frente de la República, y lejos de haber conseguido destruir á sus adversarios, no obstante el extremado rigor de su política, cada día eran aquéllos más y más poderosos.

Esperó, pues, y el cambio no se hizo esperar mucho. El 3 Febrero de 1852 fué derrotado el dictador, en los campos de Caseros, por el general D. Justo José de Urquiza, que fué proclamado Presidente; pero aunque la situación de los españoles mejoró bastante bajo la administración del nuevo Gobierno, y aunque el general Urquiza se mostró dispuesto á recibir á un agente español, reconoció los nombramientos que se hicieron de cónsules y vicecónsules, y proyectó enviar á Madrid una persona para celebrar un tratado, deteniéndole únicamente para esto la angustiosa situación del erario de la República; no por ello eran más favorables las circunstancias para consagrar en un pacto el restablecimiento de las relaciones, porque en realidad la Argentina no constituía un verdadero Estado, pues había en ella dos Gobiernos meramente de hecho, que bien pronto se combatieron rudamente.

(1) Despacho del Sr. Creux al ministro de Estado, fecha 14 de Junio de 1848, y Real orden del ministro al enviado en Montevideo, fecha 6 de Noviembre.

Urquiza, que, como gobernador de la provincia de Entre-Ríos, había sido uno de los más decididos defensores de Rozas, pudo un día lograr sustituir á éste, pero no dominó la situación. Recibido en Buenos Aires con la gratitud más profunda y con la expansión más abierta, no tuvo habilidad para comprender que la populosa capital deseaba, más que un cambio de personas, un cambio de política. «Buenos Aires—escribía más tarde uno de los agentes de este Estado,— á poco de haber sacudido el yugo de la más repugnante tiranía, tuvo ocasión de conocer que se le trataba no como á un pueblo hermano, sino como á un pueblo vencido. El general Urquiza dispuso á mansalva de los caudales públicos, se apoderó de todo el material de su parque de artillería y dictó medidas represivas contra la libertad y seguridad de esclarecidos ciudadanos. No había transcurido un mes todavía desde la victoria de Caseros, cuando apareció un decreto, firmado por dicho general, en virtud del cual se restablecía el uso vergonzoso de la divisa punzó, de esa divisa que llevaba por mote estas tristes y calamitosas palabras: *¡Mueran los salvajes unitarios!*»

«El Estado de Buenos Aires, que venía siendo testigo de los sucesos que someramente acabo de referir, se levantó de súbito como un solo hombre, decidido á no dejarse arrebatarse el beneficio que poseía, pues el vulgar instinto de su conservación y su decoro le aconsejaban esta resolución. El general Urquiza se aproximó hasta las puertas de la ciudad, á la cabeza de un poderoso ejército; pero vencido en breve tiempo, vióse obligado á regresar al seno de su provincia. El rompimiento, pues, era inevitable. La ley de los acontecimientos así lo determinaba, y no puede esconderse á la rectitud é ilustración de V. S. que, por más sensible que haya sido este acontecimiento, no era ya dable prescindir de sus consecuencias, sobre todo, desde que, reunidas en Congreso las trece provincias en la ciudad de Santa Fe, para nadie fuera dudoso que la presidencia de la Confederación iba á recaer necesariamente

»en la misma persona que acababa de convocarlas para constituir la nación» (1).

Reunido, en efecto, el Congreso Constituyente, se promulgó la Constitución de 1853, pero Buenos Aires no la aceptó y se declaró Estado independiente, constituyéndose con dos Cámaras (Sala de Representantes y Senado), y colocó á su cabeza á un joven magistrado. La lucha, y lucha sangrienta que se prolongó hasta 1859, fué el resultado de la división. El Gobierno de la Confederación se estableció en Paraná.

La separación de Buenos Aires constituía un rudísimo golpe para el general Urquiza. Dicha capital, por su población, que pasaba ya de doscientas mil almas; por su situación en el Río de la Plata; por su riqueza, y por haber sido ya en dos épocas la capital de la República, ejercía una influencia que ninguna de las otras trece provincias de la Argentina podía disputarle. Por esto el general Urquiza comprendió toda la importancia que para él tenían las relaciones internacionales y procuró cultivarlas, tratando de atraer á Paraná al Cuerpo diplomático (2), y á esto obedeció, sin duda alguna, el decreto que su Gobierno dictó acreditando un agente suyo cerca de las Cortes de Londres, París y Madrid. El decreto, que es digno de ser conocido, decía así:

«Departamento de Relaciones Exteriores.—Paraná, Junio 8 de 1854.—El Vicepresidente de la Confederación Argentina.—Considerando: Que ha desaparecido la situación producida por la guerra de la Independencia contra la Metrópoli, y deseoso de manifestar á la Madre Patria las profundas simpatías que tiene el Gobierno de la Confederación por S. M. C. y por la Nación española, á la que nos ligan vínculos de sangre, de religión y de idioma, y demostrar al mundo que es un prin-

(1) Comunicación dirigida al ministro de Estado, en 5 de Abril de 1856, por D. Juan Thompson, agente confidencial de Buenos Aires en Madrid.

(2) Sólo el Gobierno francés nombró un representante suyo cerca del general Urquiza, en Paraná: los demás se mantuvieron por entonces á la expectativa.

cipio inalterable de la política argentina el de la paz y unión con las Naciones del Orbe.—Que ha llegado el momento de entablar relaciones diplomáticas con el Reino de España, cuyo comercio es tan importante en la Confederación, y por el acrecentamiento del cual hace fervientes votos el Gobierno nacional.—Y, por último, que es necesario y conveniente manifestar á la España que el Gobierno argentino desea entrar en relaciones amistosas con la antigua Metrópoli.—Ha acordado y decreta:—Art. 1.º El Encargado de Negocios de la Confederación Argentina cerca de los Gobiernos de S. M. la Reina del Reino Unido de la Gran Bretaña é Irlanda y de S. M. el Emperador de los franceses, Dr. D. Juan Bautista Alberdi, queda nombrado en igual carácter, cerca del Gobierno de S. M. C.—2.º Expídansele las credenciales correspondientes, comuníquese este decreto, publíquese y dese al Registro Nacional.—Carril.—Juan María Gutiérrez.»

El Gobierno recibió con satisfacción la noticia del nombramiento del Sr. Alberdi, que era un abogado que se hallaba ejerciendo en Chile y gozaba de buena reputación en aquellos países, tanto por su saber como por la moderación de sus ideas políticas (1); pero quiso que se indicase al general Urquiza la conveniencia de que aquél trajese plenos poderes para concertar un Tratado de paz y amistad. «La celebración de este Tratado—dijo el Encargado de Negocios en Montevideo—ha de preceder necesariamente á la entrega de las credenciales, y faltando semejante requisito, se hace imposible el establecimiento de relaciones diplomáticas con la Confederación, que el Gobierno de S. M., no menos que el de dicho Estado, desea ver asentadas sobre bases sólidas y de mutua conveniencia» (2).

Poco después de esto, el Estado de Buenos Aires nombró

(1) Despacho del Encargado de Negocios en Montevideo, Sr. Alós, al ministro de Estado; fecha, 4 de Julio de 1854.

(2) Real orden al Encargado de Negocios en Montevideo; fecha, 4 de Septiembre de 1854.

á D. Juan Thompson agente confidencial suyo cerca del Gobierno de S. M. C., para concertar un Tratado de paz y de reconocimiento; de modo que España, después de las resistencias anteriores, se vió solicitada por los dos contendientes en la Argentina.

En vista de esto, parecía natural que se esperase la llegada de ambos agentes para entablar en Madrid las negociaciones; pero no sólo no se hizo así, sino que, en virtud de un largo informe del Subsecretario de Estado, D. Juan Antoine y Zayas, se acordó nombrar un Ministro plenipotenciario, que, provisto de los correspondientes plenos poderes, llevase la misión de negociar Tratados de paz y reonomiento con todos los Estados del Río de la Plata. Para ese cargo fué nombrado el Director de la Sección de Política en el Ministerio, D. Jacinto Albístur, al cual se dieron también patentes de Cónsul general para el Uruguay, la Confederación Argentina, Buenos Aires y el Paraguay.

No se explica bien, y el informe de la Subsecretaría no lo aclara, por qué el Gobierno, después de haber tocado las consecuencias de acreditar á una misma persona cerca de dos poderes distintos y rivales, volvía á este procedimiento, ni se comprende qué razón tenía para preferir una duplicidad de gestiones que forzosamente habían de producir embarazo en una negociación que desde luego presentaba serias dificultades, toda vez que la Argentina había de rechazar, como ya lo había hecho antes Rozas, el criterio sostenido por el Gobierno español respecto de la nacionalidad de los hijos de españoles nacidos en la Confederación. Pero, en fin, el hecho es que se nombró á Albístur en los mismos momentos en que se esperaba á Alberdi.

Lo que uno y otro Plenipotenciario hicieron, y el desenlace de esta larga gestión, exigen capítulo aparte.

JERÓNIMO BÉCKER

EL AÑO MUSICAL

(1 9 0 9)

MÚSICA DE CÁMARA.—La Sociedad Filarmónica Madrileña: artistas y obras.—Los Cuartetos Francés y Vela.—La Sociedad de Instrumentos de viento.—Conciertos varios.—La *Suite Iberia*, de Albéniz.

MÚSICA SINFÓNICA.—La Orquesta Sinfónica.—Obras españolas estrenadas: *Suite de aires murcianos*, de Pérez Casas; fragmentos de *Rodrigo Díaz de Vivar*, de Manrique de Lara, y de *Almas muertas*, de la Viña.

TEATRO REAL.—María Gay, en *Carmen*.—Estrenos de *El ocaso de los dioses*, de Wagner; *Hesperia*, de Lamote de Grignon, y *Margarita la Tornera*, de Chapí.

VARIA.—Conservatorio: composiciones de los alumnos y concursos de fin de año.—Ateneo: premio Charro Hidalgo, conferencias.—Periódicos y publicaciones.—Varias noticias.

NECROLOGÍA.—Chapí, Albéniz, Olmeda.

PROVINCIAS.—Bilbao, Oviedo, Gijón, Zaragoza, etc.—Valencia.—Barcelona.

La música de cámara sigue siendo la que más intensamente se cultiva en Madrid. A las series de conciertos de la Sociedad Filarmónica Madrileña y de los Cuartetos Francés y Vela, hay que agregar en el año último los dados por la *Sociedad de Instrumentos de viento de Madrid*, nacida bajo los mejores auspicios.

El año 1908-1909 de la Sociedad Filarmónica Madrileña, si muy interesante desde el punto de vista artístico, arroja pocas novedades dignas de especial mención.

Las sesiones de *lieder* estuvieron á cargo de la célebre *liedersängerin* alemana, Thèrese Behr-Schnabel, artista finísima, de íntimo y encantador expresivismo, de admirable dicción.

Su arte es de los que miran enteramente al interior poético, sin dejar intervención al efectismo, arte de intensidad espiritual de apariencia poco galana. El pequeño volumen de su voz la hace mover la gama de la cantidad sonora dentro de un estrecho límite, pero, en cambio, le permite abordar el pianísimo más delicioso que puede concebirse. Los *lieder* de Brahms y los de Wolf, los más íntimos, fueron, en mi gusto, lo más exquisitamente perfumado por su talento. Con ella actuó su marido, Artur Schnabel, el célebre pianista alemán á quien ya oímos el año anterior con el Cuarteto Checo. El arte alemán de hoy, el arte de la interpretación, se concentra principalmente en el elemento interno de las obras, en su jugo vital, en su perfume poético. Parece como si se desprendiera, de propósito, de todo cuidado de la apariencia, del halago de los sentidos, del efecto que trae el aplauso, para consagrar toda la atención del ejecutante á penetrar, á ahondar más en la intención emotiva del compositor. Los alemanes, los familiarizados con este tipo artístico de interpretación, encuentran generalmente poco profundas esas otras interpretaciones que á los pueblos de la raza latina entusiasman, y así no es de extrañar que cuando Rislér ejecutó la serie de sonatas de Beethoven en Berlín, lo encontrara la crítica, en general, poco interno, con poco *pathos*. Nuestro público, en cambio, es un enamorado de la apariencia bella, del exterior sonoro. Inconscientemente, por la tradición de dos siglos que ha venido formando su alma con los modelos italianos de menos interioridad, todo fachada, fachada bellísima, pero fachada al fin, comienza ahora á vislumbrar ese elemento de fuerza interior, de espíritu que se reviste de forma en cuanto la forma es necesaria para la transmisión sensible, y sin penetrar por entero en la interioridad, busca, como elemento necesario, imprescindible, esa belleza sensual de que los otros prescinden voluntaria ó involuntariamente, por ascetismo artístico ó por visualidad de raza. El matrimonio Schnabel consagró á Brahms uno de sus conciertos, el primero en España donde figuraba solo el nombre

de este compositor. Fué un poco duro para la inmensa mayoría de los oyentes el escuchar una sesión entera de Brahms, un asceta de la música de cámara, interpretado por otros ascetas de la interpretación; pero de mí puedo decir que, enamorado cada día más de este compositor, encontré placer delicioso en sumirme durante dos horas en ese ambiente tan puro y tan hondamente emotivo.

El Cuarteto Rosé de Viena es un cuarteto ideal. Tiene, como los alemanes, la gravedad de pensamiento, la penetración íntima, la seriedad que todo lo subordina á la conciencia sin reproches. Pero tiene también esa elegancia típica de los vieneses, esa limpieza y esa tersura encantadoras, y, sobre todo, es fino, finísimo, delicado. Oyéndole, acude involuntariamente la evocación de Taine; la influencia del medio en la elaboración del producto. Alemanes por dentro, sin apelar al sentimentalismo fácil ni á recursos de pura exterioridad, lo envuelven todo en un delicado, tenue perfume aristocrático de selección específica, dando á sus narraciones musicales un aroma de instintivo refinamiento, donde ni aun de lejos se descubre la afectación. Un aspecto particularmente curioso de su técnica es el de colocar los cuatro instrumentos en el mismo plano de sonoridad, haciendo surgir la melodía por *flotación*, no por la perspectiva de términos sonoros. Las gradaciones, los empastes, los matices, la calidad de sonido, es de lo más admirable que puede concebirse. De sus tres conciertos (18, 20, 2 de Enero), no sabría cuál elegir: si el primero, dedicado á los clásicos con Cherubini, Haydn y Mozart; si el segundo, con los románticos Schubert, Schumann y Mendelsohn, donde parecía un cuarteto distinto, ó si el tercero, donde Brahms vivía su propio ambiente y Borodin se nos presentaba con ese delicioso color que tanto le caracteriza. Con Brahms y Borodin alternaba un juguete para cuarteto, de Jaques-Dalcroze, el compositor suizo ferviente propagandista de la gimnasia rítmica, mezcla de humor sajón y de *esprit* francés, más interesante y curioso que profundo.

A la audición completa de los cuartetos de Beethoven consagró el Cuarteto Checo seis inolvidables sesiones (26 y 27 de Febrero, 1, 8, 10 y 12 de Marzo). ¿A qué hablar aquí de esta obra colosal? Los cuartetos representan las tres cumbres de los tres estilos beethovenianos. Cuando va á abandonar su primera manera, escribe la primera serie de cuartetos; en plena madurez, en plena posesión de su segundo estilo, hace los cinco segundos; los tres últimos años de su vida producen los seis finales; el cuarteto de instrumentos de arco es el testamento donde Beethoven encierra su alma, donde recoge y condensa su espíritu en cada uno de los tres períodos de su vida artística. El temperamento violento, apasionado, entusiasta de los Checo, nos dió una versión inolvidable de esta obra colosal, más inolvidable aún en los de la segunda época, cuando el alma de Beethoven rebosa el fuego, la fuerza, la grandeza, la pasión, el color exuberante que tanto caracteriza el estilo del célebre Cuarteto bohemio.

Cerró el año el trío Cortot-Thibaud-Casals, del que ya hablé en mi resumen del año anterior. Particularmente interesantes fueron las obras de Corelli y de Rameau, dos prehaydnianos que son á la música de cámara lo que los prerrafaelistas á la pintura. De ellos á César Franck, ¡cuánta distancia recorrida! Una sesión particularmente encantadora fué la segunda (15 de Abril), dedicada á los tríos de Schumann.

Las sesiones del Cuarteto Francés tuvieron dos características: la de la gran intervención que concedieron á las obras con piano, utilizando el concurso de D. José Guervós, y el de introducir en un concierto unos *lieder* de Grieg, cantados por la señorita Ortega Villar. El repertorio se movió en lo ya conocido y estrenado: sólo el cuarteto incompleto de Grieg y un cuarteto para piano, clarinete, violín y violonchelo, de Rabl, obra de juventud, poco interesante, figuraron como novedad de sus programas. Obras españolas no estrenaron ninguna, limitándose á repetir el segundo cuarteto de Chapí, los *Caprichos románticos*, de Conrado del Campo, y un trío en *mí*, de

Bretón, para piano, violín y violonchelo, escrito hace muchos años, uno de cuyos tiempos, el *allegro molto*, fué instrumentado por su autor y ejecutado repetidas veces en la antigua Sociedad de Conciertos. La obra es muy interesante, principalmente influenciada por los estilos de Schubert y Schumann. Sólo el tercer tiempo, de acentuado color español, se sale del ambiente clásico (ambiente excelentemente asimilado) del resto de la composición.

Las siete sesiones del Cuarteto Vela fueron, en cambio, dedicadas por entero al cuarteto de arco. El año anterior llamaba á este cuarteto de chicos de diez y siete y diez y ocho años el *Cuarteto milagroso*; tan grande era la intuición que revelaba, el acierto con que instintivamente buscaba en cada obra la nota de poesía, de gravedad ó de pasión para exhibirla y mostrarla. En su segunda campaña ha ganado más aún, ha recorrido mayor camino. Los dos cuartetos de Grieg, los de Dvorak y Debussy, los dos tríos de Beethoven (el serenata y el en *do* menor), todos los revistieron con primorosas interpretaciones. Cuatro obras españolas figuraron en sus programas: el primer cuarteto de Chapí y el en *mí* bemol (en estilo antiguo) de Manrique de Lara, y los cuartetos primero y tercero de Arriaga, el compositor bilbaíno de principios del pasado siglo, muerto tan prematuramente, cuando su nombre comenzaba apenas á rodearse con la aureola de la gloria. Son encantadores estos dos cuartetos de Arriaga. Sus devociones, quizá más que propias, impuestas por sus maestros, por Fetis principalmente, que veía en Mozart y en Rossini el ideal artístico de su generación, se transparentan graciosamente en formas melódicas, en la factura, en el pensamiento fundamental. Pero en estas producciones, fruto de un ingenio de diez y siete años, se acusa algo de un gran valor, una nota personal de alma española, que sabe Dios el fruto que hubiera dado al expandirse y madurar con la formación completa de la personalidad propia. El trío del minué del primer cuarteto, acertadamente calificado por Miguel Salvador de *minué tonadillesco*,

introduce en la obra una nota de travesura y de perfume genuinamente nuestro; en la *Pastoral* del tercer cuarteto, mira Arriaga á los tiempos tercero y cuarto de la sinfonía pastoral de Beethoven desde un punto de vista completamente personal, atrevido y pintoresco.

El año último di cuenta de la presentación en el Ateneo de Madrid de una nueva Sociedad de Música de Cámara, la *Sociedad de Instrumentos de viento de Madrid*, dirigida por el excelente compositor D. Bartolomé Pérez Casas. Compónenla los Sres. Arteta (flauta), Adán (oboe), San Miguel (clarinete), Bustos (trompa), Romo (fagot) y Nogueras (piano), y sus interpretaciones se distinguen por la perfección del empaste, del cuidado sonoro en lo que principalmente atañe á la ortografía musical. Las dos sesiones que dieron en el teatro de Lara (13 y 20 de Febrero) tuvieron tal éxito, que, á petición general, agregaron una tercera sesión (5 de Marzo). Entre las obras ejecutadas merecen citarse especialmente los quintetos de Mozart y Beethoven y el sexteto de Thuille, el compositor de Munich, á quien el exceso de trabajo aceleró tan considerablemente la hora de la muerte.

Pocos conciertos se verificaron fuera de las series antes referidas: uno de D. Juan Marlet, joven pianista catalán, aún no completamente formado; dos del violinista Manen; dos de la condesa Helene de Morsztyn, y otros dos de nuestro gran Malats.

Los programas de la joven condesa austriaca se movieron en el tipo ordinario del programa del concertista. Una literatura tan rica, tan variada, de tanto valor como la literatura del piano, ha quedado reducida para los virtuosos á un centenar de obras, siempre las mismas, que con implacable perseverancia vemos aparecer un día y otro y siempre. Si por excepción, alguna autoridad profesional resucita una obra, al poco tiempo la adoptan todos y entra á engrosar el repertorio que, á pesar de su bondad indiscutible, más produce hastío que placer.

Estas observaciones no son aplicables á Malats, que si compuso sus programas, en parte, como todos, nos dió una interpretación primorosa, en ambiente de siglo XVIII, de la sonata en *la* mayor, de Mozart, y otra no menos interesante de la en *mi* bemol, de Beethoven. El principal aliciente de sus conciertos estuvo para todos en los números que seleccionó de la *Suite Iberia*, de Albéniz, y que, ejecutados con el mecanismo prodigioso de Malats, con el vigor y la poesía de su alma española, con el cariño y la devoción del creyente, nos hicieron gustar en todo su valor la obra tan hermosa del desgraciado Albéniz.

La *Suite Iberia*, publicada en cuatro cuadernos, está constituida por doce números: *Evocación*, *El Puerto*, *Procesión (Fête-Dieu) en Sevilla*, *Triana*, *Almería*, *Rondeña*, *El Albaicín*, *El Polo*, *Lavapiés*, *Málaga*, *Jerez* y *Eritaña*. De ellas seleccionó, para su concierto, *Evocación*, *El Puerto*, *El Albaicín*, *Málaga*, *Jerez* y *Triana*.

Desde las primeras obras de Albéniz, su vena melódica, tan espontánea y tan fácil, encantó á los aficionados. Célebres fueron hace un cuarto de siglo sus sevillanas, su serenata granadina, su gavota, multitud de piezas más, cuyos títulos no recuerdo, pero cuyas melodías graciosas, frescas, alentando carácter español, cantábanlas casi todos los pianos de España. Albéniz fué entonces el compositor más popular entre los pianistas. Después vivió en Francia, se enamoró de los modernos procedimientos de Debussy y de otros compositores franceses, y á aquellas composiciones primeras, que tanto divulgaron su nombre, respondió con otra serie, hecha á la moderna, con los doce números que forman la *Suite Iberia*. En las primeras obras, en las de antaño, había tal sinceridad, tal perfume de juventud, tal despreocupación del ropaje con que vestía las melodías, que, más que obra de un compositor, parecían exhaladas directamente por el alma popular; en las de ahora, la poesía surge del ropaje, de la envoltura musical, más bien que de la creación melódica.

No con propósito de crítica, sino por establecer la posición en que el autor se coloca, conviene apuntar lo que constituye el material de la canción andaluza, que es la principalmente cultivada en la *Suite* de Albéniz. Los cantos populares de la tierra baja, los que se acompañan con la guitarra, tienen tres elementos típicos: un ritmo fijo, inmutable; unas variaciones caprichosas, donde se admite la fantasía y la creación del instrumentista, variaciones que, como es sabido, toman el nombre de *falsetas*; y la copla ó el canto propiamente dicho, con su variedad de estilos y de caracteres. Los tres elementos forman una unidad orgánica. El ritmo de *soleares*, por ejemplo, sólo admite las falsetas de *soleares*, y las *soleares* en el canto. Ritmo, falseta, coplas de *seguiriyas gitanas* ó de *serranas*, son tan ajenas á las *soleares*, como las *alegrías*, las *malagueñas* ó las *granadinas*. Albéniz baraja todos esos elementos caprichosamente, sin atenerse ni esclavizarse en un modelo determinado. Con una falseta de *soleares* comienza el número titulado *Albaicin*. Esa falseta, tomada por él como ritmo esencial, sirve de fondo á nuevas falsetas de su invención, y á una copla fuera de todo tipo de imitación andaluza, donde al arabismo convencional introducido en la música española desde hace tiempo, se unen giros y alguna que otra frase de abolengo gitano. Lo mismo ocurre en *Jerez*. El ritmo tipo es aquí el de las *seguiriyas gitanas*, el del *cante hondo*, por cierto deliciosa y artísticamente traducido por el compositor en el epílogo del número; pero la copla se separa en absoluto del carácter de las *seguiriyas* en una invención de carácter levantino, murciano quizá.

No tienen, pues, estos números el carácter de documento; son cuadros libres, caprichosos, de musicalidad personal, como podría hacerlos cualquier alma artística que sintiera el perfume lejano de esos ritmos y esas melodías. En lo que Albéniz se muestra más español es en un propósito que me parece ver intensamente acusado en casi todos los números de *Iberia*: el de mantener la pureza del ritmo, el de no hacer *debusismo*

sino en las falsetas ó elemento libre, el de mantener el canto español, cuando lo emplea, en una pureza armónica, muchas veces relativa, pero siempre lejana de los momentos donde se entrega al moderno gusto francés. Entre los números de la *Suite* que nos dió á conocer Malats, mis preferidos fueron *El Puerto*, un zapateado con mucho carácter; *Albaicín*, donde el ritmo de *soleares* aparece tratado con singular fortuna; algunos trozos de *Jerez*, principalmente el principio, y aun más el final, un acierto de color maravilloso; y *Triana*, de la que ya hablé en años anteriores. *Málaga* es quizá el que menos me agrada, quizá por lo extraño que á mi sentimiento andaluz hace el juntar á un ritmo de *soleares tristes* una copla de malagueña y un elemento á lo barcarola italiana; quizá también por el procedimiento de que se sirve para acompañar la copla, tan resobado hace tiempo por los Thalberg, Ascher y Leybach. De cualquier modo, la obra es de un valor extraordinario: lo más importante en carácter español que hasta ahora ha producido la literatura del piano.



La música sinfónica da materia para muy poco espacio. Sólo cuenta en el año con los conciertos dados por la orquesta que dirige el Sr. Fernández Arbós, y en ellos con unas primeras audiciones de la Sinfonía de César Franck, la cuarta de Brahms, *Fêtes*, de Debussy, y algunas otras, que si oídas por primera vez en Madrid, hace ya tiempo que están juzgadas y consagradas como dignas de figurar en lo más excelso de la música orquestal. A pesar de ello, no faltaron críticos que juzgaran estas obras como si se tratara de una *Lucía* ó una *Linda*, y que dijeran de la cuarta sinfonía de Brahms, que no tenía importancia para figurar en la segunda parte de un concierto de la Orquesta Sinfónica, parte destinada por tradición á la obra de más solidez y enjundia de las que componen el programa.

Tres nuevas obras españolas figuraron en estos conciertos: la *Suite* sobre temas populares murcianos, del Sr. Pérez Casas, y dos fragmentos de dos óperas: *Rodrigo Díaz de Vivar*, de Manrique de Lara, y *Almas muertas*, de la Viña.

La *Suite* de Pérez Casas fué premiada en un concurso abierto por la Academia de Bellas Artes de San Fernando, años atrás, y ejecutada por primera vez el año último en la sesión solemne que celebró la misma Real Academia. Con ocasión de su estreno hablé de ella como merecía, en el resumen del año 1908, terminando allí mi juicio con estas palabras: «Obra moderna, de corte y forma española, dentro de la tradición clásica, es, á mi juicio, la de más relieve y altura entre las de autores españoles que por primera vez se han ejecutado en los años últimos.» El público de los conciertos la acogió con una ovación inmensa.

Las otras dos obras eran, como antes dejé apuntado, dos fragmentos de dos óperas inéditas. En otro lugar me lamentaba de que al entusiasmo que los enamorados platónicos de la música ponemos en nuestro empeño para que se forme un arte patrio, un arte de elevación y de altura, responda en los hechos una apariencia, cuando menos de desvío, por parte de los compositores jóvenes, los cuales, en vez de trabajar en el género sinfónico, donde encuentran cierta facilidad para exhibirse, abordan la escena del concierto con fragmentos de óperas, muchas de ellas escritas años ha, otras no terminadas aún. Ellos experimentan el placer de oírse; el público saborea á veces un número agradable ó bien escrito; el arte, en cambio, no sale ganando nada con esas tentativas, ráfagas que pasan y que no dejan huella, ni aumentan el catálogo del repertorio nacional.

La escena primera del segundo acto de *Rodrigo Díaz de Vivar*, tiene al principio un momento interesante poético para la escena, efecto que en el concierto se debilita mucho. Las voces de los centinelas cantando *¡Eya velar!* en giros españoles, y repitiendo el alerta como fondo del monólogo de Jime-

na, han de producir en el marco escénico un efecto muy superior al que producen sin los elementos de la decoración, la distancia y el ambiente. El monólogo de Jimena, como el dúo de amor que ya estrenó su autor en otro concierto en años anteriores, acusa su devoción por el estilo, los procedimientos y la instrumentación wagneriana, de los que es perfecto conocedor.

El otro fragmento de *Almas muertas*, apasionado, lleno de color juvenil, hace desear oír al autor, Sr. La Viña, en obra de más carácter sinfónico, más adecuada al marco del concierto.

*
* *

De haber seguido en este resumen el orden de importancia de los acontecimientos artísticos, hubiera correspondido el puesto de honor al Teatro Real, que en el curso del año estrenó *El ocaso de los dioses*, de Wagner; *Hesperia*, de Lamote de Grignon, y *Margarita la Tornera*, de Chapí.

El resto de la temporada, así el final de la que comenzó en 1908, como el principio de la que terminará en 1910, fué el acostumbrado desfile de celebridades escénicas italianas, ya una tiple como la Storchio, ya un tenor como Anselmi, ya barítonos como Titta Ruffo ó Straacciari; estrellas que brillan en el firmamento de la escena lírica italiana, y que sólo se exportan con éxito al mercado español y al ruso, ó al de algún sitio elegante, donde el teatro sirve de pretexto para atraer clientes á un negocio más luerativo.

Entre esos artistas merece una mención aparte María Gay, no por su condición de española, sino por su talento, por su genial manera de hacer la *Carmen*, de Merimée.

Una larga tradición había traído consigo el absoluto almiramiento en la escena de la ópera. Tiples y tenores, mezzos y barítonos tenían que cantar sus arias, sus dúos, envueltos en dulcísima azúcar, preparando los comienzos del canto con paseos por la escena, mientras la orquesta parecía recordarles

con su *ritornello* la melodía que habían de cantar. Todo había de ser almibarado y sutilísimo: el asunto, histórico y romántico, sin mezcla de crudeza alguna; el libro, escrito en versos de almíbar aun para las situaciones más vibrantes; la música, siempre vestida de seda y terciopelos, con finísimos encajes tejida; los trajes, las actitudes, las escenas de amor, la manera de coger á la tiple, todo, todo había de moverse con arreglo al convencional patrono del hábito escénico.

En este ambiente se produce un libro brutal, un libro de la vida canallesca, donde una mujer ordinaria y agitanada es el centro de la acción, donde, dando de lado á ciertos enfermizos anhelos del romanticismo y á los sobados convencionalismos del drama histórico, viene una palpitación de la vida baja, de la vida canalla, si se quiere, pero de la vida con sangre arterial, roja y caliente.

Ese libro era el de *Carmen*: un cuento de Merimée, trasladado á la escena lírica por Meilhac y Halevy. Bizet, temperamento sencillo, casi idílico, aspiró la belleza del espíritu de *Carmen*, pero no sintió la fuerza de su palpitación. Hizo una música preciosa, encantadora; almibaró con almíbar de buena ley el ropaje de la trágica cigarrera, limitando casi el sentimiento dramático á la frase terrible que, como amenaza profética, surge ya en el preludio.

No creo que la osatura del libro de *Carmen* sea tan disparatada como generalmente se cree. Una cigarrera que riñe con sus compañeras, que trastorna la cabeza á un sargento, que hace que éste falte á sus deberes militares, que luego se olvida de él y se enamora de un torero, y que, finalmente, muere á manos de su primer amante, podrá ser asunto de una crónica de tribunales, pero un disparate, no.

Carmen no gustó cuando fué estrenada en la Opera Cómica, y no gustó por la crudeza del libro. Podría citar varios textos; pero me reduzco al de *Los Anales del Teatro y de la Música* (1875). «Falta por saber—dice el crítico—si este asunto conviene al teatro, y sobre todo al teatro de ópera cómica. La

respuesta no puede ser dudosa. ¿No es el personaje de *Carmen* *horriblement déplaisant*, y, á excepción de Micaela, una Alice tan trillada como ñoña, no es imposible citar en toda la obra un solo carácter simpático? La mala impresión del poema cae también sobre la música.» Aumentó el desvío del público la interpretación realista de la Galli-Marié. «Vedla ahí—decía el crítico antes citado—balanceando sus caderas, como una potra de las yeguas de Córdoba... ¡Qué verdad, pero qué escándalo!»

Carmen triunfó después, pero ¿como triunfó? Almibarando el tipo escénico, emparejándose con Rosina, unciéndose en el mismo yugo con *Linda* y con *Dinorah*; convirtiéndose, á lo más, de diabólica, en chiquilla traviesa y casquivana. Así han hecho *Carmen* casi todas las artistas que he visto, todas menos la Calvé, que miraba el tipo desde el punto de vista francés, Elena Fons y María Gay.

María Gay es una artista que procede de *lied*, y con esto solo basta ya para comprender que su interpretación toma como punto de partida el texto literario, y que su esfuerzo se consagra por entero á intensificarlo y vivirlo, subordinando á él todo lo demás: la belleza vocal, el movimiento y la acción escénica. Su temperamento ve en el primer acto una *Carmen* pintoresca, alocada, bravía, ordinaria; en el segundo, un tipo más diabólico aún; en los actos tercero y cuarto, donde el alma de la protagonista se universaliza en el sentimiento de las pasiones odio, despecho, amor indómito, el aspecto pintoresco pierde gran parte de su fuerza para fundirse y disolverse en la intensidad pasional. La manera de hacer los dos actos primeros provocaron vivas discusiones. Para mí, ha sido la suya una *Carmen* magistral. Viéndola, perdía casi siempre la noción de la música, absorto en el sentimiento complejo, resultado de la fusión de todos los elementos que constituyen el arte escénico musical.

Sería inocente disertar aquí á propósito del estreno de *El Ocaso de los dioses*, sobre Wagner y su obra, sobre esa cúpula

colosal que recoge y funde con majestad soberana todo el aliento musical y poético de *El anillo del Nibelungo*. *El Ocaso* fué el origen de la *Trilogia*, cuando Wagner, después de terminado *Lohengrin*, fluctuaba entre el drama histórico y el drama legendario; *El Ocaso* (entonces titulado *La muerte de Sigfrido*) fué el que desveló á Wagner el verdadero sentido y la verdadera dirección de su drama musical, el que lo estimuló á formular su programa estético, la estrella que súbitamente apareció en su horizonte, guiándole en el camino que había de seguir. Pero esa *Muerte de Sigfrido* ó ese *Ocaso de los dioses* parecía predestinado á ejercer en la vida de Wagner una influencia decisiva. Concebido á punto para trazar un programa estético, unos mandamientos artísticos, la suerte fué dilatando su realización, hasta alejarla más de un cuarto de siglo de su concepción primera. Primero consideró indispensable hacerle un prólogo—*La juventud de Sigfrido*;—después amplió ese prólogo á las tres jornadas *El Oro del Rhin*, *La Walkyria* y *Sigfrido*; después, en plena realización de su obra, casi cuando mediaba, separó de ella su atención, para hacer el *Tristán* y *Los Maestros cantores*; y así, aquel ideal lejano que decidió su dirección artística, sólo fué alcanzado en plena madurez de su talento, cuando la pluma obedecía con más docilidad, cuando su alma y su genio habían llegado, por el trabajo de creación, á la cumbre más alta.

El público de Madrid acogió *El Ocaso*, como acoge una bocanada de oxígeno el que anda cerca de la asfixia, con cariño, con amor, con entusiasmo. Cantado por artistas alemanes, no ciertamente de los mejores, pero convencidos de la obra, de los caracteres, de su misión escénica; dirigida por Rabl en su marco, en su ambiente, sin dislocaciones ni mixtificaciones, obtuvo un éxito enorme, sin que la excesiva duración del primer acto, ni la extrañeza de las voces alemanas irritaran los nervios del público.

El arte español entró, por fin, en el Teatro Real, con los estrenos de *Hesperia* y de *Margarita la Tornera*.

Hesperia se estrenó casi por sorpresa en la noche del 2 de Febrero. El libro de J. Oliva Bridgmann es una variante más del eterno libreto de ópera á la antigua: el consabido amor entre el tenor y la tiple; el consabido tercero que se interpone; coros guerreros, coros religiosos y desenlace trágico. Un libro así era muy difícil que despertara interés, y ni aun llevando la escena á los bosques de Tarragona, y la acción á la época de la dominación romana, algunos siglos antes de J. C., podía salirse del tipo tan sobado del libreto universal.

La obra no gustó, ó gustó poco. Su único acto se desenvuelve en una cierta monotonía sonora, quizá efecto de la ejecución, presentada sin la preparación suficiente, á pesar del empeño que artistas y orquesta pusieron para salir airosos. Bien hecha, de un técnico, de un músico familiarizado con el procedimiento y las obras wagnerianas, es obra de un compositor culto á la moderna. Las voces declaman bien sobre el polifónico tejido de la orquesta sin buscar efectos ni aplausos, sin contacto alguno con el modelo italiano; la orquesta es siempre interesante, y á cada nueva audición descúbrese nuevas bellezas. Tiene, como toda obra humana, puntos culminantes y otros de un desaliento visible. Entre los primeros merecen citarse la canción de *Hesperia* (soprano), al comenzar la obra; el coro religioso escrito en el modo frigio de los griegos (la escala de *re* sin accidentales), armonizado con singular acierto; un largo trozo del dúo final y algunos otros.

Más importante y de mayor resonancia fué el estreno de *Margarita la Tornera* (24 de Febrero), leyenda lírica en tres actos, divididos en cuatro cuadros, libro de D. Carlos Fernández Shaw, música de D. Ruperto Chapí.

Chapí había escrito esta obra en una fiebre de trabajo el año 1905, por puro amor, sin pensar siquiera en la posibilidad de su estreno. Era el que marchaba á la cabeza de los compositores españoles, el que en la zarzuela grande y en el género chico había avanzado más en inspiración, en técnica, hasta

formar un estilo propio, estilo que imitaban todos, que todos trataban de asimilarse, seguros de que su orientación marcaba el verdadero norte de la zarzuela española.

Desde los comienzos de su carrera no había vuelto á abordar la escena de la ópera. Ahora venía á ella completamente formado, resuelto á conquistar un triunfo, triunfo que si fué ruidoso por parte de la crítica en general, no lo fué tanto en el entusiasmo del público.

En otro lugar dediqué un largo estudio á *Margarita la Tornera* y á las causas que, á mi juicio, han hurtado á esta obra parte del éxito que debió tener. Síntesis de aquel trabajo son las observaciones siguientes:

El nervio de la leyenda utilizada en *Margarita* puede concentrarse en estas palabras: una monja devota de la Virgen, cuya imagen cuida en el convento con singular amor, huye de él en compañía de un seductor. En el mundo vive durante muchos años, y cuando, arrepentida de sus culpas, agostada, vuelve á su convento, sabe con estupor que jamás faltó de allí: la Virgen, por amor á ella, ocupó su puesto, desempeñó sus menesteres y edificó á las monjas con su santidad. La prófuga, arrepentida, vuelve á ocupar su puesto, y consagra toda su vida al amor de su Virgen.

Esta leyenda nació en el siglo XIII, quizá antes, y encarnó en formas distintas en las literaturas española y francesa. Las Cantigas de Don Alfonso el Sabio la presentan en más de una versión; el *Quijote* de Avellaneda la transforma en una novela de aventuras, detallando la vida de los amantes, la abyección á que la monja llega, ampliando siempre los episodios de la narración; el cuento de Nodier la espiritualiza en un ambiente de delicada poesía; la versión de Zorrilla multiplica los episodios, dando quizá más importancia á la figura del seductor que á la de la monja, en el carácter de sensacional aventura, con fuertes sacudidas, con descripciones pintorescas y felicísimas, en versos fluidos y sonoros, en ese tipo romántico que tan magistralmente manejaba con su vibrante y ardoroso estilo.

Dos versiones escénicas, muy interesantes ambas, hay que poner al lado de las anteriores: *La Buena Guarda*, de Lope de Vega, que agrega á la leyenda un elemento simbólico, que parece espiritualizarla aún más, aun á través de los episodios y escenas extrañas al nervio del asunto; y la *Sœur Beatrice*, de Mæterlinck, donde se procede, por simplificación, y de un cuento extenso se eligen tres escenas, tres momentos, para encarnar allí toda la mística poesía, todo el sobrenatural perfume de la tradición, despojándola de cuanto no contribuya á intensificar y realzar su jugo poético, del mismo modo que Wagner había extraído de los poemas éddicos y de los Nibelungos la esencia simbólica y heroica para su trilogía famosa, y de las leyendas del ciclo artúrico la esencia mística del *Parsifal*.

Aun concediendo que el arte sólo procede por modas, la moda actual en la ópera, drama lírico, ó como quiera llamársele, es la opuesta á la que privaba medio siglo hace. Entonces, la estética del libro destinado á la escena lírica, exigía variedad de situaciones, amplitud y magnitud de elementos (coros, bailes, etc.), violentos choques que dieran variedad á la representación, gran aparato, escena grande. Hoy, la moda del drama lírico busca la esencia emotiva del asunto; desprecia y descarta cuanto no contribuye á realzarla; prescinde de lo accesorio, y, como si mirara á la doctrina de Schopenhauer, va á sumergirse en el fondo de la emoción para revelarnos su esencia más íntima y profunda. Un libro para una ópera de hoy no puede construirse como se construía en la moda anterior.

De aquí arranca, para mí, el defecto fundamental de *Margarita la Tornera*. El libro parece hecho para una ópera á lo Meyerbeer ó á lo Halevy, no para un drama lírico de hoy. Casi todo él empequeñece la figura de la protagonista; es un libro de aventuras, no un libro de emoción. El verdadero libro para una ópera de hoy está hecho por Mæterlinck.

De aquí que la música de Chapí no pueda ir á buscar la emoción de la leyenda sino en dos momentos: en el final de los actos primero y tercero; que todo lo pintoresco, lo dramático,

lo sensual, distraiga, aparte y aleje de la emoción única que con arreglo al patrón artístico actual anhela nuestra alma, y que, en suma, *Margarita la Tornera* derive hacia el mosaico, hacia ese mosaico que, independientemente del valor artístico, ha hecho archivar un repertorio antes aclamado.

Fuera de este defecto fundamental, la composición de Chapí, tomada en partes, agrupando en cada una de ellas lo homogéneo, me encanta y me admira. Las escenas, los momentos típicos de la tradición medioeval, están tratados con intensa poesía, con elevación que llega al alma; el elemento pintoresco, donde Chapí había elevado más su nombre en su producción ordinaria, quedará como tipos de habilidad, de ingenio, de espíritu fino, de dominio de los recursos y color de la orquesta; la labor total acusa una técnica depurada, verdaderamente maestra; todo, en fin, proclama al artista que, al trabajar sobre base más sólida, sobre un libro más de hoy, hubiera acertado, creando la obra española por la que suspiramos los amantes del arte.

*
* *

El Conservatorio perseveró en su plausible acuerdo de dedicar uno de los ejercicios escolares á hacer oír los trabajos de los alumnos de las clases de composición. Las obras oídas fueron este año: una *Suite* montañesa, de D. Abelardo Bretón, en la que la primera parte del *minuetto* es deliciosa, sobre todo por el desenfado con que está tratado el ritmo; el primer tiempo de una sinfonía del Sr. Calés, revelador de un temperamento brioso y poético, y una *Serenata española*, de la señorita María Rodrigo, bien hecha. Como característica común, debe apuntarse la hermosa instrumentación de todas las obras, la excelente disposición de la orquesta, la habilidad y soltura con que la manejan los jóvenes discípulos de los Sres. Serrano y Grajal. El tipo al que todos miraban algo de lejos, sin intentar la imitación, más bien parece ser Wagner que ningún otro; savia española circula por casi todas las composiciones, y esto es tan-

to más meritorio, cuanto que, hasta hace poco tiempo, era raro dejar de ver en las obras de los alumnos reminiscencias veristas y francesas, en el tipo de Gounod y Massenet.

Los concursos á premios ofrecieron el deplorable espectáculo que todos los años presenciábamos: un interminable desfile de señoritas, rara vez un hombre, y un número de primeros premios casi igual al de concurrentes. Todo esto halaga mucho la vanidad de los alumnos, la de los profesores, y hasta quizá lo traduzca algún espíritu cándido, por el excepcional valer de las enseñanzas y la no menos excepcional aptitud de nuestra raza como raza artística; pero el hecho es, que el 90 por 100 de esos primeros premios valen tan poco, que casi va á ser preciso, para distinguirse de ese montón, ostentar el título de «no premiado en el Conservatorio de Madrid». El premio más auténtico, más verdad, en el piano, lo mereció, y por supuesto lo obtuvo, un niño, Tomasito Gutiérrez de Terán, que, al presentarse como opositor al premio Estela, hizo que todos sus adversarios se retiraran. Excelentes, también, fueron los ejercicios de las señoritas Nieves Rodríguez, Araceli Ancochea y Blanca Villanueva, en la enseñanza de piano, y de Carmen y Luisa Pastells y Elisa Calvo, en el arpa.

Del Ateneo de Madrid, lo más importante fué la adjudicación del premio Charro-Hidalgo, á D. Conrado del Campo, por sus *Caprichos* para cuarteto sobre aires populares asturianos. Entre las conferencias dedicadas á la música, las más principales fueron dos del Sr. Borrell, sobre *El anillo del Nibelungo* y *El ocaso de los dioses*, conferencia de divulgación, preparación primorosa para el estreno del final de la trilogía; dos del crítico francés M. Collet, sobre los paisajes de Wagner; una del escritor argentino Dr. Drake, sobre estética musical; la de D. Miguel Salvador, sobre Bach, y la velada necrológica, celebrada en honor de Chapí, el día que cumplía el novenario de su muerte, en la que tomaron parte los Sres. Arín, Bretón, J. Serrano, Sinesio Delgado, Manrique de Lara, D. Amós Salvador y el que estas líneas escribe.

El año ha producido tres periódicos musicales: la *Revista Musical*, editada en Bilbao, periódico serio, doctrinal y de información, que cuenta entre sus colaboradores las primeras firmas españolas; *Música Sacro-Hispana*, bilbaína también, órgano de los Congresos españoles de Música Sagrada, también con excelente colaboración y gran altura de miras, y un periódico semanal madrileño, *Bellas Artes*, redactado por los compositores jóvenes, más modesto que los anteriores, pero inspirado también en miras elevadas.

Aparte de ellos, merecen citarse, en primera línea, dos interesantes libros de Mitjana, titulados: *Cancionero de Uppsala* y *El Maestro Rodríguez de Ledesma*, principalmente el primero, donde inserta la letra de las composiciones contenidas en un curioso volumen español del siglo xvi, descubierto por él en la biblioteca de Uppsala; un tratado de D. José Salvador Martí, *Técnica moderna del piano*; las *Memorias de Sarasate*, por D. Julio Altadill, muy documentado; la *Antología moderna orgánica española*, coleccionada por el R. P. Nemesio Otaño, de la Compañía de Jesús, obra del más alto interés; la publicación de *Margarita la Tornera* (canto y piano), muy bien editada, etc.

Esta breve sección de noticias no debe cerrarse sin agregar algunas más: el concurso celebrado en el Círculo de Bellas Artes, entre alumnos de piano del Conservatorio, en el que salió vencedor el joven Pepito Cubiles; el debut en el teatro Real, con excelente éxito, de una alumna del Conservatorio, Luisa Buissen, cantando la Dalila del *Sansón*; el incendio del teatro de la Zarzuela, al que estaba vinculada la historia moderna de nuestra producción lírica, y la creación de la Banda Municipal de Madrid, acogida con extraordinario entusiasmo por la Prensa y el público.

*
* *

La nota más triste del año la arroja la necrología. El año pasado, Sarasate y Chueca; en 1909, Chapí, Albéniz y Olmeda,

cinco personalidades que, cada una en su estilo, eran lo más saliente del arte español.

La figura de Chapí era indiscutible. Los no afectos á su arte podrían discutir su valer; nadie discutió jamás su importancia. Chapí comenzó su carrera artística por lo más humilde: de cornetín en un teatro de zarzuela; luego fué subiendo, subiendo, hasta ocupar el primer lugar en la música española contemporánea. Llevó su sangre y su savia, su educación robusta, su buen gusto, su gracejo español á la zarzuela entonces entronizada en el más absoluto italianismo, y sin afán por hacer una revolución, mejorándose incesantemente, acabó por formarse un estilo propio, poético, gracioso, travieso, y por imponer su estilo, sus formas y su concepto de la zarzuela como programa práctico que sigue toda la nueva generación.

En España no da dinero más que el género teatral que el público favorece, y Chapí, sin medios personales de fortuna, sin otro apoyo para sostener su vida material que los frutos de su talento, se consagró por entero á él. En otras condiciones hubiera sido un sinfonista, un compositor de un género elevado, un cultivador del oratorio; la vida lo empujó á la zarzuela, y la zarzuela fué el campo que recogió las flores de su ingenio. Entre un poema épico y un epigrama, entre un libro de literatura trascendental y una novela humorística y risueña, media gran distancia; pero no todas las epopeyas ni todas las tragedias, por el hecho de serlo, son superiores en valor á la novela entretenida ó al cuento ameno. España, ni en poetas épicos ni en poetas trágicos puede competir con el caudal que arrojan otras literaturas; pero en el género gracioso, fino, humorístico, no siempre superficial, se envanece con el nombre de Cervantes y con toda una literatura picaresca de grandísimo valor. En música ocurre lo mismo. Aparte de aquellos compositores del siglo xvi, grandes, sólidos poetas, todo lo que después ha producido de más personal, es en ese género de música que va de la mano con la literatura picaresca: la tonadilla en el siglo xviii, la zarzuela en el xix, y en ese género, tan difícil

como otro cualquiera para conquistar en él una personalidad artística, en ese género Chapí brilló, y Chapí produjo creaciones tales, que dudo yo que puedan ser superadas. No era la suya la creación libre, como la de Chueca; no era la espontánea facilidad de un temperamento; era todo: el sentimiento, la espontaneidad, la técnica admirable que no se saca al escape para exhibirla, sino que se muestra allí donde hace falta, el acierto, las novedades, los descubrimientos.

Chapí era mucho más. El aspecto artístico era un aspecto, sólo un aspecto de su figura tan personal. Culto, cultísimo, gran corazón, luchador infatigable, voluntad de acero para conseguir cuanto se proponía, á todo llevó su actividad, y en cuanto tocó, dejó la huella de su espíritu selecto. Para detallar aquí cuánto hizo, sería preciso un artículo especial.

Albéniz, como Chapí, murió muy joven. En la primera parte de su vida fué un pianista, después un pianista-compositor, luego un compositor. Como Chapí, fué formándose entre las peleas de la vida y el batallar por la existencia. Franco, cariñoso, amable, aún lo recuerdo cuando en Madrid vivía, muchos años hace, y comenzaba á interesarse por la música de cámara. Aquellas inolvidables sesiones en el estudio de Placencia, con Albéniz, Arbós y Rubio, no se borrarán nunca de mi recuerdo. Como compositor, no pasaba Albéniz de ser un aficionado cuyas obras encontraban eco entusiasta en el alma nacional.

Después, hace ocho años volví á verle, cuando en el Teatro Lírico se hacía la tentativa de ópera española, capitaneada por Chapí. Un día, hablamos de sus trabajos; conocí su *Pepita Jiménez*, obra que ya marca un progreso grande con respecto á su arte anterior, y en un salón de pianos, los dos solos, hablamos largo y tendido de sus proyectos, de una trilogía *Merlin-Lanzarote-Genoveva*, que traía entre manos, y de la cual sólo había hecho, no recuerdo si enteramente, *Merlin*. Con la partitura manuscrita pasamos encantadores ratos. Algunos trozos, un prólogo ó un intermedio, un dúo, algo más, los vimos des-

pacio, sobre la partitura primero, tocando él después, y mi admiración subió de punto al ver allí un compositor muy lejano de *Pepita Jiménez*, sin contacto alguno con el Albéniz de la *Gavota* y la *Serenata*.

Después de morir, llegó á mis manos *Iberia*, la *Suite* de piano que va reseñada en otro lugar. Era de otro Albéniz nuevo, sólido, completamente formado, de un Albéniz que no parecía el mismo de *Merlín*. En *Merlín*, si mi recuerdo es fiel, veíase un compositor wagneriano, grandioso, con tendencias á volar alto; en *Iberia*, la preferencia por Wagner trócase en debussismo, en procedimiento francés de la novísima escuela. Pero tanto en una como en otra, y más que en ellas, en *Pepita Jiménez*, su alma española se conservaba intacta; el espíritu era el suyo, el ropaje variaba con las modas.

De Olmeda puedo decir muy poco. Su nombre ha sonado mucho, debido principalmente á los elogios y á la admiración que por su obra siente un jóven crítico francés, M. Henri Collet. Sin conocerla apenas, bástame que sea un nombre español, y que de su bondad salga garante un conocedor artístico, para que acepte cuanto de él se dice, y admita á Olmeda, sin vacilar, en la categoría de pérdidas dolorosas para el arte patrio.

Algo, sin embargo, puedo decir de él por cuenta propia. La Sección de Música del Ateneo, siendo yo su presidente, invitó á los compositores españoles para que ejecutaran allí sus obras, dentro de la modestia de medios que el Ateneo podía ofrecer. Uno de los que vinieron fué Olmeda, y en el concierto vocal é instrumental que dió con obras suyas, recuerdo que sus ideas, sencillas é ingenuas como las de Haydn, vestíanse con un estilo que miraba á César Frank. De sus obras me llamó la atención especialmente una Sonata para piano, donde, como *scherzo*, introducía un zortzico admirablemente tratado, en adaptación típica del canto popular al molde clásico. Poco después, desde Burgos, donde vivía desempeñando el cargo de organista de la Catedral, me envió el zortzico y algunas otras

cosas que acusaban un contrapuntista muy bien formado. Eso y sus libros *Viaje á Santiago*, *La orquesta religiosa*, *Folk-lore de Burgos*, *Pío X y el canto romano*, *Kiriale vaticano*, la revista que fundó ya en Madrid con el título de *Voz de la Música*, y en la que trabajó con infatigable perseverancia; la hermosa colección de libros que comenzaba á formar, es todo lo que conozco de él.

*
* *

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
DEL
ATENEU BARCELONÉS

La música en las provincias españolas merece hoy una mención especial. Las Sociedades Filarmónicas de Bilbao, León, Gijón, Oviedo, Santander, Salamanca y Zaragoza, formando núcleos cada vez más compactos, ejerciendo su culta misión sin propósito de lucro, con absoluto desprendimiento, agrupando á los aficionados, y haciendo desfilas ante ellos lo más afamado que por Europa se exhibe, lo más depurado que en España va formándose, no sólo llevan un aliento de cultura y de progreso á sus ciudades respectivas, sino que hacen crecer en ellas el número y el grado de la afición, demostrando así lo que puede hacerse sin subvenciones oficiales, sin apoyos de fuera, cuando el trabajo lo inspira el amor y el desinterés.

Bilbao ha oído á los Cuartetos Rosé, Checo y Vela; á la Sociedad coral; la Conferencia-concierto sobre el canto gregoriano del P. Luciano Serrano, la Nueva Sociedad de Instrumentos de viento, de París; al niño Tomasito Gutiérrez Terán (de quien hablé al ocuparme en los premios del Conservatorio); al violinista Bachman y al Sr. Guervós, y á la Orquesta Sinfónica de Madrid, presenciando, además, el estreno de dos óperas vascas, *Anboto*, de Zapirano, y *Mailena*, de Colín y Decrept. En Oviedo y Gijón han tenido los mismos Cuartetos Rosé, Checo y Vela, el trío Cortot-Thibaud-Casals y el de las hermanas Chaigneau; los Sres. Bauer y Fernández Bordas (piano y violín); Risler, la Orquesta Sinfónica y la Banda Municipal de Madrid. En Zaragoza, Bauer-Bordas, los Cuartetos Checo,

E. M.—Marzo 1910.

Francés y Vela; la Nueva Sociedad de Instrumentos de viento, de París; la Orquesta Sinfónica, y otros varios artistas españoles, Gloria Keller, Angeles Sirvent, Sres. Ballo, Laclaustra, López Debesa, etc. Y así Santander, Valladolid, Salamanca, San Sebastián, donde, entre otras obras, se han ejecutado la Sonata para piano y violoncello, de Dohnanyi, y un adagio para órgano, del P. Otaño.

Entre las fiestas musicales que ha celebrado Valencia, con motivo de la Exposición, fiestas que la brevedad del espacio me impide reseñar y aun enumerar, merecen ser especialmente citadas las sinfónicas, dirigidas por el maestro Lasalle, el director catalán que actualmente figura al frente de la *Tonkünstler-Orchester*, de Munich; en las que, entre otras obras, se estrenaron los *Cuadros levantinos* del crítico y compositor D. Eduardo López Chavarri.

Los acontecimientos musicales de Barcelona, de los que puedo hablar, merced á las notas que galantemente me suministra mi querido amigo D. Francisco Suárez Bravo, pueden agruparse en dos secciones: ópera y conciertos.

La temporada del Liceo ofreció, como novedades únicas, el estreno del *Asalto al molino*, del compositor francés M. Alfred Bruneau, y unas cuidadas representaciones de *Lohengrin* con decorado y vestuario nuevos. Asistí á algunas del *Asalto al molino*, y parecióme obra poco afortunada. El autor no se decide francamente, ni por el declamado, ni por lo melódico. De instrumentación opaca, sorda, sin relieve en las ideas, abruma con la pesadez de su monotonía, sólo iluminada por algún fragmento que recuerda á Massenet, y por un *lied* alemán, del que el autor ha sacado poco partido. Otra temporada de ópera se celebró en la plaza de toros, á imitación de los espectáculos estivales del Mediodía de Francia. El escenario se instaló en la meseta del toril, avanzando hasta ocupar parte del redondel, y la embocadura hallábase adornada en estilo greco-romano, dominando en la pintura el color blanco. Por el mal tiempo, por acontecimientos de otra índole, la temporada no

llegó á finalizar, cantándose sólo *La Walkyria*, *Tosca*, *Aida*, *Carmen* y otras pocas más del repertorio.

El capítulo de conciertos fué más amplio. La «Asociación Musical de Barcelona» dió ocho sesiones, dirigidas sucesivamente por Franz Beidler, Gustave Fauré, Pablo Casals y Lamote de Grignon. Entre las obras ejecutadas figuraron la *Novena Sinfonía* de Beethoven, en la que tomaron parte los coros del Orfeó Catalá (450 ejecutantes); el *Requiem* de Fauré; el Concierto para dos violonchelos y orquesta, de Moor, ejecutado por el Sr. Casals y su esposa; el *Prólogo á la Divina Commedia*, del Sr. del Campo; la *Catalonia*, de Albéniz, y una melodía de Lamote, *Prec de Madona Elisenda*.

Si grande fué el triunfo de la Orquesta Sinfónica de Madrid en su *tournee* por las provincias españolas, antes reseñadas, mayores proporciones revistió aún en Barcelona. Toda la prensa, unánime, la proclamó «al nivel de las más famosas orquestas del mundo, sin exceptuar la Filarmónica de Berlín, tal como fué á Barcelona dirigida por Nickisch»; el público llenó por completo el salón, tributándola ovaciones delirantes.

Durante la Cuaresma celebráronse, en el Palau de la Música Catalana, tres conciertos por el Orfeó Catalá, con el concurso del organista de Francfort, Heyse, obteniendo un éxito extraordinario el *Himno*, á diez y seis voces, de Richard Strauss, admirablemente cantado por el Orfeó.

*
* *

Aquí termina el resumen del año musical, en cuanto comprenden las notas que tengo á la vista. Aunque sólo es el tercer año que este resumen aparece en LA ESPAÑA MODERNA, basta este corto espacio de tiempo para sentir la palpitación de vida que el arte musical va teniendo entre nosotros, para apreciar cómo se extiende y cómo camina haciendo su marcha, implantando su influencia con mayor extensión y con mayor intensidad. ¡Quiera Dios que así siga!

CECILIO DE RODA

LOS PROGRESOS ECONÓMICOS DE ESPAÑA

Difícil y penosa tarea es la intentada por mí en este trabajo. Pretendo hacer un cuadro, lo más acabado y expresivo que me sea posible, de la economía pública de nuestro país y, en aquello que los materiales estadísticos lo consientan, ofrecer la comparación de datos, por donde fácilmente se puedan apreciar los progresos realizados en estos últimos años, que nadie puede negar existen. Datos y noticias de nuestra Población, Agricultura, Ganadería, Minería, Industria y Comercio, los encontrará el lector en multitud de publicaciones oficiales dispersos. Trabajos de conjunto, ya sistematizadas las materias y seleccionados los datos, no se publican, y en esto precisamente cifra mi empeño en el presente. Las deficiencias de muchos de nuestros servicios económicos y administrativos son otras tantas dificultades que me salen al paso al realizar mi empresa, que no estoy seguro de vencer, por grandes que sean los esfuerzos de mi voluntad en ello, y así me veo obligado á pedir, ante todo, su indulgencia al amable lector. Y sin más prólogo, por no disponer de mucho espacio, entremos en materia.

I.—LA POBLACION

Pasa hoy como un postulado de la ciencia económica contemporánea, que la fuente y origen de toda riqueza está en el trabajo, en una proporción mucho mayor que en los llamados

por los economistas agentes naturales ó, propiamente, naturaleza. El hombre es, en efecto, el centro hacia el cual convergen todas las cuestiones que se agitan en el mundo económico; es el hombre el que produce la riqueza y el hombre quien la consume; él es el comienzo y el fin de toda evolución económica. De aquí, que los pueblos que van hoy á la cabeza de la civilización tengan por base de su política económica el desenvolvimiento de la población, seguros de encontrar en ella el primero y más indispensable factor de su riqueza. La densidad de la población, es el signo que mejor da á conocer el grado de desenvolvimiento que alcanza un pueblo.

Los censos de la población que se hicieron en España en la primera mitad del siglo pasado, más que censos generales, fueron censos para servicios especiales, ya para averiguar el número de electores que había en el país, como el del año 1846, ya para conocer el número de contribuyentes; eran, pues, censos políticos y fiscales. La primera estadística seria y de carácter general que se hace de la población de España fué la del año 1857, y, sobre todo, las posteriores á la creación del Registro civil y de la Dirección general del Instituto Geográfico y Estadístico.

Tomando por punto de partida el censo del 57, resulta que desde esa fecha hasta 1900, último formado y publicado, el desenvolvimiento de la población de nuestro país ha sido el siguiente:

Censos de la población en los años de	Número de habitantes.	Tanto por 100 de aumento.	
		En el período.	Cada año.
1857.....	15.464.340	»	»
1860.....	15.673.481	1,35	0,39
1877.....	16.634.345	6,13	0,36
1887.....	17.565.632	5,60	0,56
1897.....	18.132.475	3,23	0,32
1900.....	18.618.086	2,68	0,89

La estadística de la población es una operación costosísima y de difícil realización en todos los Estados modernos. El período generalmente adoptado para su formación es el nuestro: cada decenio. Las deficiencias que en todas partes tiene este servicio, hace que sus cifras se tomen con una gran reserva, sobre todo cuando ellas van á servir de base á otros cálculos, como el de la natalidad, matrimonios, defunciones, etcétera. A esas deficiencias, que pudiéramos llamar de carácter general, tenemos que añadir una especial de nuestro país, que es la siguiente. Gran parte de nuestro sistema tributario descansa en el censo; según es la base de la población, así es la carga que pesa sobre los contribuyentes y los pueblos. A los Municipios se les señalan los cupos que han de pagar á la Hacienda en relación á su población; los industriales y comerciantes pagan una cuota, mayor ó menor, según el número de habitantes del lugar donde ejerzan sus profesiones. Contribuyentes y pueblos están unidos en el mismo interés de ocultar población; así, unos y otros hacen más llevadera la carga de los tributos. Esto se viene haciendo de tiempo inmemorial, y en esa tradición continuaremos hasta tanto que el censo deje de ser instrumento fiscal, que es el carácter que hoy tiene. Cuando esto suceda, sabremos cuál es la verdadera población de España, muy distante por cierto, según otra clase de cálculos, de la cifra que la estadística oficial ofrece.

La clasificación de los diez y ocho millones y pico de habitantes, según las profesiones que ejercen, daría lugar á una prolija enumeración que no viene al caso. Sólo vamos á consignar el número de individuos consagrados á la Agricultura, Ganadería, Minería, Industria y Comercio; es decir, aquellas profesiones más íntimamente relacionadas con la finalidad de este trabajo. He aquí su resultado, según el Instituto Geográfico:

Número de habitantes empleados en	Varones.	Hembras.	Total.
La Agricultura y Ganadería.	3.841.730	775.320	4.617.000
La Industria.....	749.063	172.435	921.435
La Minería.....	96.542	2.138	98.680
El Comercio.....	113.357	22.615	135.972
TOTAL.....	4.800.692	972.508	5.673.087

Respecto á la densidad de población, la media de España son 38 habitantes por kilómetro cuadrado. Dos provincias, Barcelona y Pontevedra, exceden de 100; Guipúzcoa y Vizcaya llegan á 88; 72, 74 y 75, respectivamente, Alicante, Madrid y Coruña. Y no nos detenemos más en este punto, por la sencilla razón de que el Censo que estamos comentando es ya antiguo. Se rectificará este año, para lo cual ya se han dictado las disposiciones oportunas para comenzar los trabajos.

No conocemos nuestra población interior; ¿cómo, pues, pretender conocer la que vive esparcida por el mundo y la que anualmente sale? Respetuoso á la verdad oficial, voy á consignarla antes de todo comentario.

La estadística de emigración é inmigración se publica por el Instituto Geográfico: es un servicio algo retrasado. La última es la referente al año 1901-902.

El número de españoles residentes en el extranjero y de extranjeros residentes en España, es según el Instituto, el siguiente, con expresión de las partes del mundo (menos Oceanía) en que se encuentran repartidos y de donde proceden:

Partes del mundo.	Número de españoles residentes en el extranjero en	Número de extranjeros residentes en España de
Europa.....	274.120	51.547
Africa.....	5.523	745
Asia.....	258	45
América.....	359.860	3.043
Sin clasificar.....	»	3
TOTAL.....	639.761	55.383

Los cálculos de la emigración é inmigración se suelen hacer sobre un período de tiempo relativamente largo; más que la cifra anual de emigrantes, conviene saber el promedio de varios años. De este modo queda atenuado el error que provenga de las circunstancias anormales, pasajeras, porque pueda atravesar un país que dé, como consecuencia, un número mayor de emigrantes en un año dado. El período generalmente adoptado es el quinquenio, y el comprendido en los años 1898 á 1902, que consignamos á continuación:

MOVIMIENTO DE LA EMIGRACIÓN É INMIGRACION

Años.	Entrada.	Salida.	ESCESO EN LA	
			Entrada.	Salida.
1898.....	137.238	59.543	77.695	»
1899.....	116.584	53.862	62.722	»
1900.....	57.584	63.020	»	5.436
1901.....	53.063	56.906	»	3.843
1902.....	58.223	51.593	6.630	»
<i>Promedio.....</i>	422.692 84.538	284.924 56.984	147.047 29.409	9.279 1.855

La cifra que ofrece el Instituto de los españoles residentes en el extranjero, es solamente la de aquellos que figuran inscritos en los respectivos consulados. Respecto á la emigración, se han formado todas esas cifras del número de pasaportes expedidos cada año por las autoridades civiles. Es decir, el Instituto da el número de españoles que han emigrado cumpliendo todas las formalidades de la ley. Muy recientemente se ha organizado entre nosotros el servicio de emigración; todavía no ha publicado ninguna información ni estadística; hay que esperar á ver cómo este nuevo Instituto cumple sus fines, y la cifra que nos ofrece.

El contingente mayor de nuestra emigración va á la Argentina. Según la estadística de este país, el número total de inmigrantes en 1907 fué de 208.000; de ellos, 90.000 italianos, 82.000 españoles, y el resto corresponde, en cifras mucho más pequeñas, á rusos, turcos, franceses, etc. En 1908 hemos dado á la Argentina un contingente mayor. Según datos oficiales, llegaron en ese año 125.997 españoles; de ellos regresaron 23.701, quedando en dicha gran República un excedente de 102.296 españoles.

Los españoles residentes en Argelia, según el censo últimamente publicado (1908), son 196.784. En toda la costa de Marruecos, según un trabajo de información llevado á cabo por el jefe del partido colonial alemán, y publicado en la *Revue Economique Internationale* del año 1904, existen más de 13.000. La colonia española en Méjico, según M. Fallex y A. Mairey (*Amérique* 1909), alcanza á 16.258; la de Chile, á 8.000, y la del Brasil, á 100.000. En Cuba han entrado en el año 1908, según la Memoria de nuestro Consul, 24.556, y el 1907, 47.902

II.—LA AGRICULTURA

Constituye la agricultura la principal fuente de nuestra riqueza nacional. En los años de 1872 al 77, se dedicó el Instituto Geográfico á levantar planos topográficos por masas de

cultivos, con el fin de conocer la extensión é importancia de éstos. No llegó á realizar esos trabajos más que en algunas provincias (Madrid, Toledo, Ciudad Real); así es que, la parte del territorio nacional destinado á la agricultura, nos es realmente desconocida hasta en 1899, en que se organiza el servicio agronómico en España.

Para los efectos de la agricultura, se considera dividido el territorio en trece regiones, con trece Granjas agrícolas oficiales y otros tantos Laboratorios, campos de experiencias, etc. Pero toda provincia ó población de importancia que desee tener esos organismos, basta con que lo solicite del Gobierno y ponga á su disposición un local para su instalación, ó el terreno adecuado para realizar las experiencias. El Estado se encarga de dotarlos del personal y material necesarios, así como de sostener su funcionamiento permanente con los fondos generales. Hoy rara es la provincia que no cuenta con una Granja-modelo con su Laboratorio y campo de experimentación; hasta los pueblos más insignificantes lo tienen.

El carácter más saliente de nuestra producción agrícola es la variedad. Dos causas contribuyen á ello: una, la diversa constitución geológica del territorio y su diversa orografía; y otra, la diversidad de climas. A esto obedece también la diversa fertilidad de nuestro suelo.

Anualmente, la Junta Consultiva Agronómica, con los datos que remiten los ingenieros de cada provincia, forma la estadística de la producción agrícola. Esta se publica en cuadernos separados: unos para los cereales, otro para los vinos y aceite, otros para las frutas y plantas industriales, etc.

La exposición y razonamiento de las cifras de las estadísticas requiere un orden. Éste no puede ser otro que el siguiente. Primero voy á consignar los datos referentes á la distribución en grandes grupos que hace de todo el territorio la Junta Consultiva; así podrá apreciar el lector, como primer dato, la proporción en que se encuentra la zona actual de cultivos con la total superficie de nuestro suelo. Después nos ocupare-

mos de la distribución de ésta, con lo cual se apreciará la importancia de cada cultivo; y, por último, transcribiremos las cifras referentes á la producción de ésta.

He aquí el primero:

RESUMEN GENERAL DE LA SUPERFICIE DE ESPAÑA
(CON BALEARES Y CANARIAS), CLASIFICADA EN GRANDES GRUPOS

Total superficie. — Hectáreas.	Dehesas y montes. — Hectáreas.	Tierras sometidas á cultivo.		Superficie improductiva. — Hectáreas.
		Secano. — Hectáreas.	Regadío. — Hectáreas.	
50.451.688	24.055.547	19.376.848	2.325.848	4.693.261

De los diversos cuadernos que forman la Estadística de nuestra producción agraria referente á los años 1900 y 1908 (primero y último publicados), están tomadas las cifras siguientes, expresivas de la extensión que ocupa cada cultivo y de la total de éstos en cada uno de dichos años. Como se verá, en un espacio de tiempo relativamente corto (nueve años) hemos ampliado la zona de cultivos en más de tres millones de hectáreas.

DISTRIBUCIÓN DE LA ZONA DE CULTIVOS

Naturaleza de los cultivos.	SUPERFICIE EN HECTÁREAS QUE OCUPA EN	
	1900.	1908.
Cereales.....	14.190.000	16.295.056
Vid.....	1.360.000	1.444.174
Olivo.....	1.160.800	1.333.383
Los demás cultivos.....	1.980.000	2.630.267
TOTAL.....	18.690.000	21.702.280

El más importante de nuestros cultivos agrarios son los *cereales*. A ellos dedicamos muy cerca del 75 por 100 de la superficie cultivada, si bien hay que tener en cuenta que en esa zona van incluidos los barbechos y los cultivos de leguminosas, que se alternan con los cereales.

Los diez y seis millones de hectáreas en números redondos, en que se computa la superficie destinada á los cereales, pueden estimarse repartidos en tres grandes zonas. La septentrional, toda la región pirenaica, comprende diez y ocho provincias; tienen en junto dedicadas á este cultivo tres millones de hectáreas. La zona central comprende veinte provincias (de Castilla la Vieja, León, Cáceres, Castilla la Nueva y Levante) con siete millones cuatrocientas mil hectáreas. Y la zona meridional, formada por las ocho provincias andaluzas, y la extremeña de Badajoz, con cinco millones doscientas mil hectáreas.

De todos los cereales, el *trigo* es el de mayor importancia. Su producción media en el último decenio alcanza á treinta millones de quintales métricos. Tanto se ha desarrollado este cultivo, especialmente en la parte meridional, que hoy no es sólo Castilla el granero de España, pues casi le iguala la producción de las provincias del Mediodía. Ambas zonas realizan los dos tercios de nuestra total producción triguera.

Durante mucho tiempo, con buenas, regulares y malas cosechas, teníamos un déficit anual en la producción, que nos obligaba á demandar grandes cantidades de trigo y harina del extranjero. Hoy, aun siendo mayor el consumo del país, no sólo por el aumento de población, sino por ser mayor el número de habitantes que comen pan de trigo, la cosecha es casi suficiente, como lo demuestran las cifras de las importaciones en el último trienio, que son las siguientes:

AÑOS	IMPORTACIONES	
	Trigo. — <i>Pesetas.</i>	Harina de trigo. — <i>Pesetas.</i>
1906.....	115.634.969	4.602.106
1907.....	24.522.339	19.155
1908.....	16.586.906	4.721

Los cereales que siguen al trigo, en orden de importación, son: *la cebada*, con una producción media anual de 14.113.222 quintales métricos y un valor de 280,7 millones de pesetas; *el centeno*, con 5.573.444 y 111,9 respectivamente; *el maíz*, con 6.261.959 y 125,5; *el arroz*, cuya producción media se estima en 1.854.409 quintales métricos, que valen 60.961.558 pesetas. Entre las leguminosas, sólo merecen citarse: *el garbanzo*; su producción media se eleva á 724.547 quintales métricos, valorados en 34,9 millones de pesetas; *las habas, judías y algarrobas*.

Después del trigo, la *vid* constituye principalísimo elemento de nuestra riqueza. Casi todo el suelo español es apto para el cultivo de la vid; pero las principales regiones vitícolas son Cataluña, Aragón, las dos Castillas, Valencia y Andalucía. La producción media anual es de 19.320.961 hectolitros, valorados en 348,4 millones de pesetas.

Antigua y copiosa fuente de nuestra producción agrícola son los *olivares*. En la producción mundial del aceite ocupamos el primer puesto. Se calcula la producción media anual en 2.108.128 quintales métricos, cuyo valor es de 186.902.442 pesetas. Nuestras principales regiones olivareras son: Andalucía (provincias de Jaén, Córdoba y Sevilla), Valencia y Cataluña.

A éstos siguen otros cultivos que de año en año adquieren en nuestro país un mayor desenvolvimiento. Clasificados por

grupos, son: los de *raíces y tubérculos* (patatas, remolacha forrajera, hortalizas), cuya producción media anual se eleva á 533,9 millones de pesetas. Los de *frutales* (naranjas, limones, algarroba, granadas, almendras, higos, etc.), que dan un rendimiento medio de 175,7 millones. Los de *plantas industriales* (caña de azúcar, remolacha azucarera, azafrán, lino, cáñamo), que producen 631 millones. Y por último, cierra el cuadro de nuestra producción agraria el rendimiento de los *pastos y forrajes*, que producen anualmente 776,8 millones de pesetas.

(1) *Ensayo estadístico de la producción agrícola anual de España y su valor.*

	Total producción. — Quintales métricos.	Total valor. — Pesetas.
<i>A).</i> —Cereales.		
Trigo.....	29.520.046	787.019.968
Cebada.....	14.113.222	280.708.775
Centeno.....	5.573.444	111.943.543
Maíz.....	6.261.959	125.790.205
Arroz.....	1.854.409	60.961.558
Avena y demás cereales..	3.696.873	56.859.148
<i>B).</i> —Leguminosas.		
Garbanzos.....	724.547	34.967.324
Habas.....	1.449.536	33.797.631
Judías y guisantes.....	1.261.997	41.447.828
Algarrobas y demás legumi- nosas.....	1.244.222	24.236.750
<i>C).</i> —Raíces y tubérculos.		
Remolacha.....	3.233.106	9.602.324
Nabos.....	10.267.254	21.766.587
Patatas.....	22.992.082	119.341.350
<i>D).</i> —Vid.....	(2) 19.321.161	348.409.346
<i>E).</i> —Olivo.....	2.108.128	186.902.442
<i>F).</i> —Hortalizas.—Frutales.—Plantas industriales.....	171.169.782	694.339.467
<i>G).</i> —Pajas y rastrojos.....	»	285.783.939
<i>H).</i> —Hierbas.....	»	144.171.131
<i>I).</i> —Productos forrajes.....	»	194.686.885
TOTAL.....	3.642.735.192

(1) Formado por la Comisión extraparlamentaria para la transformación del impuesto de consumos, con datos del Instituto Geográfico.

(2) Hectolitros.

A).—*El regadío.*

Desde que la frase «política hidráulica» fué generalmente aceptada como símbolo de nuestra regeneración agrícola, se ha remontado la fantasía popular más allá de lo que sin duda conviene para realizar en la posible medida esos anhelos. La conversión del secano en regadío tiene límites infranqueables en la cuantía del agua disponible, en la orografía del suelo, en la inteligencia y aptitud de los que han de utilizarla, y en otra porción de circunstancias de índoles económicas y sociales, que es necesario concertar en precisas y bien estudiadas medidas para obtener un éxito favorable, y que el mejoramiento que se busca no se torne en quebrantos y ruinas. Pensar en que todo el porvenir agrario de nuestro país está en extender la zona de regadío, es pensar en una ilusión peligrosa. En 1904 invitó nuestro Gobierno á una Comisión de ingenieros ingleses—los que habían realizado las obras hidráulicas del Nilo—á venir á España á estudiar sobre el terreno nuestro problema hidráulico. Y tanto de los trabajos realizados por esta Comisión, como de los estudios de nuestros ingenieros, resulta que el aprovechamiento de todas las aguas que hoy se pierden nos permitirían ampliar en millón y medio de hectáreas la zona regable, que es próximamente la que tenemos en la actualidad.

No es esto quitarle importancia al problema hidráulico, que sin duda la tiene y grande; y poco á poco, en la medida que las fuerzas económicas del país lo consienten, el plan de riegos se va ejecutando. Ya se han empezado las obras de canalización del Guadalquivir, río el más caudaloso de nuestro territorio, que transformará en terrenos de regadío, el día que se hayan realizado, una zona superior á 500.000 hectáreas, comprendidas en el territorio de tres provincias. Los trabajos reanudados en algunos «Pantanos», que por estar paralizadas

las obras los hacían inservibles, han puesto en estado de regadío una extensión de más de 100.000 hectáreas, en cinco ó seis años.

Los canales de riego más importantes en nuestro país son: los de *Aragón y Cataluña*, con una dotación de agua de 35.000 litros por segundo y una zona regable de 104.000 hectáreas; *Urgel*, con 33.000 y 62.000; *Real acequia del Júcar*, con 26.000 y 13.000; *Imperial de Aragón*, con 25.000 y 27.000; *Guadalquivir* (en construcción) aprovecha hoy 15.000 litros por segundo y riega 23.370 hectáreas. A éstos siguen otros de menor importancia, y en los que se están realizando obras actualmente para ampliar la zona regable. Con un caudal de agua de 4.000 á 9.000 litros por segundo, existen ocho (*Henares, Esla, Príncipe Asturias, Genil, Castilla, Duero, La Infanta y Guadalentín*); nueve de 1.000 á 2.000 (*Guadiaro, Acequia Jarama, Real Sitio, Jaca, Genora, Manresa, Tauste, La Oliva y Güéjar Sierra*), y otros de menos importancia.

Los «Pantanos» en proyecto que han de regar una zona de 110.000 hectáreas son nueve: el de *Portillo de Priego*, con un embalse de 114.000.000 de metros cúbicos de agua; el de *Guadalcaçin*, con 76; el de *Santola*, con 33; el de *Cueva de Torada*, con 28; el de la *Peña*, con 19; el de *Santa María de Belzue*, con 12, y los de *Azuébar, Cazuar y Buezo*, de menos consideración.

Realizado todo el programa hidráulico, todavía nos quedaría una gran masa de tierras de secano, en donde, como dice muy bien el Sr. Rodrigáñez, en su Memoria premiada en el concurso abierto por S. M. el Rey el año 1904, radica todo nuestro porvenir agrícola.

A la vez que vamos ampliando la zona regable de nuestro suelo, vamos mejorando también los cultivos de secano, aumentando su rendimiento por hectárea, gracias al empleo de la maquinaria y de los abonos, cada vez más generalizados. Fábricas de construcción de maquinaria agrícola las tenemos en Vizcaya y Barcelona, y de abonos en muchas provincias. Y

á pesar de la fuerte protección arancelaria que ambas industrias tienen, véase, como el dato más concluyente de cuanto decimos, el de las importaciones de ambas cosas. Al lado de las cifras referentes á las importaciones de maquinaria agrícola y de abonos en los años 1906, 1907 y 1908, consignamos las relativas á los de 1896, 97 y 98, para así apreciar mejor las diferencias.

	I M P O R T A C I O N E S	
	M ^a quinaria. — Pesetas.	Abonos minerales. — Pesetas.
1896.....	205.784	2.425.533
1897.....	334.676	4.356.201
1898.....	167.263	4.792.635
1906.....	2.425.431	8.943.395 (1)
1907.....	2.703.983	25.133.598
1908.....	3.778.963	25.323.604

B).—*Riqueza forestal.*

Nuestra riqueza forestal, muy disminuída durante el siglo XIX, ocupa actualmente una superficie de unos *quince* millones de hectáreas, de los que más de *diez* corresponden al Estado. Su producción media se calcula en *sesenta y cinco* millones de pesetas. Se halla distribuída á lo largo del Pirineo y de toda la cordillera Cántabro-Astúrica y Galaica, sombreadas de *robles, hayas y castaños*. Las altas mesetas centrales sólo ofrecen vastas regiones de montes, generalmente pinares, en las provincias de Soria y Cuenca, Extremadura, Andalucía y Cataluña llenan extensas superficies de *encinas y alcornoques*, dando origen á la industria *corcho-taponera*.

(1) Aquí no están incluidos los *superfosfatos de cal*, que importamos por valor de 9,5 millones de pesetas.

III.—LA GANADERÍA

Desde el punto de vista económico en que aquí discurremos, cabe definir la ganadería de este modo: «el conjunto de animales que forman parte de la explotación agrícola». Su importancia no es necesario encarecerla. La ganadería ofrece los productos más diversos (carne, leche, lanas, abonos, pieles, etc.), que son primeras materias de multitud de industrias.

Desgraciadamente, hay que reconocerlo y confesarlo: nuestra ganadería se halla en un estado de decadencia lamentable. Creamos la mejor raza de ganado lanar, el famoso *ganado merino* que hicieron de nuestro país el mercado universal de lanas finas. Poco á poco lo fuimos exportando, sin preocuparnos de la cría, hasta no quedar aquí ni rastro. Tuvo gran renombre también la especie de nuestro ganado vacuno, que hoy la forman, en su gran parte, las ganaderías de *reses bravas*. Ya Jovellanos señaló este peligro de las *reses bravas* para toda la ganadería española, pues el alto precio que alcanza ha hecho que únicamente de su selección y cría se preocupen nuestros ganaderos, en detrimento de las demás especies.

He aquí los datos estadísticos csmparados de la ganadería en España:

ESTADÍSTICA GENERAL COMPARATIVA DE LA GANADERÍA EN ESPAÑA

Clase de ganado.	CENSO DE 1891		CENSO DE 1905	
	Número de cabezas.	Valor. — Pesetas.	Número de cabezas.	Valor. — Pesetas.
Caballar.....	397.172	188.656.700	498.157	236.624.575
Mular.....	767.928	460.756.800	767.570	460.542.000
Asnal.....	753.914	113.087.100	663.054	99.458.100
Vacuno.....	2.217.659	997.946.550	2.075.142	993.813.900
Lanar y cabrío.	15.893.692	353.634.647	15.411.176	342.898.666
Cerda.....	1.927.864	221.704.360	1.743.863	200.544.245
TOTALES...	21.958.229	2.335.786.157	21.158.962	2.273.881.486

A).—*Avicultura.*

Es éste un ramo de nuestra riqueza agrícola, cuya importancia nos ha sido completamente desconocida hasta muy recientemente. Con motivo de los estudios que ha tenido necesidad de hacer la Comisión extraparlamentaria, para la transformación del impuesto de consumos, se ha formado, á título de *Ensayo*, solamente, la primera Estadística de las aves en España. Los principales criaderos se encuentran en Castilla, Galicia y Andalucía.

Los rendimientos de las *avejas* y *gusanos de seda* los desconocemos. Esta última industria tiene gran importancia, aunque no la de otras veces, en Valencia, Murcia y parte de Cataluña.

He aquí los datos más interesantes de la estadística de las aves en España:

ENSAYO ESTADÍSTICO DE LAS AVES EN ESPAÑA

CLASES	Número.	Valor. — Pesetas.
Gallinas.....	42.101.037	105.252.592
Pavos.....	441.540	2.538.855
Patos.....	272.580	890.320
Palomas.....	6.468.800	5.175.040
TOTAL.....	113.856.807

IV.—LA MINERÍA

Después de la Agricultura, la Minería constituye el ramo más importante de nuestra riqueza pública. Más de 515 millones de pesetas llegó á producir el año de 1.907 (última esta-

dista publicada): millares de obreros viven de ella, y á ella acuden cuantiosos capitales, contribuyendo con sus productos al desenvolvimiento del comercio nacional.

Pocas naciones pueden presentar un contingente tan rico y variado de sustancias que son objeto de la explotación minera, como España. Y dentro de la Península, pocas provincias ó regiones dejan de presentar criaderos de más ó menos importancia. En el *Norte* abundan los minerales de *hierro* (Vizcaya, Santander, Oviedo); la *hulla* (Asturias, León y Palencia); las minas de *zinc* (Santander, Guipúzcoa y Vizcaya); mineral de *cobalto* y de *manganeso*, en Oviedo, y de sulfato de *sosa* y *sal gemma*, *hulla* y otros, en Burgos. En el *centro* de la Península existen los *azogues* de Almadén (Ciudad Real), las *hullas* de Espiel y Bélmez (Córdoba), las *fosforitas* de Cáceres, los *plomos* de Badajoz y Ciudad Real, los *kaolines* de Madrid y Toledo, las *glauberitas* de Aranjuez (Madrid), á orillas del lago, y las *salinas* y criaderos de *plata* de Guadalajara. En el *Mediodía* se distinguen: por sus *plomos*, las provincias de Murcia, Jaén y Almería; por sus *hierros*, Murcia, Almería y Málaga; por sus *cobres* y *hierros*, Huelva y Sevilla; por sus *manganesos*, Huelva y Almería; y por sus *azufres*, Murcia y también Almería. En la región de *Levante* se señalan los *lignitos* de Teruel, Barcelona, Alicante y Castellón; las *salinas* de Barcelona, Tarragona y Alicante; las *hullas* de Gerona y Lérida, y otros criaderos menos notables.

Al amparo de la minería se desarrolla con notable incremento la industria metalúrgica en tan importantes fábricas como las de *hierro*, de Asturias, Bilbao, Barcelona, Valencia y Málaga; las de *plomo*, de Linares (Jaén), Ciudad Real, Córdoba, Murcia y Rentería (Guipúzcoa); las de *cobre*, de Huelva, San Juan de Alcaraz, en Riopar (Albacete), y las de Cartagena (Murcia); las de *zinc*, en Arnao (Asturias), y otras varias de menos consideración.

A principios del pasado siglo estaba limitado en nuestro país la minería á las minas de Almadén, Riotinto, Linares,

Falset y Marbella, y á las minas de hierro de Vizcaya; las plomizas de las Alpujarras y alguna que otra de cobre. Su producción total no llegaba á 30 millones de reales.

De entonces acá, la minería se ha desenvuelto de un modo portentoso, como lo demuestran las cifras siguientes, que corresponden al último año de cada decenio y todo el último quinquenio:

ESTADÍSTICA COMPARATIVA DE LA PRODUCCIÓN MINERA EN ESPAÑA

AÑOS	Valor de la producción. — Pesetas.
1860.....	89.060.058
1870.....	140.225.499
1880.....	152.469.858
1890.....	267.485.834
1900.....	343.338.653
1903.....	377.394.732
1904.....	399.299.160
1905.....	437.984.527
1906.....	498.459.851
1907.....	515.751.838
<i>Promedio en el quinquenio...</i>	405.738.020

Circunscribiéndonos ahora á los últimos datos publicados (1907), resulta que el número de minas en explotación en este año ha sido de 2.148, ocupando una superficie de 261.383 hectáreas. He aquí las sustancias principales extraídas, base de nuestra riqueza minera, en toneladas y su valor en pesetas:

S U B S T A N C I A S	P R O D U C C I Ó N E N	
	Toneladas.	Pesetas.
Cobre.....	3.182.645	67.110.996
Hierro.....	9.896.178	50.262.190
Hulla.....	3.531.337	44.341.403
Plomo argentífero.....	165.289	35.206.081
Plomo.....	113.632	23.214.259

V.—LA INDUSTRIA

Tiene la palabra Industria acepciones muy diversas; aquí la empleamos en su estricto sentido económico, ó sea para averiguar el conjunto de empresas de todas clases, cuyo objeto inmediato es la transformación de la primera materia.

El servicio de estadísticas de esta clase corre á cargo del Ministerio de Fomento (Dirección de Agricultura, Industria y Comercio); pero la reciente organización del mismo, y sin duda la escasez de personal, hacen que estos trabajos se vayan realizando con una gran lentitud. Hasta ahora sólo se han publicado dos trabajos, uno referente á las industrias en Vizcaya y otro á las de Santander. Una Estadística de «Industria y Comercio» publica anualmente el Ministerio de Hacienda; pero como estadística fiscal, sus datos darían ocasión á muchos errores.

Vamos á ir exponiendo, por el orden de su importancia, las industrias principales de nuestro país.

Los trabajos ya citados y la Estadística anual de la producción minera y metalúrgica, ofrecen datos más que suficientes para conocer el estado de nuestra industria siderúrgica, que es la primera que vamos á estudiar.

La industria *siderúrgica* es aquella que trabaja el hierro y lo transforma en acero; constituye la *siderurgia* el ramo principal de la *metalurgia* ó elaboración de los metales en general. Sus dos grandes focos están en Vizcaya y Asturias, que son también los grandes focos de producción del hierro y de la hulla. Hoy suministran nuestras fábricas á las compañías de ferrocarriles todo el material de hierro y acero que antes importábamos; también suministran las industrias *siderúrgicas* nacionales todo el material necesario para las construcciones navales, cuyas industrias parecen ahora renacer. Aún nos queda anualmente un excedente de cerca de 30 millones de pesetas de hierro manufacturado que exportamos.

El dato que mejor puede dar á conocer el estado de esta industria, es el número de fábricas en actividad; de máquinas, hidráulicas, de vapor y eléctricas, que trabajan, y el número de caballos de fuerza empleados como fuerza motriz. Datos todos éstos que los consignamos á continuación, comparados con los del año 1884, en que se celebró en Madrid la Exposición de productos minero-metalúrgicos.

Es el siguiente:

	1884	1908	De + ó - en 1908.
A). Fábricas en actividad:			
Número de fábricas.	151	167	+ 16
B). Máquinas en ídem:			
Hidráulicas	59	80	+ 21
De vapor	302	396	+ 94
Eléctricas	»	97	+ 97
Caballos de fuerza.	11.260	50.134	+ 38.874
C). Valor de la producción:			
Pesetas	79.624.503	268.510.097	+ 188.885.594

Sigue á ésta, en importancia, la industria algodonera. El

primer centro fabril en España es Barcelona, pero hay también numerosas fábricas en otras muchas poblaciones de Cataluña, y alguna que otra en el resto de la Península, como Málaga. La industria algodonera catalana ha llegado á un alto grado de perfección; hoy compite con la de los países más adelantados, como lo demuestran las cifras de exportación, á aquellos países donde no gozan de ningún favor arancelario. No producimos la primera materia de esta industria, pues los cultivos algodoneros que existen en España son insignificantes. Nuestras grandes fábricas se surten de los Estados Unidos. A muy cerca de 150 millones de pesetas alcanza la cifra del algodón importado en el año 1908.

Cuba nos suministraba antes del 98 el azúcar necesario para nuestro consumo. Después de esa fecha es cuando renace entre nosotros la industria azucarera, que ha sido tal su desenvolvimiento, que él es la causa de la crisis por que atraviesa actualmente, crisis determinada por una desproporción grande entre la capacidad productora y la consumidora del país. Una gran superproducción, que, por duro que sea, será necesario resolver limitando la primera, es decir, clausurando fábricas.

He aquí las últimas cifras publicadas:

AÑOS	Producción. — Kilogramos.	Consumo. — Kilogramos.
1905.....	70.828.796	56.631.044
1906.....	75.996.629	60.232.345
1907.....	80.262.507	58.126.111

La industria vinícola tiene su natural asiento en las regiones vitícolas, y constituye una de nuestras principales industrias agrícolas. *Jerez*, que produce sus vinos de renombradas marcas; *Málaga*, que elabora vinos generosos de su nombre y

similares á los de Oporto y Madera; *Sanlúcar de Barrameda*, que produce el oloroso *manzanilla*; *Valdepeñas*, *Cariñena*, *Alicante*, *la Rioja* y *el Priorato*, con sus afamados vinos de mesa.

A esta bebida siguen en importancia los *aguardientes* de *Ojén*, *Chinchón*, *Cazalla* y la *licorería*.

Tienen gran importancia en nuestro país, y cada vez la van adquiriendo mayor, las industrias de *fabricación de armas blancas*, de Toledo, y de *fuego*, de Eibar y Plasencia. La de *fundición de cañones*, de Trubia, y la de *maquinaria*, de Vizcaya y Cataluña, donde se construyen *máquinas agrícolas, eléctricas y de vapor, instrumentos de cirugía y música*.

Las industrias de *cerámica y cristalería* vuelven á renacer, aunque no con el esplendor que la de *vidrio y cristal* tuvo otras veces. Sin embargo, hoy son productos de nuestras industrias de exportación, así como los *mosaicos y azulejos*.

La industria *lanera* tiene sus principales centros en *Tarrrasa* y *Manresa* y otros puntos de Cataluña, y en *Alcoy*, *Béjar* y *Palencia*. La *sedería*, tan extendida y floreciente en otros tiempos, hállase hoy limitada á las fábricas de *Murcia*, *Valencia* y *Barcelona*.

La industria *corcho-taponera* tiene sus centros principales en Cataluña, Extremadura y Andalucía. La de *maderas*, cuyo ramo principal es la fabricación de muebles, *Vitoria* y *Cádiz*.

La industria de *curtidos* tiene su centro principal: en *calzado*, *Baleares*; en *guantes*, *Valladolid*, y en *petacas*, *Ubrique*.

La *papelera*, en *Játiba*, *Valencia*, *Alcoy*, *Béjar*, *Tolosa* y *Madrid*.

Y por último, las industrias de *salazón* de pescado y *conservas*, en *Galicia*, *Asturias*, *Huelva* y *Cádiz*; las de *quesos*, *manteca* y *mantequilla* de *Soria*, *Galicia*, *Asturias* y *Castilla*, y la de *pastas y confitería* de *Cádiz*, *Toledo*, *Alicante* y *Jijona*, son las industrias más salientes en nuestro país.

V.—COMERCIO

La revisión arancelaria que hicimos el año 1906, acentuando el sentido proteccionista de las tarifas anteriores, ha encontrado, como era lógico, la represalia en aquellos países á quienes principalmente afectaba. Poco después de promulgado nuestro arancel, Alemania cerraba sus mercados á nuestros vinos, y esta es la causa de la crisis actual por que atraviesa este ramo de nuestra riqueza agraria. Considerándose también perjudicada Francia, eleva en su nuevo arancel los derechos de entrada á nuestras frutas y legumbres, en que consisten nuestras principales exportaciones á la vecina República. A este quebranto que ha experimentado nuestro comercio exterior, obedece la reciente creación de una Comisión, denominada de «Relaciones exteriores», cuyo fin no es otro que preparar la celebración de tratados de comercio.

A continuación damos un breve resumen, que da una idea clara de nuestro comercio exterior, de los artículos principales de nuestra exportación é importación, señalando á la vez aquellos países con quienes tenemos relaciones comerciales más importantes. (Las cifras expresan millones de pesetas.)

AÑO	Importación.	Exportación.	TOTAL
1908	966,5	911,2	1.877,7
Algodón.		Minerales y metales.	
Carbones minerales.		Vinos.	
Abonos ídem.		Frutas y legumbres.	
Bacalao.		Corcho obrado.	
Café.		Tejidos algodón.	
Cueros sin curtir.		Aceites.	
Nuestros grandes clientes.		Nuestros principales suministradores.	
1.º Gran Bretaña	296	1.º Gran Bretaña	180
2.º Francia	197	2.º Francia	158
3.º Cuba	63	3.º Estados Unidos	136
4.º Alemania	59	4.º Alemania	98
5.º Holanda	53	5.º India inglesa	62
6.º Italia	49	6.º Portugal	48

No se me ocultan la multitud de cuestiones que quedan fuera de este trabajo, como son la caza y pesca, los medios de comunicación terrestres y marítimos, el estado de nuestra Hacienda, etc.; pero yo sólo prometí trazar el cuadro de nuestra economía, y no hacer el relleno, que será objeto de otro estudio.

Todas las cifras que consigno están tomadas de las estadísticas oficiales; yo sólo he hecho adaptarlas á la técnica de un artículo de Revista. Y creo que, con lo dicho, cualquiera podrá apreciar el estado actual de nuestra riqueza, y reconocer que, aunque no con toda la rapidez que deseáramos, progresamos.

FRANCISCO ESPINOSA G. Y PÉREZ

LA INMENSA HISPANIA

EL PELIGRO YANQUI

¿Los Estados Unidos se apoderarán de la América española?—La fórmula del imperialismo yanqui.—El dólar americano.—El hombre norteamericano.—La hostilidad de la prensa norteamericana.—La vaselina y el *champagne* panamericanos.—La Corte de Justicia Centroamericana.

¿Les Etats-Unis mangeront-ils l'Amérique espagnole?—He aquí la pregunta que Maurice de Waleffe se hizo en París, y vino á contestar á la América Central, escribiéndola como lema de un libro al que irónicamente tituló *Les Paradis de l'Amérique Centrale*.

Dos párrafos resumen el libro, ambos escritos en París, uno antes de la salida y otro al regreso. El primero dice:

«Los Estados Unidos harán la conquista de la América istmica, desde el itsmo de Tehuantepec hasta el golfo de Darién. Panamá ya es suyo. Costa Rica tardará en serlo unos *cinco* años. A cinco años por república, es cuestión de un cuarto de siglo el que la bandera estrellada tenga cinco astros más en su constelación.» Para justificar este párrafo, vino Waleffe á América en busca de argumentos. Y á su regreso escribió este otro:

«¡Seis meses de peregrinaciones molestas, embarcar en sie-

te vapores, aprender el español, vivir entre negros, mosquitos y fondistas, estropearme el estómago por veinte cocinas bárbaras, é interrogar á doscientos ó trescientos hombres, para llegar á la conclusión de que América no vale lo que Europa, ni siquiera bajo el aspecto pintoresco! Ni los exuberantes bosques de Costa Rica, ni las avenidas de orquídeas de Jamaica, ni las nevadas cimas del Popocatepelt valen siquiera lo que un simple valle de las riberas del Loira. La naturaleza tropical es brutal como una negra desnuda; la nuestra, más púdica, nos ha enseñado el encanto de los velos y las gasas.»

Todo el libro es hiperbólico; pero, como las buenas hipérbolos, tiene un fondo de verdad.

Los Estados Unidos han entrado en una política imperialista como la de Alemania ó Inglaterra. Quizás *mangeront* parte de la América española, pero quizás se les indigeste. El libro de Waleffe ha dolido; quizás sirva para llamar la atención de la distraída Europa hacia este continente. El mensaje al Congreso del Presidente Monroe, del 2 de Diciembre de 1823, es ciertamente un veto á Europa que ha resguardado á estas naciones del bandidaje internacional europeo; pero es también una garantía que algún día han de alegar ante Europa las repúblicas víctimas del bandidaje del ogro de América.

La doctrina de Monroe es realmente un pacto acatado y no firmado. Europa se dió por advertida y se ha resignado; algún día le tocará advertir, y venir en auxilio moral ó material de estos pueblos, y á los Estados Unidos les tocará resignarse á su vez y atenerse á los términos del pacto tácito. La independencia de la América española sufrirá algún eclipse parcial como el de Puerto Rico y Cuba; pero algún día serán todas las repúblicas latinas unidas las que proclamarán un ideal nuevo internacional. El doctor Zambrana, en Costa Rica; Pérez Triana, en Colombia; el doctor Drago, en la Argentina, han entrevisto una inmensa Hispania por la que corre igual sangre, y capaz de proclamar ante el mundo el Evangelio de la independencia de todas y cada una de las naciones de Amé-

rica, desligadas de lazos de dominación de Europa y de Estados Unidos, y unidas por las tradiciones de raza y el verbo de su lengua, á una España nueva, tan progresista como sus hijas, que está soterrada por las medianías que han sabido alumbrar los hombres de Gobierno, pero que algún día ha de surgir, cambiando los rumbos de una política fundada en ideales de dominio sobre la tierra y sobre las conciencias de los hombres. Ese día serán los Estados Unidos los que sin firma alguna acaten la doctrina y se resignen. De que no está lejano, es garantía lo ocurrido en la conferencia de la Haya, en que, al lado del marqués de Villa-Urrutia, representante de España, se agruparon todas las representaciones de la América latina: todas aceptaron la doctrina de Drago, que establece que las deudas internacionales no pueden cobrarse por la fuerza y, todas unidas, rechazaron la proposición de Mr. Choate, representante de los Estados Unidos, que daba menor representación á las naciones pequeñas de América que á las grandes en un tribunal á que aquél quería sujetar las discordias internacionales. Los Estados Unidos, dice Pérez Triana, «incurrieron en un grave error de perspectiva internacional, acostumbrados á considerar á Wáshington como á la capital de toda América en que se forjan los destinos de todas las naciones del continente sobre el yunque de Monroe con el martillo rooseveltiano, manejado por su acólito mayor Mr. Root.»

*
* *

Los ciudadanos de los Estados Unidos no se llaman asimismos *norteamericanos*, sino simplemente *americanos*. Las legaciones de los Estados Unidos se anuncian por un escudo con esta leyenda: *American Legation*, y, lo que es más raro, en Centro América, para indicar la nacionalidad de un yanqui, se dice: «es americano». Los yanquis han empezado por apropiarse el nombre del Continente, y los demás americanos han consentido en la usurpación. Con esa aclaración se entenderá toda la

doctrina de Monroe, tal como hoy se quiere practicar: «América para los americanos», significa ya «América para los Estados Unidos». Y con esta significación se han concretado en otra frase las etapas de la política de invasión:

«Primero, el dólar americano; tras del dólar, el hombre americano; detrás de los dos, el Gobierno americano.»

No es fácil decir cuál es el límite de la ambición norteamericana; su política internacional, astuta y vigilante, procura no dar un mal paso; y si bien es harto clara su intromisión en todas las latitudes de América, por ahora se concentran sus energías en Méjico, las Antillas, Guatemala, Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá.

No es aventurado predecir que los Estados Unidos, construido el canal, pretenderán ser de ambos lados árbitros é interventores, y que soñarán ya sus estadistas con Venezuela, Colombia y Ecuador, y quién sabe si con las Guayanas, mediante una política tan pérfida como la que siguieron respecto á España en Cuba.

La prensa chilena acoge alborozada un artículo editorial del *Financial Times*, de Londres, en el que se declara que bajo la línea ecuatorial no deben vivir más que tres repúblicas: Chile, Brasil y la Argentina. El Perú sería absorbido por Chile; Bolivia, Paraguay y Uruguay, por la Argentina.

Antes de que estos arreglos pasen de fantasías, todas las repúblicas latinoamericanas habrán depuesto sus rivalidades, se negarán sistemáticamente á toda connivencia con el enemigo común, y Puerto Rico, Panamá y Cuba reconquistarán la plenitud de su soberanía, porque es fácil augurar que la política panamericana terminará por un estallido, en el que los cañones restablecerán la verdadera doctrina de Monroe: «América para los ciudadanos de cada región del continente colombiano», que así hay que decir desde que los yanquis han acaparado para sí el nombre de «americanos.»

*
* *

El oro americano es arrollador é irresistible. Enajenó de manos francesas la concesión del canal de Panamá, y favoreció la independencia de esta provincia antigua de Colombia, realmente sometida á un protectorado. La fiebre amarilla, que sembró de cadáveres toda la zona del canal, ha sido vencida por el oro: se han desecado las marismas; se abrió cauce á toda agua estancada, donde el mosquito, agente de la inoculación de la fiebre amarilla, pudiera reproducirse, y se ha saneado la capital. El personal directivo goza sueldos enormes que le permiten vivir en casas envueltas en fino sedazo metálico, no beber sino aguas minerales y alimentarse exclusivamente de productos norteamericanos. El coronel Goethaels, ingeniero jefe, tiene 38.000 dólares de sueldo al año, y 15.000 sus cuatro segundos ingenieros militares. Las obras cuestan al tesoro de los Estados Unidos cuarenta millones de dólares al año, y faltan por lo menos diez para la apertura del canal. El oro americano paga 25.000 negros á 6 pesetas diarias, 4.000 españoles é italianos á 8 pesetas y 1.000 norteamericanos á razón de 25 á 100 pesetas diarias.

El oro americano explota las minas de Méjico y los ferrocarriles. Desde Tuxtla hasta Chihuahua, desde Tampico á Hermosillo, el capital norteamericano ha tomado en los diez últimos años la mayoría de los negocios mineros, ferroviarios y agrícolas.

El oro americano compra las plantaciones de tabaco de las Antillas. En Guatemala, Honduras y Nicaragua es dueño de multitud de empresas. Solamente el Salvador, por su falta de comunicación con el Atlántico y por su exceso de población, se ve algo libre del ataque.

El oro de la *United Fruit Company* ha convertido la antes desierta región atlántica de Costa Rica en hermosas plantaciones de bananos, que tres líneas especiales de vapores transportan rápidamente á Nueva Orleans, á Boston y á Inglaterra. La misma Compañía tiene siembras de bananos en Guatemala, en Honduras, en Panamá, en Colombia, en Cuba y en Jamaica, y

cifra su negocio en el monopolio de esta fruta, que vende sin competencia, repartiendo dividendos hasta del 20 por 100.

Poderosas sociedades anónimas de los Estados Unidos se aprestan á explotar minas, á exportar las riquísimas maderas de los trópicos, y aspiran á conquistar para sí, de este modo pacífico, toda la América tropical.

He aquí el argumento de Waleffe:

«Los bosques malsanos del Atlántico han sido adquiridos por los yanquis, quienes, importando negros de Jamaica, les han convertido en lucrativas haciendas de bananos y ganadería. Ahora van á comenzar el ataque de las altas mesetas donde se cultiva el café. Todo es cuestión de que paguen lo que se les pida, y cuando el norteamericano sea dueño de las tres cuartas partes de la meseta y de las costas, querrá organizar las finanzas y la policía. Cuando uno se encuentra en su casa, quiere ser dueño de ella. «Así desaparecerá la América Central.»

Aparentemente, los yanquis reintegraron á Cuba su soberanía el 28 de Enero de 1909 al tomar posesión de la presidencia el general D. José Miguel Gómez. Cuando el presidente y los flamantes ministros embarcaron á Mr. Magoon y leyeron las felicitaciones de Roosevelt, de Wright, ministro de la Guerra, y de Taft, presidente electo, vieron que, aunque se perdía en el horizonte la silueta de los soldados, el oro americano, primer jalón de la política imperialista, no abandonaba ni abandonará su presa; el tabaco es suyo y las fábricas también. No hay que pensar que el oro americano reciba la repulsa que le dió D. Manuel López al proponerle el *trust* yanqui la venta de su negocio.

—Los Estados Unidos no tienen oro bastante para comprar la fábrica de Manuel López.

No hay medio práctico de oponerse al oro invasor. Si la fórmula imperialista no dijera que tras el dólar está el Gobierno de los Estados Unidos, habría que festejar la inmigración del oro, que beneficia tanto las regiones en que cae. Abrir

paso al oro y cerrarlo al Gobierno que lo impulsa, es política difícil, un jugar con fuego permanente y peligroso.

Pero el tigre ha enseñado sus garras demasiado.

El oro es mejor arma que el fusil, piensan los estadistas norteamericanos. Pero dicen: el oro es menor de edad, y necesita tutela. Al contrario de lo que sostenía Mr. Campbell Bannerman, ex-presidente del Gobierno inglés, con palabras que merecen ser meditadas en España para decidir si el capital que va á Africa es menor de edad como el capital norteamericano, ó mayor de edad como el capital inglés: «Me atrevo á decir que no podría haber nada más pernicioso que el solo hecho de que pareciéramos aceptar la doctrina, si merece llamarse doctrina, de que cuando nuestros compatriotas invierten sus capitales en empresas arriesgadas en países extranjeros, y los compromisos no se cumplen, es deber público rescatar esos capitales por la fuerza. Todo el que invierte dinero en un país como Venezuela, sabe muy bien lo que se hace. Me parece que no sería muy exacto decir que los grandes riesgos significan siempre grandes dividendos; mejor podría afirmarse que los grandes dividendos implican grandes riesgos. Ahora bien; si todo el poder del Imperio británico fuera á ponerse detrás del capitalista, el riesgo desaparecería para éste, y tendría que compartir con el Estado el dividendo.

La política imperialista de los Estados Unidos garantiza el juego de los dividendos y los riesgos, no ya sólo excitando á la adquisición de propiedades de particulares, sino ofreciendo dinero á estos gobiernos, cuya hacienda y política financieras no son, ciertamente, serias garantías. El *New York Herald* de 23 de Agosto último explicaba claramente esta política en los párrafos que extracto:

«De una manera apacible el ministerio de Estado se ha hecho dueño de la tan deseada llave para la paz centroamericana.

El ministro, Mr. Knok, ha comprendido que el principal acreedor de Honduras podrá ejercer la mayor influencia res-

pecto al Gobierno de este país, y ha logrado que un sindicato americano preste á Honduras diez millones de dólares, que se han de reintegrar con sus intereses por mediación del departamento de Estado.

»Guatemala ha entrado en negociaciones con la casa J. P. Morgan y C.^a para el reembolso de un préstamo. Los derechos de los Estados Unidos para la protección de estas especulaciones son los mismos en Guatemala que en Honduras.

A Costa Rica le prestará el *National City Bank of New York* trece millones de dólares.

Como consecuencia de esta diplomacia financiera, la influencia americana será fuerte en Honduras y separará á Nicaragua del turbulento Salvador y de la rica Guatemala; por la forzosa paz de Costa Rica se separará á Nicaragua de Panamá.

»El presidente de Méjico secunda benévolamente toda nuestra política en Centro América, á pesar de la prensa de su país, que la designa con el nombre de política del garrotazo (*big stick*).»

Al precio de la intervención americana, Costa Rica no ha querido dinero, ni aun encontrándose en situación económica difícil. El Congreso ha rechazado de plano la negociación del Gobierno con el banco neoyorkino.

El presidente del Congreso, triunfador en las últimas elecciones para la presidencia de la República, sobre quien pesaban ya las responsabilidades de un período de gobierno que comprenderá de 1910 á 1914, bajó á su escaño de diputado y pronunció un arrogante discurso, que es todo un programa de relaciones con la orgullosa República del Norte. He aquí las palabras del licenciado D. Ricardo Jiménez:

»¿Habríamos de cometer un acto tan imprudente como el de quitar nuestra deuda de Inglaterra para pasarla á los Estados Unidos? A no ser que se nos dijera que el Gobierno de los Estados Unidos jamás consentiría que en América, ni ellos ni nadie, cobren las deudas por la fuerza. Pero es el caso que los Estados Unidos han hecho lo contrario. Dígalo si no el bloqueo

de San Juan del Norte y la proposición de Mr. Blaine de apoderarse de las Aduanas de Venezuela, para satisfacción de los acreedores extranjeros. De manera que si no hubiera el peligro de la intervención, yo podría admitir que hiciéramos el tanteo; vamos á cargar con esta cruz todo el tiempo que podamos; pero es que los americanos harán con nosotros lo que los judíos hicieron con Jesucristo: nos obligarán á cargar con nuestra cruz, llegaremos con ella hasta el Calvario, y allí nos habrán de crucificar.

»¿Cuál es la tendencia del pueblo americano? La tendencia á crecer, mientras no haya algo formidable que lo impida. Veamos la historia de los Estados Unidos. La primera gran adquisición de tierra fué en tiempo de Jéfferson. Napoleón les vendió la Louisiana. ¿Esa compra era constitucional? No. Jéfferson dijo que era un acto que iba contra la Constitución. Tuvo dudas, pero se firmó, no obstante el Tratado, porque los americanos necesitaban llegar al Golfo de Méjico, que el Misisipí corriera siempre por tierra americana. Luego, por motivos de equilibrio político interior, necesitan á Texas. Americanos, adelantándose al ejemplo de Panamá, hacen allí una revolución; se independiza Texas, y ese no es sino el primer paso de la anexión subsiguiente. España fué descubridora y conquistadora de Florida. El pueblo americano no veía bien aquella vecindad. Comenzó una era de disputas y vejaciones. Por fin, España traspasó su posesión á su inquieto vecino. Pronto los americanos no cupieron dentro del territorio que tenía por una de sus fronteras las vastas soledades del Oeste. Necesitaban límites naturales, y de allí su guerra con Méjico, que dió por resultado que la nación americana se extendiera de Oceano á Océano. Llegaron al Pacífico, y todavía no estaban colmados sus deseos. Empresarios americanos se apoderaron de Hawai, y ofrecieron aquella isla á su patria, como se ofrece á la madre un ramillete de flores. Mr. Cléveland rechazó el presente. Pero salió del poder Mr. Cléveland, y enseguida vino la anexión de Hawai. Los barcos americanos no para-

ron en aquella isla; se posesionaron luego de Filipinas, porque los americanos que dicen «América para los americanos», no consienten que en Oriente se diga «Asia para los asiáticos», sino que completan su fórmula de Monroe, y dicen «América para los americanos y Asia también». Por el Atlántico, la misma expansión. Mantienen fortalezas en Cuba, porque Cuba es la llave del Golfo de Méjico. Retienen á Puerto Rico, porque Puerto Rico está en la vía de Panamá. Y adquieren el señorío de la zona del canal de Panamá, porque ello es necesario para la civilización del mundo. Las razones varían; pero es una sola la tendencia y una sola la expansión resultante.

»¿Merece Costa Rica perder su independencia?

»¿Tan mal papel ha hecho en el mundo? ¿No ha resuelto problemas importantes de sociología? ¿No ha dado el ejemplo de un pueblo en el que se ha sostenido y se está sustentando el principio de que el Poder se entrega á la opinión del pueblo? Hemos vivido exentos de revoluciones; aquí no hay hambre; además, este es un pueblo que tiene en su presupuesto una suma mayor para las escuelas que para los cuarteles. Entonces, ¿por qué hemos de querer que esta hormiga trabajadora sea aplastada por la bota del americano? No, señores: defendamos nuestra patria.

»No quiero ofender á los americanos cuando sostengo estas ideas. Quiero que vengan á Costa Rica, uno á uno, á aumentar nuestra población y á traernos sus útiles enseñanzas. Por lo que no opino es porque vengan organizados y constituídos como un Estado dentro de otro Estado; y menos como un Estado encima de otro Estado.»

*
*
*

Los Estados Unidos podrán apoderarse de estas repúblicas; pero nunca serán dueños sino del terreno que pisen.

Es imposible una fusión de sentimientos, de ideas y de intereses. En este sentido, vale muchísimo menos el hombre ame-

ricano que el latino, especialmente que el español. Puede afirmarse que América está llena de españoles, y que los norteamericanos todavía no han llegado, ni quizás lleguen nunca.

El oro americano no ha traído hombres, sino empleados. Grandes sueldos les permiten poner en el campo ó á la boca de una mina una casa á estilo americano y tomar sirvientes negros de Jamaica, para que los lares domésticos no oigan más que el inglés; van á buscar mujeres á los Estados Unidos ó las traen consigo, y devuelven sus hijos á que se eduquen en su tierra.

No saben español, ni quieren aprenderlo, ni aunque lo sepan quieren hablarlo. Cuando se enriquecen se van de la América española, y sacuden sus zapatos como Santa Teresa en el puente de Avila: «De esta tierra, ni el polvo.» Llamam tontaría á lo que es educación, finura y buenos modales; toman por cualidad superior su nativa rudeza, y como sus conocimientos son siempre muy especializados, desprecian groseramente al latino que no hace tanta labor *útil*, porque recrea su espíritu con un trabajo variado ó con un recreo agradable.

Altivos para obedecer, déspotas para mandar, no se encuentran bien sino entre los suyos.

Trabajadores como los españoles, más constantes que ellos, más ambiciosos y menos sobrios, arriesgan su vida, por la sed del oro, en parajes malsanos, por un buen sueldo ó la perspectiva de una fortuna.

Mientras subsista el régimen capitalista—y va para rato en América,—el norteamericano, como todos los hombres de su raza, será irreemplazable como agente del capital, como empleado de sociedad anónima, como rueda de la máquina administrativa de sacar dividendos. El norteamericano, cuando emigra, trae ya hecho su negocio, que consiste en su sueldo que le permite vivir bien, y no necesita pensar, sino trabajar: el capital, que le ha impulsado, ha pensado por él.

Poned á un norteamericano en un bosque pantanoso, y morirá ó saldrá rico. Ponedle en un salón con hombres corteses y

mujeres hermosas que no sepan inglés, y si no encuentra la puerta, sacará su cigarro, roncará luego en un diván y enfermará de tedio.

El hombre americano no sería peligroso si no viniese formando parte de un armazón trabado por el oro americano y asegurado por el Gobierno. Lo grave es que cuando la sociedad anónima plantea un negocio agrícola ó minero, los americanos llegan en bloque, como una unidad táctica de un ejército de ocupación, y constituye un Estado dentro de otro Estado, imponiendo sus gustos, sus costumbres y su lengua á quien se acerque á comprar ó vender, ó á trabajar en su empresa.

Todos los observadores coinciden en que los norteamericanos y latinoamericanos se odian cordialmente. Viven mezclados, pero no combinados; los primeros miran á los latinos con un aire de superioridad y un desdén olímpicos; éstos se contentan con tenerles por groseros y mal educados. No hay posibilidad de mezcla de razas. Falta el instinto genésico. La gracia, la fina coquetería, la languidez de la criolla, no excitan en el sanguíneo norteamericano ningún deseo. La mujer norteamericana, sonrosada, fuerte, trabajadora, le parece al hispanoamericano hombruna.

La mimosa criolla quiere en su hogar un culto que no le otorga el norteamericano, más camarada que adorador. La mujer norteamericana encuentra empalagosa toda intimidad á destiempo.

Entre una señorita indígena y una americana, no hay sino mutuo desprecio; el vestir, el andar, el hablar de cada una, jamás inspira envidia á la otra, ni deseo de imitación.

Del norteamericano no nacen más que norteamericanos; de los españoles, y en general de los latinos, nacen ciudadanos de estas Repúblicas, aunque padre y madre sean extranjeros.

En esta lucha entre el norteamericano y el español, el primero perderá la batalla, si los Gobiernos de estos países comprenden que el problema de su independencia se cifra en po-

blar. Aquel que más hijos tenga será dueño de más metros cuadrados de tierra, con la diferencia de que el norteamericano hará extranjero el suelo, y el español se hará tan nacional como el piso en que pone su tienda.

Si el conflicto de razas se traduce, como habrá de ocurrir tarde ó temprano, en lucha armada, no es aventurado suponer que al lado de cada una de estas naciones estará la hacienda y la vida de los latinos que en ellas viven. Si, por el contrario, un conflicto internacional con Europa se suscitase, el capital y el Gobierno americanos jugarían la partida en que fuera probable ganar; pero el hombre americano no parecería por ninguna parte.

El empleado americano, el oro americano y el Gobierno americano, se respiran en el ambiente y por todas partes. El hombre americano no ha venido, ni quizás venga.

¡No son los hombres de Centro y Sud América, sino las mujeres, quienes garantizan la independencia de su patria!

*
* *

La prensa norteamericana que no recibe inspiraciones oficiales, es ignorante, insensata y ávida de todo lo sensacional, más extremadamente que toda la del mundo. Para ella no existen en América, ni quizás en el orbe, más que dos regiones, *Yankilandia* y *Zululandia*. De esta última cabe decirlo todo para que lo crean los yanquis, y de la primera todo lo que convenga que crean los *zulúes*.

Pocos días después del terremoto de Messina, la prensa de los Estados Unidos propagó en su tierra, y telegrafió al resto de América, la horrible destrucción de Barcelona por otro terremoto aún más trágico.

Cuando se verificaban en Costa Rica las elecciones presidenciales en que no hubo ni un herido, ni una colisión, telegrafieron al mundo entero que á la entrada de San José, en el puente del río Reventazón, había habido una batalla en la

que resultaron centenares de muertos. (El río Reventazón está á 102 kilómetros de San José.)

Al trazar estas líneas, esa prensa propaga por el mundo que ha estallado una formidable revolución en Costa Rica, donde gozamos de absoluta calma, y exagera enormemente al hablar de la que existe en Nicaragua.

Se juega al descrédito de la América latina. Cuba está nuevamente amenazada, sin motivo. He aquí párrafos cortos de la prensa: El *Cleveland Plain Dealer*: «Dejar solos á los cubanos, y dejarlos que ellos mismos se salven ó se revienten. Cuba ha venido á ser una sucia, inmoral é irresponsable calamidad.» Del *San Francisco Chronicle*: «Parécenos que Cuba no será mucho tiempo independiente. Políticos demagogos cubanos no buscan sino el saqueo del Tesoro público. Tendremos que mandar allí nuestro ejército.» Del *Saint Louis Globe Democrat*: «Los Estados Unidos no pueden continuar indefinidamente salvando á Cuba de los cubanos mismos. Esta política sería quijotesca y costosa. La anexión es inevitable.»

El hombre norteamericano y la prensa norteamericana van fomentando el odio de raza. El *Búffalo Commercial* se hace cargo de todo: «A los americanos no nos quita el sueño la noticia de que Cuba nos hará la guerra en cuanto pueda. Es el procedimiento de esa gente, y España fué feliz al desembarazarse de ella.

Waleffe, que estaba en Cuba cuando la recepción del *Nautilus*, dice que el entusiasmo delirante por España era el mismo que el de los parisienses hace quince años por los marinos rusos del almirante Avellan. En París no era el amor á Rusia el que movía á las muchedumbres, sino el odio á Alemania; en la Habana no era tanto el amor á España como el odio á los Estados Unidos.

*
* *

Para vencer ese odio, el Gobierno de los Estados Unidos sigue una política fría, perseverante y metódica, dictada por sereno raciocinio. Procura atraerse á los hombres públicos de los países latinos, colocándoles en el dosel de la poderosa República para halagar la vanidad de ellos.

Los Estados Unidos han nombrado al Dr. Luis María Drago, argentino, juez del Tribunal arbitral para convenir con la Gran Bretaña una cuestión de pesquería. En las suscitadas con Panamá han tomado por árbitro á D. Augusto B. Leguía, Presidente del Perú.

Los representantes diplomáticos del resto de América gozan en Wáshington de extremadas consideraciones.

Se va á la intervención, levantando una *aristocracia* de anexionistas, y creando vínculos, tanto más arriesgados, cuanto mayor es el ansia de intervenir. Los empréstitos, por ejemplo, á Gobiernos poco solventes, dan motivos jurídicos de intervención. *Buscar motivos jurídicos de intervención*: he aquí, compendiada, toda la política norteamericana.

El Maese Pedro del retablo de la política panamericana es Mr. Elihu Root; porque, aunque la iniciara Blaine y la siguieran, sin entusiasmo, Hárrison, Cleveland y Mac-Kinley, hasta que el ministro de Roosevelt no pronunció ante los tres mil delegados del Congreso Comercial de Kansas City, Missouri, su célebre discurso resumen de su viaje por Méjico y la América del Sur, no hubo programa definido. He aquí, en síntesis, el sistema de Root: «Seamos amables, finos y bien educados; aprendamos el español, halaguemos la vanidad de los latinos, y ellos se entregarán.»

Todos los Congresos son ya panamericanos. Al de irrigación de 1910 ha convocado el Presidente Taft á los de repúblicas que no tienen una hectárea de regadío. Se han verificado conferencias panamericanas en Wáshington (1889-90), en Méjico (1901-1902), en Río Janeiro (1906), y se prepara la de Buenos Aires en 1910. Se han verificado en 1908 el primer Congreso científico en Santiago de Chile y el Médico-paname-

ricano de Guatemala. San José de Costa Rica ha sido designado para que en Enero de 1910 se verifique otro Congreso médico. A todos ellos, los Estados Unidos mandan numerosas y lucidas delegaciones.

Para instalar la oficina panamericana en edificio propio, Mr. Andrew Carnegie ha regalado 750.000 dólares. La oficina gasta anualmente 88.600 dólares, y su director, Mr. John Barrett, tiene 12.000 dólares de sueldo al año. La oficina edita una primorosa revista mensual con espléndidos fotograbados, la cual, escrita en inglés, español, portugués y francés, se regala profusamente. Mr. Barrett, ex-ministro americano en Panamá y Colombia, es una máquina de conferencias que anuncia con títulos llamativos y letras mayúsculas á profusión: «La América Latina, País Maravilloso del Progreso y de las Oportunidades», titulaba la última con la que recorrió treinta y dos Estados de su tierra, sin más que poner las «Oportunidades» delante del «Progreso» ó lo «Maravilloso» delante del «País», para cambiar el título.

La especialidad de Mr. Barrett es el autobombo para su revista y la organización de banquetes: «El *Boletín* va siendo popularísimo; antes no recibía más que treinta cartas de felicitación por cada artículo, pero ahora llegan ciento tres por minuto.» A los comerciantes les va predicando el aprendizaje del español, y que no envíen catálogos en inglés ó en mal castellano. Esta propaganda va haciendo efecto. En la Universidad de Wáshington de la ciudad de Seattle, había solamente 20 estudiantes de español hace once años. En 1908, los matriculados ascendían á 202, y al empezar el año 1909 eran 275 los alumnos que estudiaban en español obras de Lope, Calderón, Cervantes, Galdós, Valera y Echegaray. Lo más gracioso de la propaganda de Mr. Barrett, es que no olvida nunca decir á sus paisanos que envíen á la América latina «personas de buenos modales».

El *Manual de Urbanidad de Estados Unidos*, debe tener cánones graciosísimos, á juzgar por lo que hace Mr. Barrett

en sus banquetes, parecidos á los convites con que obsequia Rioja, el director de la Estación de Biología de Santander, á los niños de sus amigos, los cuales convites empiezan siempre con fuegos artificiales en la habitación, bengalas, ópera de fonógrafo chillador, cuadros disolventes y lloro de chiquillos, todo á la vez y en bullidora algarabía. Mr. Barrett derrocha el *champagne*, hace tocar los 21 himnos nacionales, deja el salón á oscuras y lo ilumina con banderas flotantes de todas las repúblicas, exhibe vistas de edificios y calles y regala á sus convidados colecciones de banderas llevadas, para cada uno, por seis mozos de cordel. Luego, Mr. Barrett se levanta, brinda y termina diciendo: «Ruego al señor ministro de Estado de los Estados Unidos que conteste á mi brindis.» Mr. Knox pronuncia un discurso. El anfitrión se levanta de nuevo, y dice: «Muy pocos extranjeros existen de tanto talento como el embajador del Brasil; yo le ruego que hable.» El Sr. Nabuco brinda, á título de hombre extranjero de talento. El director de la Oficina de las Repúblicas americanas se levanta otra vez, y dice: «Como no ha venido Mr. Taft, ruego que hable el Vicepresidente de la República y Presidente del Senado, Mr. Shermann.» Después pide que hable el Sr. Calvo, ministro de Costa Rica, como decano del cuerpo diplomático. Y luego, por igual procedimiento, hace hablar á Mr. Cannon, presidente de la Cámara de Diputados, por ser el más viejo de los comensales; y al Sr. Portela, ministro de la Argentina, por ser elocuente; y á Mr. Elihu Root, por ser el autor de la comedia panamericana; y al fin, á Mr. Clark, jefe de la oposición en el Congreso. Socarronamente, puso éste fin al banquete: «Mr. Barrett, dijo, conoce el caso de Mr. Littauer, que logró pasar una ley á fuerza de banquetes. Si no se le agotan sus *argumentos*, y son tan buenos como el de hoy, las 21 repúblicas de este hemisferio constituiremos una completa unión comercial.»

Seamos «personas de buenos modales» y explotemos el entusiasmo digestivo, dice Mr. Barrett, traduciendo, un poco li-

brememente, el programa de Mr. Root. Este hubiera dicho: «La vaselina y el *champagne* son las armas de la política panamericana.»

*
* *



Tiene asiento en Cartago, segunda ciudad de la república de Costa Rica, un tribunal internacional, único en el mundo, de fallo inapelable para todas las contiendas que se susciten entre las cinco repúblicas de Centro América. Se llama *Corte de Justicia Centro Americana*. El filántropo americano Mr. Carnegie, ha regalado 100.000 dólares para construir un palacio al augusto tribunal. El aventurado ensayo ha tenido éxito feliz. Un mes después de constituida la Corte, la república de Honduras demandó á las del Salvador y Guatemala por supuesto auxilio á un movimiento revolucionario surgido en aquélla á fines de Junio de aquel año. El tribunal absolvió á los demandados, y el fallo, que contrarió grandemente á Honduras y á Nicaragua, fué acatado sin protesta.

Este tribunal, que, constituido libremente integrado por representantes de las cinco repúblicas y por un presidente nombrado por España, ó por otra nación europea, ó por la Argentina, sería orgullo y tranquilidad de estas repúblicas; que debería residir en La Haya y estar lejos de las influencias políticas y sus magistrados más libres del mandato de sus gobiernos, es, en cambio, origen de permanente inquietud, amenazador espectro de la intervención norteamericana y limitación impuesta á la soberanía de los poderes legislativos y ejecutivos de estas repúblicas.

Los hombres del gobierno aseguran que los fallos de la Corte de Justicia los hará cumplir el propio honor nacional, como todos los fallos arbitrales. Durante el siglo XIX las naciones acudieron al arbitraje en el siguiente número de ocasiones:

Gran Bretaña.....	86
Estados Unidos.....	66
Francia.....	38
Chile.....	28
Italia.....	21
Perú.....	19
Alemania.....	15
Brasil.....	14
Portugal.....	13
Colombia, Nicaragua, Venezuela y Méjico.....	11
España.....	10
Holanda, Ecuador y Guatemala.....	8
Argentina, Costa Rica, Haiti y Honduras.....	7
Rusia, Suecia, Turquía y El Salvador.....	5
Austria, Grecia, Transvaal, Japón, China y Bolivia.....	4
Santo Domingo, Bélgica, Paraguay y Persia.....	3
Suiza, Siam y Marruecos.....	2
Dinamarca, Hawai, el Congo y Liberia.....	1

Las sentencias pronunciadas se elevan á doscientas, sin que un solo fallo fuera desacatado, ya que en el arbitraje de Holanda entre Inglaterra y los Estados Unidos concurrió la voluntad de ambas partes en la recusación.

El fallo de la República Argentina, tan impugnado por Bolivia en su pleito con el Perú, ha sido al fin acatado con modificaciones convenidas entre ambos litigantes.

Los enemigos de la institución ven un gravísimo peligro, porque la continua revuelta de las cuatro vecinas de Costa Rica es expuesta á traer un desaeato de una de ellas, cualquier día. Entonces, el fallo será impuesto por los cañones de la escuadra yanqui.

Costa Rica debió negarse en absoluto á la asociación con sus turbulentas hermanas, y pedir en el concierto el papel de espectador con que quedaron Méjico y los Estados Unidos. Si éstos quieren sacar las castañas de La Haya con dedos de Centro América, Costa Rica debió decir que los suyos eran tan limpios de discordia como los de los interventores, y que sólo

se metería si ellos también se sometían á la nueva institución, que sería honor universal, Tribunal el más augusto sobre la haz de la tierra.

Porque el origen del Tribunal no puede ser más turbio. Los Estados Unidos, recabando el auxilio de Méjico, *invitaron* á una Conferencia de Paz Centro Americana en Wáshington, señalando fecha. No se olvide que Mr. Joseph H. Choate, representante de los Estados Unidos en la segunda Conferencia de La Haya, acababa de ver rechazada su propuesta de un tribunal análogo de arbitraje, precisamente por el esfuerzo de los representantes de las otras repúblicas de este continente, que respondieron al grito de alarma del Dr. Ruiy Barboza, primer delegado del Brasil, secundado por el representante de España, márqués de Villa-Urrutia.

Las fiestas de inauguración dejaron en mi ánimo imperecedero recuerdo. Un día magnífico, de sol esplendoroso, los niños de las escuelas y los estudiantes formaron en dos filas á lo largo de la carrera que habían de recorrer Mr. Buchanan, representante de los Estados Unidos, y D. Enrique C. Creel, representante de Méjico, que venían á la inauguración como enviados extraordinarios de sus respectivos países. Los niños agitaban banderas de las cinco repúblicas centroamericanas y de las dos que habían mediado en la convencion de Wáshington. Esas eran las instrucciones, y así se hizo. Nadie había dicho que se dieran vivas, y no se oyó uno.

Al día siguiente fuimos á Cartago. La estación estaba ocupada por el pueblo que, en silencio, vió pasar la comitiva. El enviado extraordinario de los Estados Unidos anunció solemnemente el donativo de los cien mil dólares del multimillonario americano para construir un palacio en Cartago. La población, que volvía á adquirir importancia que acaso sería designada como metrópoli de todo Centro América, si las corrientes de fraternidad impuestas se convertían en poderoso flujo de corazones, á quien regalaban un monumental edificio, despidió á sus huéspedes cortésmente, pero sin entusiasmo alguno.

Sobre la frente tersa y espaciosa del Presidente de la República aparecieron aquellos días profundos surcos. ¿Era aquello el nacimiento de la paz? Cualquiera hubiera creído asistir á unos funerales de un suicida ó de un ejecutado: los discursos, escritos ó aprendidos de memoria, para no mentar la soga en casa del ahorcado; los oradores se complacían en lanzar puerilmente á la cara sanguínea del representante del Norte el verdadero nombre de la república de Méjico: «Los Estados Unidos Mexicanos»; ¿creía Mr. Buchanan que no había más que unos Estados Unidos?

Pero este significado hombre panamericanista, que había aprendido cortesía en el Manual de Mr. Barrett, contestaba indefectiblemente con discursos en inglés, y cuando le obsequiábamos con un partido de *basket-ball*, jugado en su honor por alumnos del Liceo, viéndoles, jadeantes, lanzar la enorme pelota, no podía contener su impresión, diciendo con displaciente tono:

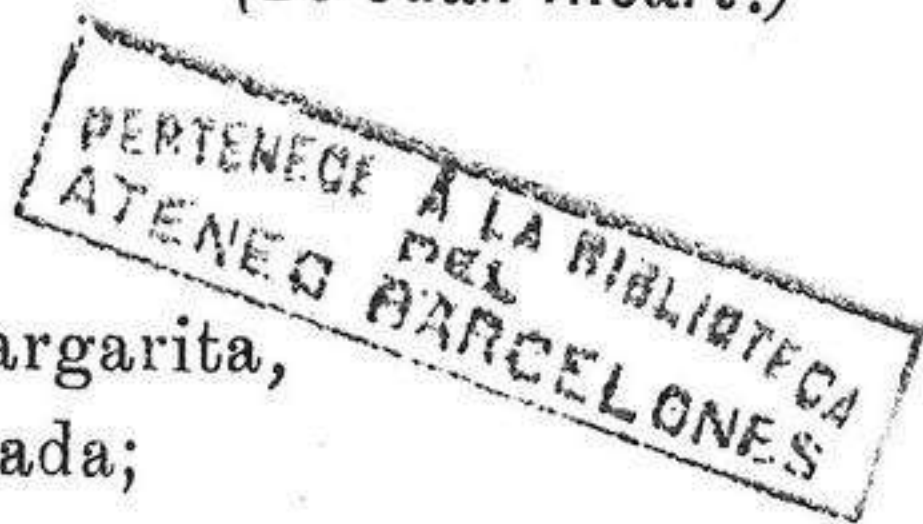
—El *basket*, en mi país, no es más que juego de señoritas.

ARTURO PÉREZ MARTÍN,
Director del Liceo de Costa Rica.

PARNASO INTERNACIONAL

LA ALBORADA

(De Juan Aicart.)



—A ti, hermosa Margarita,
Te cantaré esta alborada;
El tamboril ya palpita;
Escúchala, prenda amada.

—Siempre es igual tu canción;
¡No la puedo soportar!
Si su aborrecido són
No cesa, me arrojo al mar.

—No, con tan fiero desdén,
Podrás escapar de mí;
Me echaré á nado también,
Y te traeré pronto aquí.

—Por tu amenaza, intranquila
No estoy, nadador ufano;
Me convertiré en anguila,
Y resbalaré en tu mano.

E. M.—Marzo 1910.

—Burla, niña picaresca,
La anguila al buen nadador
Pero el pescador la pesca,
Y yo seré pescador.

—Agua clara de una fuente
Seré, que corriendo irá;
—Cauce yo, que á la corriente
Blando lecho siempre da.

—Seré yo rosa bermeja
Que brilla en jardín ameno.
—Yo seré entonces la abeja
Para dormir en tu seno.

—Seré estrella—y yo la nube,
Gasa sutil y flotante,
Que hasta el astro de oro sube
Para velar su semblante.

—Aunque posible eso fuera,
Inútil será tu intento.
Yo seré una monja austera,
Encerrada en el convento.

—Para mi afán temerario
Será vana precaución;
Yo seré el padre vicario,
Y te oiré en confesión.

—No importa que abra la puerta
De mi celda el capellán;
Yo seré una pobre muerta;
Las monjas me llorarán.

—Muerta, no podrás huir;
Yo seré la tierra fría,
Y te habré de recibir,
Y serás por siempre mía.

—Ya en tu voz no encuentro agravios;
Me ha conmovido tu amor.
Estampa un beso en mis labios,
Y tú serás mi amador.

TEODORO LLORENTE

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
DEL
ATENEU BARCELONÉS

RECUERDOS

Decía en el anterior artículo, que salí diputado por Quintanar de la Orden, después de una visita al distrito, de que di cuenta detallada á mis lectores.

De esta primera visita conservo recuerdos muy gratos: mis correligionarios eran amables, simpáticos, y fueron siempre de una lealtad á prueba.

En todo este cuadro sólo hay una mancha, y eso que en plena Mancha estábamos.

Una mancha muy prosaica, muy vulgar; no me atrevo á señalarla con enojo y sólo la señalo como acto humildísimo de contrición.

Yo no soy rencoroso; olvido las ofensas, y, sin embargo, hay en mi sér un centro en que todo el rencor de que yo pudiera ser susceptible se ha reconcentrado.

Ya creo haberlo dicho en otra ocasión: mi estómago es rencoroso y agradecido.

No perdona una mala comida ni la olvida jamás; por eso es rencoroso.

Una buena comida no la olvida tampoco, aunque pasen años y años.

¿Es que soy exigente para la cocina?

No, en verdad; me contento con los platos más vulgares: un guisado de carne con patatas, un plato de judías, unas so-

pas de ajo, los platos más modestos de la cocina española; pero si soy modesto en la clase, soy exigente en la calidad.

En estos platos que he señalado, ó en otros tan prosaicos como ellos, cabe más sublimidad que en los mayores refinamientos de la cocina francesa, de la cocina inglesa ó de la cocina italiana.

No conozco la cocina alemana lo bastante para formular un juicio crítico sobre ella, y por eso me abstengo de juzgarla.

Pero la cocina española sí la conozco, la admiro, la saboreo, la digiero y me identifico con ella.

No busco aristocracias culinarias; yo he comido una vez en Vigo un rancho de soldados, verdaderamente delicioso; he comido migas de pastores y paellas improvisadas; pero es imposible que yo agote la lista de creaciones del genio nacional, y en cualquiera de estos platos encuentro más aroma poético que en el más refinado *foi-gras*.

A veces, un romance popular encierra más inspiración que todo un poema épico; soy muy viejo, por desgracia, y conservo, sin embargo, en mi memoria una lista luminosa de las comidas excelentes que he saboreado en esta vida, y una lista implacable de las malas comidas que en mí se cebaron por triste imperio de las circunstancias.

Digo todo esto para venir á parar á este recuerdo sombrío: que en aquella expedición electoral, en Santa Cruz de la Zarza, quisieron envenenarme con unos cuantos guisos infames, que yo rechacé indignado.

Un acta de diputado no vale un guiso nauseabundo.

No; ante todo la dignidad, y después de la dignidad el estómago.

Y su dignidad tienen también el estómago y el paladar.

¡Qué guisotes! ¡qué grasas! ¡qué sebos! ¡qué carnes, correosas ó pútridas!

¡Lejos, lejos de mí!

Me gustan los guisos de los pobres, pero no me gustan masas repugnantes de alimentos bastardos.

Un demócrata puede ser un buen demócrata, y, por humilde que sea, nunca se confundirá con un canalla.

Un mal guisote es algo canallescó sobre un plato.

Pues tales tormentos sufrí en Santa Cruz de la Zarza.

Zarza en que me dejé jirones de mi propia carne, y Cruz grosera en que me clavarón y que no tenía nada de santa.

¡Qué tortura! ¡qué martirio! Yo no quería ofender á nadie: eran buena gente; allí tuve con el tiempo buenos amigos, quizá en alguna casa comerían bien; pero yo comí horribilmente.

Es decir, no comí; fingí que estaba enfermo, y pedí un par de huevos pasados por agua.

¡Imposible! El destino tiene crueldades infinitas; contra la fatalidad no hay defensa.

Ni los huevos pasados por agua.

Tenían gusto repugnante; tenían sabor á cieno.

Quizás las gallinas de donde aquellos huevos procedían, con cieno se alimentaban.

Y me di por vencido.

Olvidemos aquel final siniestro de mi expedición, que tan alegre había sido hasta entonces.

*
* *
*

Regresé á Madrid, y empecé un nuevo período de mi vida política, hasta que vino la crisis del Ministerio de conciliación, y la conciliación quedó rota, y empezó la lucha despiadada entre demócratas y conservadores de la nueva monarquía de D. Amadeo.

Presenté mi acta, fuí admitido en el Congreso y tomé posesión de mi cargo.

En aquella etapa política, al menos hasta el final, creo que nada hice ni tomé parte en ninguna discusión ni pronuncié ningún discurso.

Toda esta parte de mis recuerdos es un cuadro muy negro,

como si dijéramos, un agujero oscurísimo en la masa de mis celdillas cerebrales.

Sólo recuerdo, de una manera muy vaga, que la lucha entre los demócratas, los que después constituyeron el partido zorrillista, y los partidarios del duque de la Torre y de Sagasta, aunque éstos todavía no constituían partido, era sordamente cada vez más cruel y más implacable.

Para estos últimos, todo demócrata era una especie de bandido, sin fe ni conciencia en política, una especie de republicano disfrazado, y en el orden social, un demoleedor de todo orden y de toda sociedad, y entre ellos, muchos pasaban á los ojos de los conservadores por ser unos grandísimos tunantes.

En cambio, para los demócratas, los conservadores de aquella época, es decir, los antiguos unionistas y muchos progresistas que á ellos se aproximaban, eran unos infames, unos reaccionarios, unos traidores á la revolución de Septiembre y á sus grandes principios; unos ambiciosos sin conciencia, que pretendían monopolizar al Rey para que les diese el poder, y con el poder el reparto del botín.

Bonita hubiera sido la España de aquella época, si los unos hubieran sido lo que pensaban los otros y los otros lo que pensaban los unos.

Eran preludios ó anuncios de la lucha que más tarde había de estallar, y que había de producir el derrumbamiento de aquella situación.

Y para todo el que observase con severa imparcialidad el estado de los ánimos, la violencia de las pasiones, los odios ocultos y las ambiciones despiertas, no podía ser dudosa la catástrofe final.

Varía con las épocas el organismo político de las naciones, y vivíamos entonces, y aun hoy vivimos, dentro de un organismo que se llama constitucional, que en la práctica ha prestado grandes servicios á la paz y al progreso, y que en teoría es bastante perfecto y es ingenioso.

Habrá quien diga que es un puro convencionalismo; pero

ésta es materia muy discutible, y no para discutida de paso en estos artículos, dictados al capricho de los recuerdos, sin pretensiones históricas, ni filosóficas, ni literarias.

Conversación que sostengo conmigo mismo ó con un lector acaso imaginario en el sentido de las imaginarias matemáticas; monólogo, en suma, entregado al puro capricho del recuerdo y de la imaginación.

Bien mirado, casi todo es convencionalismo; y pensándolo bien, el convencionalismo es algo sólido, algo muy serio y algo muy permanente hasta que se gasta como se gasta todo, y á un convencionalismo sustituye otro más acomodado á las nuevas ideas.

*
* *

Y decía que el convencionalismo constitucional es bastante ingenioso y ha sido bastante fecundo para que le estemos agradecidos.

En la cumbre de todo el organismo, un rey, un jefe del Estado que reina y no gobierna, un símbolo de grandes unidades, un poder moderador, y casi me atrevería á decir un juez del campo.

Juez del campo, repito, en el campo de las luchas políticas.

Después dos grandes partidos: esto es lo clásico; otros dirán que éstos son los viejos moldes; pero de los viejos moldes debo hablar, puesto que hablo de los años 70, 71 y 72.

Dos grandes partidos, repito: uno, el partido liberal, el partido avanzado, tenga el nombre que tuviere, llámese partido progresista ó partido democrático, ó partido radical, ó partido liberal, en suma.

Este representa el progreso, las reformas, el avance, la renovación, la revolución pacífica, pudiéramos decir.

Es el motor de la gran máquina; es la nueva vida con sus precipitaciones, sus errores, sus violencias y sus peligros.

El otro es el partido conservador, que cambia de nombre

en cada época, como de nombre cambia el partido liberal, y así unas veces se llamará partido moderado y otras veces unión liberal, y en tiempo de D. Amadeo será el partido del duque de la Torre y de Sagasta, y frente á los zorrillistas será el partido sagastino, y hoy ante el partido liberal será el partido conservador.

Este segundo partido representará la resistencia mesurada y prudente á las innovaciones peligrosas, el órgano que convierte en movimiento uniforme el que sería movimiento acelerado en la sociedad si ésta sólo obedeciese al empuje del partido avanzado; el que no se niega á avanzar, pero avanza resistiendo: unas veces el freno, otras veces el volante de la gran maquinaria, y también tiene, como todo lo humano, sus deficiencias, sus imperfecciones y sus peligros.

A fuerza de resistir, siente en su seno tentaciones de empujar, pero no hacia adelante, sino hacia atrás, y de conservador puede convertirse en reaccionario.

Él debe recoger todas las reformas del partido avanzado, no para anularlas, sino para conservarlas, perfeccionarlas y afirmarlas.

Si se me permitiera una imagen vulgarísima, diría que el partido avanzado hilvana, y el partido conservador cose.

Y si se me permite completar esta imagen de sastrería, diré que, muchas veces, los partidos revolucionarios son los que cortan, á veces cabezas, y los partidos reaccionarios son los que desgarran en jirones toda una civilización, y si tanto no consiguen, al menos lo intentan.

Y después de estos dos elementos de la gran maquinaria: el rey ó el poder moderador; y los dos partidos clásicos, el conservador y el liberal, viene la gran masa del país representando la opinión pública por sus grandes funciones y por sus grandes organismos internos: la prensa, la reunión pública, las asociaciones libres y, en suma, la inmensa palpitación de todo un pueblo con sus anhelos, sus esperanzas, sus dolores, sus entusiasmos y su inmensa circulación de vida.

Y nada más; el organismo es éste, que luego se determina en otros organismos; pero los elementos principales son éstos, ó eran éstos en aquella época á que me refiero: un rey, dos partidos, una opinión pública.

Este es, en cierto modo, el esqueleto de la máquina; y la máquina, al moverse, determina el funcionamiento constitucional.

La opinión pública inspira, anima y empuja á los partidos.

Los partidos luchan en los comicios y luego en las Cámaras, y unos vencen y otros son vencidos en lucha pacífica, pero ardiente, de ideas.

Y el poder moderador, que es el juez de campo, concede el poder al vencedor.

Y, parodiando la frase vulgar, podemos decir: *A quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga.*

Y esto así dicho, resulta bastanamente satisfactorio y parece un sistema de paz, de orden, de progreso y de respeto supremo á la esencia íntima del sér humano.

Y bien ó mal, con vuelcos ó descarrilamientos, en forma más ó menos perfecta ó en formas más ó menos impuras, entre calmas y revoluciones, esto ha venido siendo el sistema constitucional desde el principio del siglo pasado, y en Inglaterra aún antes.

¿Por qué digo todo esto, que es ya latoso de puro sabido? Porque esto es lo que quisieron hacer los hombres de la revolución al advenimiento de la nueva monarquía.

Esto es lo que quisimos hacer, y tomo el puesto modestísimo que me corresponda, desde el año 1870 hasta el 1873: una monarquía constitucional á estilo de Inglaterra.

Pero no fué esto lo que hicimos, ni unos ni otros ni todos juntos, como ya iremos viendo en estos recuerdos, en que procuraré ser imparcial, con imparcialidad absoluta.

Realmente, la empresa era muy difícil, difícil para cuantos elementos habían de constituir el nuevo organismo de la vida política, regular y ordenada.

Difícil para el Rey, no sólo porque era muy jóven, sino porque venía á un país completamente desconocido para él.

No hablaba nuestro idioma, y en los primeros meses apenas lo comprendía.

No conocía á nuestros hombres políticos; puede decirse que los veía por primera vez, y su vida debió ser la del que vive en el centro de un torbellino de figuras extrañas, verdaderos fantasmas de la política que pasan, desfilan, giran con sus pasiones y sus intereses.

La mayor parte de la aristocracia era hostil á la nueva dinastía, porque era alfonsina, por tradición, por simpatía, por lealtad y por odio á la revolución y á los principios democráticos; de suerte que el Rey estaba fuera de su elemento natural, y debía sentir en el alma el vacío y el desaire y la hostilidad.

Hostilidad que á veces se manifestaba en forma palpable, no por el alejamiento, sino por ciertas manifestaciones insultantes y agresivas de que acaso he de hablar en otra ocasión.

El Rey se veía rodeado por la clase media adicta á la revolución, por empleados y políticos, y por las familias de unos y otros, y no es este el ambiente propio de los palacios. Los dos partidos políticos, que representaban las fuerzas monárquicas de la revolución, hubieran podido ser el apoyo natural de la nueva dinastía, si la prudencia y un sentido superior de sus deberes les hubieran unido sin confundirlos, como la unidad del organismo humano, y perdóneseme lo prosaico de la comparación, une las dos piernas que nos sostienen y nos conducen; pero si están mal avenidas, y una quiere ir hacia adelante y otra hacia atrás, ó una á la derecha y otra á la izquierda, y se golpean con imbecilidad suicida ó se retuercen con furor insensato, el cuerpo viene á tierra por saña y enemiga de sus dos sostenes naturales.

Por vulgar que la comparación sea, la comparación es exactísima.

El partido liberal y el partido conservador de aquella época debieron sostener la nueva monarquía, que era su obra; y

sin embargo lucharon á muerte sin más que la brevísima tregua de unos meses, y la nueva monarquía se desplomó, y se hubiera desplomado aunque no hubiera sido nueva, aunque hubiera tenido el prestigio y la fuerza de la tradición, como se desplomó el trono de doña Isabel II por las luchas de moderados y progresistas.

Y tampoco el resto de las fuerzas sociales, que, integradas armónicamente, debieran constituir la opinión pública, eran muy á propósito para mantener el equilibrio del nuevo organismo, prestándole empujes ordenados y aliento sano, en vez de sacudir con ira todo el edificio, infundiendo en el cuerpo social aliento de calentura.

Los federales querían la República, la República federal, que había de concluir por el cantonalismo; los carlistas renegaban de aquel trono, que no era suyo; odiaban los principios democráticos y odiaban sobre todo la libertad religiosa.

Y cuenta que por entonces, la reforma social no había adquirido, ni habían adquirido socialistas y anarquistas la fuerza de que hoy hacen alarde.

¡Cómo era posible que aquello viviese!

Sólo viviendo el general Prim, con su talento, con su energía, con su alto espíritu político, con su autoridad indiscutible sobre el ejército, hubieran podido compensarse tantos elementos de destrucción.

Pero el general Prim había muerto, y sus funerales, que se prolongaron tres años, fueron funerales sangrientos.

Y la responsabilidad de tantos gérmenes destructores, ¿de quién ó de quiénes era?

De todos y de ninguno. Todo aquello era fatal, necesario; estaba en la atmósfera, en nuestra sangre y en nuestra tradición; á decir verdad, jamás se había hecho en España el ensayo leal de una monarquía, no ya democrática, que esto hubiera sido anticipar los tiempos, pero ni siquiera de una monarquía doctrinaria.

España era la de los pronunciamientos militares, la de las

guerras civiles, la de las revoluciones, y esa había sido la escuela de nuestros partidos políticos y de nuestros hombres.

Coged de pronto á un americano de las pampas ó á un árabe del desierto acostumbrado á montar y á dirigir potros y caballos salvajes, y subidle de repente á la plataforma de una locomotora para que la dirija, sin más que una lección previa de palancas, frenos y válvulas, y ya veréis lo que resulta: descarrilamientos, y choques, y ruina, y muerte del tren, de la máquina y del maquinista.

No; la culpa era de todos y no era de nadie.

Los hombres políticos tenían que estrenar un drama que no habían ensayado.

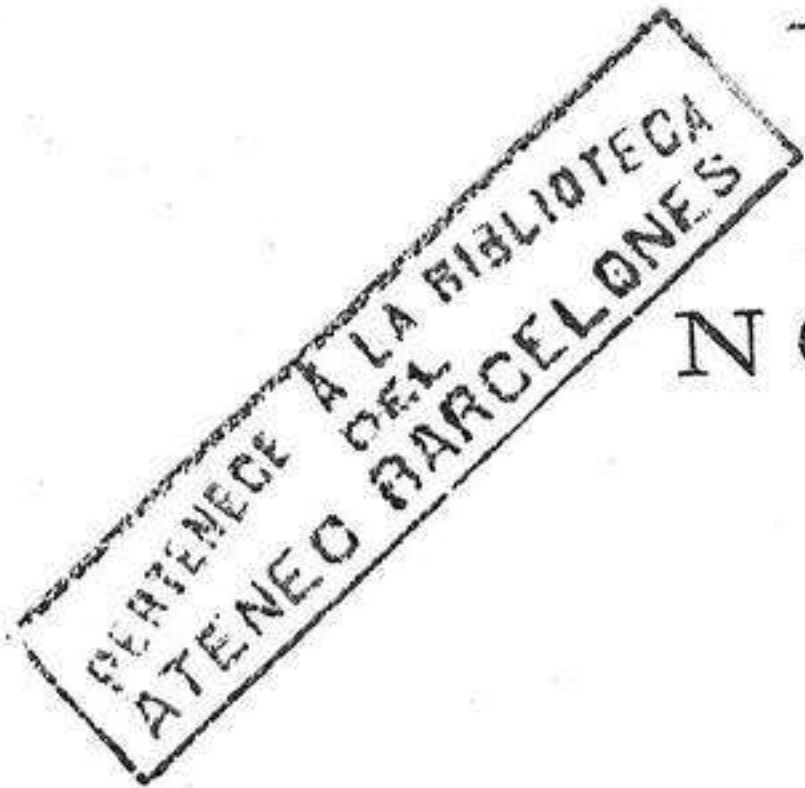
No sabían su papel; tenían que entregarse á la inspiración, y la inspiración del alma española será sublime á veces, pero es desordenada y caprichosa.

Todo esto acaso es muy vago, pero mis recuerdos lo irán precisando.

Y á la gracia de Dios.

JOSÉ ECHEGARAY

EL PAÍS DEL PLACER



NOVELA

IV

Al día siguiente por la mañana, en la bandeja del desayuno, Miss Bart encontró este billete del ama de la casa.

«Querida Lily: Si no la molesta demasiado, haga el favor de venir á mi gabinete, á las diez, para ayudarme en algunas enojosas tareas.»

Lily dejó á un lado el billete, y se recostó en las almohadas suspirando. Sí; era enojoso ir á las diez—una hora en que los huéspedes de Bellemont creíanse vagamente en el amanecer,—y ella conocía harto bien el género de las enojosas tareas en cuestión. Miss Pragg, la secretaria, estaba ausente, y habría que escribir cartas, invitaciones, habría que buscar señas extraviadas y realizar otros trabajos mundanos. En semejantes circunstancias, Miss Bart tenía que reemplazar á la secretaria, y, de costumbre, sometíase sin murmurar á esta necesidad.

Ahora, sin embargo, reavivaba aquello el sentimiento de servidumbre que despertó el examen de un librito de cheques. Cuanto la rodeaba contribuía á darla sensaciones de bienestar y de dulzura. Las ventanas abiertas dejaban penetrar la frescura grata de una mañana de Setiembre, y, á través del ramaje amarillento, descubría una perspectiva de jardín que se perdía en las libres ondulaciones del parque. Su doncella había

encendido en la chimenea un fuego que rivalizaba en alegría con los oblicuos rayos del sol. Al lado de la cama brillaban la plata y la porcelana del servicio del desayuno. No había nada nuevo para Lily en todos los lujosos detalles que estaban á su vista; pero, que aunque formaban parte integrante de su vida, nunca se mostraba ella invencible á semejantes encantos. Lily se encontraba superior á la mera ostentación; pero sentíase una afinidad con todas las más sutiles manifestaciones de la riqueza.

El aviso de Mrs. Trenor la recordó bruscamente su dependencia; se levantó y se vistió en un estado de irritabilidad á la que, de ordinario, tenía la prudencia de no abandonarse. Sabía que estas emociones dejan tanta huella en la cara como en el carácter, y habíanselo advertido las pequeñas arrugas que se observó la noche antes.

Aumentó su irritación la acogida de Mrs. Trenor, que la dió los buenos días de la manera más natural del mundo. Levantarse á tal hora, bajar fresca y pimpante, para sufrir la monotonía de aquella correspondencia, bien merecía, en su concepto, que se lo agradeciese de una manera especial. Pero el tono de Mrs. Trenor no experimentaba el menor sentimiento de la situación.

—Gracias Lily—dijo sencillamente desde detrás del caos de cartas, facturas y otros documentos domésticos que daban un enojoso aspecto comercial á la frágil elegancia de su mesa de escribir.—¡Hay aquí un horror de cosas!—añadió poniendo mano en aquel desorden.

Después se levantó, cediendo su asiento á Miss Bart.

Mrs. Trenor era una dama á la que su elevada estatura libraba de parecer gruesa. Su rubicunda figura había sobrevivido á unos cuarenta años de actividad fértil, sin que la hubiese maltratado el tiempo excesivamente; solamente su cara se había hecho menos expresiva. No parecía existir sino como ama de casa; era difícil definirla de otra manera: no es que llevase demasiado lejos el instinto de la hospitalidad, pero no la era

posible vivir sino entre gente. La naturaleza colectiva de sus gustos la emancipaba de las rivalidades habituales de su sexo, y no conocía otra emoción personal que la del odio á la mujer que se le ocurriese dar más grandes comidas que las suyas ó tener en el campo series más divertidas que las de ella. Como sus talentos de sociedad, sostenidos por la fortuna de Mr. Trenor, aseguraban casi siempre su victoria final, en concursos de este género, el triunfo había desarrollado en ella una indulgencia desprovista de escrúpulos para lo restante de su sexo, y en la clasificación utilitaria que Miss Bart hacía de sus amigos, Mrs. Trenor figuraba como la mujer que menos parecía jugarle una mala pasada.

—Es sencillamente inhumano, por parte de Miss Pragg, el haberse marchado en estos momentos—declaró Mrs. Trenor.— Dice que su hermana va á tener un niño... como si esto fuera compatible con las invitaciones. Estoy segura de que voy á confundirme y me voy á armar un lío... Cuando estuve en Tuxedo, invité á un sinnúmero de gentes para la semana próxima; he perdido la lista y no puedo ya acordarme de quien debe venir... Y esta semana será un caos... y Gwen Van Osburgh irá contando á su madre lo que se han aburrido los invitados... No tenía intención de invitar á los Wetherall... esto ha sido cosa de Gus. No aprueban que se reciba á Carry Fisher, ya sabe usted. ¡Como si se pudiera prescindir de Carry Fisher! Cierto es que ha hecho una tontería con eso de su segundo divorcio; Carry exagera siempre mucho... Pero pretende que la única manera de obtener un céntimo de Fisher era divorciarse y obligarle á pasarla los alimentos. Y la pobre Carry está muy apurada... Son verdaderamente absurdos los aspavientos de Alicia Wetherall á propósito de este asunto, cuando se piensa cómo está hoy la sociedad. Alguien dijo el otro día que hay un caso de divorcio y un caso de apendicitis en cada una de las familias conocidas... Además, Carry es la única persona que puede distraer á Gus cuando tenemos personas fastidiosas en casa. ¿Ha observado usted lo que gusta á todos los maridos? A

todos... excepto á los suyos. Es muy curioso el que se haya creado la especialidad de consagrarse á las personas aburridas. Sin duda encuentra en ello compensaciones; sé que pide dinero prestado á Gus. Pero la pagaría gustosa para que la tuviese de buen humor; de suerte que, después de todo, no puedo quejarme.

Mrs. Trenor hizo una pausa, mientras que Lily revisaba la correspondencia, y después continuó:

—Pero no se trata solamente de los Wetherall y de Carry. La verdad es que Lady Cressida Raith me ha causado una decepción horrible.

—¿Decepción?... ¿Pues no la conocía usted?

—No; la he visto ayer por primera vez. Lady Skiddan la mandó con cartas de recomendación para los Van Osburg, y supe que María Van Osburg había invitado á muchas personas para que se encontrasen con la forastera; así fué que me propuse quitársela, y Jack Stepnay, que la conocía de las Indias, me arregló el asunto. María se puso furiosa, y llevó el descaro hasta obligar á Groen á que se invitase aquí para no estar completamente fuera de la combinación... Si hubiera sabido lo que era lady Cressida, hubiesen podido quedarse con ella, se la hubiera dejado de buena gana. Yo pensaba que por ser amiga de los Skiddan sería seguramente una persona divertida. ¿Se acuerda usted de lo graciosa que era lady Skiddan? Había momentos en que era preciso echar á los muchachos... Además, lady Cressida es hermana de la duquesa de Beltshire, y supuse que serían del mismo estilo; pero nunca se puede acertar con estas familias inglesas. Son tan dilatadas, que hay lugar para todos los géneros; y resulta que lady Cressida representa el género moral; se ha casado con un *clergyman*, y ejerce el apostolado en todos los barrios de Londres... ¡Pensar que me he tomado tanto trabajo por la mujer de un *clergyman*, que lleva joyas indias y se ocupa de botánica!... Ayer se hizo acompañar por Gus, visitando todos los invernaderos, y le aburrió mortalmente preguntándole el nombre

E. M.—Marzo 1910.

de las plantas... ¡Bonita ocurrencia la de tomar á Gus por jardinero!

—Entonces, tal vez la presencia de lady Cressida reconciliará á los Weltherall con la idea de encontrar á Carry Fisher—dijo beatíficamente Lily.

—Me alegraría. Pero aburre terriblemente á los hombres, y si, como me aseguran que tiene por costumbre, se pone á distribuir libritos piadosos, va á ser una consternación... ¡Lo peor es que hubiera sido tan útil en el momento oportuno! Ya sabe usted que estamos obligados á recibir al obispo una vez al año, y ella hubiera dado en esos momentos la nota conveniente... ¡Temo siempre tanto esas visitas del obispo! El año último, cuando estuvo aquí, Gus se olvidó de él por completo, é invitó á los Ned Winton y á los Farley... ¡cinco divorciados é hijos de seis lechos diferentes!...

—¿Cuando se va lady Cressida—preguntó Lily.

Mrs. Trenor alzó los ojos con desesperación.

—¡Quién lo sabe!... Me corría tanta prisa el arrebatársela á María, que me olvidé de indicar fechas, y Gus pretende que ella ha dicho á no se quién que pensaba quedarse aquí todo el invierno.

—¿Quedarse aquí?... ¿En esta casa?

—No se haga la tonta; en América... Pero si no hay otra persona que la invite... ya sabe usted, esas gentes no van nunca á un hotel.

—Tal vez no haya dicho eso Gus sino para asustar á usted.

—No. He oído á lady Cressida decir á Berta Dorset que tenía seis meses por delante, mientras que su marido permanecía en Engadina por prescripción médica... Si pasa el otoño aquí, lo estropeará todo, y María Van Osburgh rebosará de gozo.

Al pensar en esto, la voz de Mrs. Trenor tembló de compasión hacia ella misma.

—¡Oh, Judy! Nadie se ha aburrido nunca en Bellomont—insinuó Miss Bart con tacto.—Bien sabe usted que, aun cuando María Van Osburgh consiguiese reunir á todas las personas

agradables y la dejase á usted las otras, siempre usted quedaría victoriosa.

Tal afirmación hubiera, en cualquier otro caso, tranquilizado á Mrs. Trenor. Pero esta vez no se disipó la nube de su frente.

—No es solamente lady Cressida—gimió.—Todo se presenta mal esta semana. Veo bien que Berta Dorset está furiosa conmigo.

—¿Furiosa con usted? ¿Y por qué?

—Porque la he dicho que Laurence Selden vendría, y no viene, y á ella se la ha metido en la cabeza que yo tengo la culpa.

Miss Bart dejó la pluma y miró distraídamente la carta empezada.

—Creía que eso había terminado—dijo.

—Sí, por parte de él. Y, naturalmente, Berta no ha perdido el tiempo después. Pero me figuro que ahora está libre... y alguien me insinuó que haría bien en invitar á Selden. Y le invité... pero no he podido obligarle á venir. Y ahora me figuro que me castigará ella mostrándose desagradable con todos los demás.

—O bien puede castigarle á él mostrándose amable con otro.

Mrs. Trenor se encogió de hombros.

—Sabe que le tendría sin cuidado. Y, además, ¿qué otro hay? Alicia Wetherall no pierde de vista á su marido. Ned Silverton, el pobre muchacho, no puede apartar los ojos de Carry Fisher; Gus no puede soportar á Berta; Jack la conoce demasiado bien... Queda Percy Gryce...

Y sonrió al pensarlo. Miss Bart, sin sonreirse, dijo:

—¡Oh! no parecen hechos el uno para el otro.

—¿Quiere usted decir que ella le escandalizará y que él la aburrirá? ¡Quién sabe! Pero, en fin, espero que á ella no se la ocurrirá coquetear con Percy Gryce, puesto que le he invitado expresamente para usted.

Lily se echó á reir.

—Gracias por el cumplido... y no puedo rivalizar con Berta.

—¡Bah! Todos saben que es usted más linda y más inteligente que Berta, pero no es usted mala. Y, para conseguir á la larga lo que se desea, deme usted una mala mujer.

Miss Bart la miró, afectando un gesto de reproche.

—Creí que quería usted á Berta.

—La quiero... Más vale siempre querer á las personas peligrosas... Ella lo es, y, en este momento, la veo en camino de hacer daño; me lo indica el aspecto del pobre Jorge. Ese hombre es un perfecto barómetro; sabe siempre cuándo está Berta á punto de...

—De caer...

—No diga usted inconveniencias... Ya sabe usted que él siempre cree en ella. Y, por de contado, no creo que haya realmente nada culpable en el caso de Berta. Solamente que la encanta hacer desgraciadas á las personas, y particularmente á ese pobre Jorge.

—Pero parece que está cortado para ese papel; no me choca que prefiera ella una compañía más alegre.

—¡Oh! Jorge no es tan fúnebre como usted piensa. Si Berta no le atormentase, sería otro muy distinto... O si le dejase en paz y en libertad de arreglarse la vida á su gusto... Pero ella no se atreve á soltarle las riendas, á causa del dinero; de suerte que cuando él no está celoso, finge estarlo ella.

Miss Bart continuó escribiendo en silencio; pero, al cabo de un rato, la interrumpió de nuevo Mrs. Trenor:

—¿Sabe usted una cosa? Que voy á llamar á Selden al teléfono y á decirle que es preciso que venga.

—¡Oh! no haga usted eso—dijo Lily, poniéndose bruscamen-
te encarnada.

Aquel rubor la sorprendió casi tanto como á su interlocutora. Mrs. Trenor no observaba, por lo general, los cambios de fisonomía; pero, sin embargo, miró á Lily, intrigada.

—¡Qué bonita está usted, Lily!... Pero, ¿por qué?... ¿Le desagrada á usted hasta ese punto?

—De ningún modo; me agrada. Pero si está usted animada por la intención benévola de protegerme contra Berta... no creo que necesite esa protección.

Mrs. Trenor se puso en pie con una exclamación:

—¡Lily!... ¿Percy? ¿Es un hecho?

Miss Bart sonrió.

—Quiero decir sencillamente que M. Gryce y yo estamos en camino de llegar á ser muy buenos amigos.

—Ya, ya... Ya sabe usted que dicen que tiene ochocientos mil dolars de renta... y no gasta nada, sino en algunos viejos librotes. Y su madre está enferma del corazón, y le dejará mucho más todavía... Ande usted con tino, Lily.

Miss Bart siguió sonriéndose, y replicó:

—Así no voy á decirle que tiene un lote de librotes.

—Claro que no... ya sé que es usted maravillosa para ponerse al corriente de la especialidad de cada cual... Pero es terriblemente tímido y se escandaliza fácilmente, y... y...

—¿Por qué no decirlo, Judy? ¿Tengo fama de correr tras un marido rico?

—No quiero decir eso... Tampoco él lo creería de usted— contestó Mrs. Trenor con una malicia un poco ingenua. Pero hay que tener cuidado aquí. Advertiré á Gus y á Jack... En fin, no se ponga para comer el vestido rojo, y no fume, si puede usted evitarlo, querida Lily.

Lily, que había concluído su trabajo, dijo con sonrisa forzada:

—Voy á encerrar bajo llave mis cigarrillos, y me pondré el vestido del año pasado que me envió usted esta mañana... Y si la interesa de veras mi porvenir, haga el favor de no pedirme que juegue al bridge esta noche.

—¿También le asusta el bridge? ¡Oh, Lily! ¡Qué vida tan espantosa va usted á llevar!... ¿Por qué no me lo dijo usted anoche? En fin, ya sabe que no he de dejar de hacer nada para verla feliz.

Y Mrs. Trenor la abrazó efusivamente. Después la preguntó inopinadamente:

—Pero ¿está usted bien segura de que no la agradecerá que telefonee á Selden?

—Completamente segura—contestó Lily.

* * *

Los tres días siguientes, con gran satisfacción de Lily, demostraron los talentos de ella para llevar sus asuntos sin ayuda ajena.

Sentada el sábado por la tarde en la terraza de Bellomont, se reía del temor de Mrs. Trenor, respecto á que no se precipitase. Sí, hubo un tiempo en que pudo serle útil semejante advertencia; los años le habían dado una saludable lección, y se jactaba ahora de saber atemperar su conducta al objeto de sus deseos. En el caso de Mr. Gryce, juzgó conveniente adelantarse un poco y atraerle paulatinamente, sin que él lo notase, á las profundidades de su amistad. El ambiente era favorable. Mrs. Trenor, fiel á su palabra, fingió no contar con Lily para la mesa de bridge, y advirtió á los otros jugadores, para que no manifestasen sorpresa por semejante deserción.

Mis Bart estaba apoyada aquella tarde en la terraza de Bellomont; parecía sumida en un dulce ensueño. En realidad, sus pensamientos se fijaban de una manera muy precisa en la grata recapitulación de los goces que la estaban reservados. Desde donde estaba podría verlos encarnados en la persona de Mr. Gryce, quien, encapillado el gabán y con un pañuelo al cuello, escuchaba algo nervioso á Carry Fisher, la cual, con toda la energía de la mirada y del ademán de que la habían dotado combinados la Naturaleza y el arte, insistía cerca de él sobre el deber de tomar parte en la reforma municipal.

La reforma municipal era la última postura de Carry Fisher. Fué precedida de un celo igual por el socialismo, reemplazado á su vez por una enérgica apología de la *Christian*

Science—reciente método de curación por el rezo que tiene numerosos adeptos en los Estados Unidos.—Mrs. Fisher era pequeña, ardorosa y dramática; sus manos y sus ojos eran admirables instrumentos la servicio de todas las causas que adoptaba. Tenía, sin embargo, el defecto de todos los entusiastas: no notan la tibieza con que sus oyentes les contestan. Lily se divertía en ver en todos sus detalles la situación de Gryce; comprendía que el joven vacilaba entre el miedo de resfriarse, si continuaba allí mucho tiempo, y el de que Mrs. Fisher le siguiese con un papel para firmar si se retiraba á la casa. Mr. Gryce tenía una repugnancia ingénita por lo que llamaba «comprometerse», y, por mucho que cuidase de su salud, era indudable que juzgaba más prudente mantenerse fuera del alcance de la pluma y del tintero, hasta que el azar le librase de las redes de Mrs. Fisher; mientras tanto dirigía miradas angustiosas á Miss Bart; pero ésta no contestaba más que abandonándose cada vez más á una actitud de graciosa absorción.

Sacóla de su ensueño la aparición de su primo Jack Stepney, quien, al lado de Gwen Van Osburgh, atravesaba el jardín, de vuelta del Stenosis.

La pareja en cuestión vivía una novela análoga á la que Lily soñaba, y ésta experimentó cierto desagrado al contemplar lo que le parecía una caricatura de su propia situación. Miss Van Osburgh era una muchachota cuyo rostro carecía de relieve, y el espíritu de vivacidad; Jack Stepney dijo de ella una vez, que era todo reposo como un asado de cordero. Los gustos de él la llevaban hacia un alimento menos sustancioso y más selecto; pero el hambre hace que sepa bien cualquier manjar, y hubo períodos en los que Stepney estuvo reducido á un mendrugo.

Lily los examinó con interés: el rostro de la joven se volvía hacia su compañero como un plato vacío que se presenta para que lo llenen; mientras que el hombre acusaba el creciente fastidio que no tardaría en concluir con la forzada sonrisa.

«¡Ah! ¡qué impacientes son los hombres!—se decía Lily.— Jack, para lograr todo lo que desea, no tiene más que estarse quieto y dejar que esa muchacha se case con él; mientras que yo tengo que calcular, combinar, avanzar, retroceder, como si ejecutase una danza complicada, en la que sólo un paso en falso me pusiera irrimisiblemente fuera del baile.»

Lily se fijó también entonces en el parecido que ofrecían Gwen Van Esburgh y Percy Gryce. No tenían, sin embargo, semejanza alguna en las facciones. Gryce era una especie de belleza clásica—la del dibujo de un buen alumno de modelado,—y la cara de Gwen era como un rostro pintado en un globo de niño. Pero la afinidad profunda era indiscutible; ambos tenían los mismos prejuicios, el mismo ideal, y ese dón de suprimir por ignorarlo todo, otro punto de vista que no sea el propio. En suma, Gryce y Miss Van Esburgh estaban hechos el uno para el otro, con arreglo á todas las leyes de la atracción física y moral... «Sin embargo, jamás se les ocurriría esa idea, pensó Lily. Cada uno quiere una criatura de raza diferente, de la raza de Jack y de la mía, con toda suerte de intuiciones, de sensaciones, de percepciones, cuya existencia ni siquiera suponen... Y siempre logran procurarse lo que desean...»

Se puso á hablar con su primo y Miss Van Osburgh, hasta que un gesto de Gwen la advirtió que hasta la confianza de parentesco está sujeta á sospechas, y Miss Bart, cuidadosa de no crearse enemistades en aquel momento decisivo de su carrera, dejó á la feliz pareja que se dirigía á la mesa de té.

Sentándose en el escalón más alto del terrado, Lily apoyó la cabeza en la madreselva que festoneaba la balaustrada. El perfume de estas últimas flores parecía una emanación de aquella apacible vista de paisaje que llegaba al último grado de la elegancia rural.

Allí permaneció largo rato Lily entregada por completo á sus pensamientos, que, por lo gratos, estuvieron en armonía con lo refinadamente delicioso de aquel paraje.

De pronto oyó pasos en la terraza. Supuso que sería Percy Gryce, y sonrió al pensar lo significativo que era que viniera á buscarla á aquel sitio, en vez de refugiarse junto al fuego en cuanto pudo escaparse de Mis Farish.

Se volvió, dispuesta á acogerle como merecía semejante galantería; pero su saludo vaciló y enrojeció de asombro, porque el hombre que se acercaba á ella era Laurence Selden.

—Ya ve usted—dijo éste—que al fin y al cabo he venido.

Pero Lily no tuvo tiempo de contestarle; Mrs. Dorset se presentó de improviso con un ademán de reivindicación.

V

La observancia del domingo en Bellomont señalábase principalmente por la puntual aparición del elegante ómnibus que venía á llevar á los huéspedes á la iglesia próxima. Que subiera alguien ó no, era una cuestión de importancia secundaria; la sola presencia del ómnibus acusaba las intenciones ortodoxas de la familia.

Mrs. Trenor pretendía que sus hijas fuesen realmente á la iglesia; pero como las creencias de la institutriz francesa la llamaban al templo rival, y el cansancio de la semana retenía á la madre en su habitación hasta la hora de almorzar, rara vez había nadie para comprobar el hecho; de vez en cuando, en un espasmódico acceso de virtud—cuando se había alborotado mucho la víspera,—Gus Trenor ajustaba su corpulencia en una ceñida levita, y despertaba á sus hijas; pero, por lo general, como explicaba Lily á Gryce, olvidábase este deber paternal hasta el momento en que las campanas repicaban á través del parque, y el ómnibus se marchaba vacío.

Lily dijo á Gryce que esta negligencia en las prácticas religiosas repugnaba á sus hábitos de la niñez, y que durante sus estancias en Bellomont acompañaba siempre á la iglesia á Muriel é Hilda. Esto cuadraba bien con la afirmación—hecha tam-

bién confidencialmente—de que nunca había jugado al bridge, sino por compromiso la noche de su llegada, en que perdió atrozmente por su misma ignorancia del juego. Era indudable, que á M. Gryce le agradaba Bellomont: gustábale la vida fácil y brillante, y el lustre que le daba la compañía de aquellas gentes ricas y de viso. Pero parecíale que era una sociedad muy materialista; había momentos en que le asustaban la conversación de los hombres y la mirada de las mujeres, y se alegró de descubrir que Miss Bart, á pesar de todo su aplomo, no se sentía á gusto en una atmósfera tan equívoca. Así fué, que le satisfizo particularmente el saber que Lily iría como siempre á la iglesia con las niñas de Trenor, el domingo por la mañana; y mientras que esperaba á la puerta del parque, con su gabán al brazo y su libro de oraciones en la mano, meditaba gratamente sobre la fuerza de carácter que había conservado á Lily fiel á su educación primera en un medio tan contrario á los principios religiosos.

Durante mucho tiempo permanecieron solos á la puerta del parque Mr. Gryce y el ómnibus; pero el joven, lejos de lamentar esta deplorable indiferencia de los otros huéspedes, abrigaba la esperanza de que Miss Bart fuese sola. Pasaba el tiempo, y no se presentaba nadie; Gryce consultaba su reloj con impaciencia. Por fin se oyó ruido de faldas, pero quien apareció fué Mrs. Wetherall.

Los Wetherall iban siempre á la iglesia. Perteneían á ese vasto grupo de autómatas humanos que pasan por la vida sin dejar de hacer ni uno solo de los gestos de los muñecos que los rodean. Los muñecos de Bellomont no iban á la iglesia, es verdad; pero iban otros de una importancia igual, y las relaciones de los señores de Wetherall eran tantas, que Dios figuraba en la lista de sus visitas. Tras los Wetherall aparecieron Muriel é Hilda, bostezando. Declararon que habían prometido á Lily ir á la iglesia con ella: Lily era tan buena con ellas, que deseaban complacerla, por más que no acertaban á comprender por qué se le había ocurrido semejante idea... A las

pequeñas Trenor siguió Lady Cressida Raith, con un traje de seda *liberty* y sus dijes etnológicos, la cual, á la vista del ómnibus, se asombró de que no se fuese á pie; pero Mrs. Wetherall protestó horrorizada, diciendo que la iglesia estaba á una milla de distancia, y Lady Cressida, despues de mirar los tacones de la otra, admitió la necesidad del coche: el pobre Gryce se encontró de esta suerte embarcado con cuatro mujeres cuya salvación no le interesaba ni poco ni mucho.

Tal vez le hubiera consolado un poco el saber que Miss Bart había tenido realmente la intención de ir á la iglesia. Hasta se levantó con tal objeto más pronto que de costumbre. Pensaba que, al presentarse ante Gryce con un traje gris, de pudibundo corte, y con sus hermosos párpados inclinados sobre un libro de oraciones, remataría su obra de conquista, y haría inevitable cierto incidente que se produciría, así lo había decidido, durante el paseo que habían de dar juntos despues del almuerzo. En suma, sus proyectos fueron más precisos que nunca; pero la pobre Lily, á pesar del impenetrable barniz exterior, era interiormente tan manejable como la cera. Su facultad de adaptarse y de entrar en los sentimientos ajenos, que á veces la servían en circunstancias insignificantes, la perjudicaba en los momentos decisivos de su vida. Era como una planta marina en el flujo de las mareas, y hoy toda la corriente de su humor la llevaba hacia Selden. ¿Por qué había venido? ¿Por verla á ella ó ver á Berta Dorset? Esto era lo último que debiera haberse preguntado. Mejor hubiera hecho en limitarse á pensar que Selden había respondido á las desesperadas llamadas de Mrs. Trenor. Pero Lily no dejó de pensar en el asunto desde que Mrs. Trenor la dijo que el joven había venido espontáneamente.

—Ni siquiera ha teleografiado; por casualidad encontró la charrete en la estación... Tal vez no haya concluído con Berta, despues de todo—declaró Mrs. Trenor.

Y se fué á arreglar los puestos de la comida. Por principio, favorecía siempre la felicidad de sus amigas casadas, y puso

á Selden al lado de Mrs. Dorset; en cambio, con arreglo á las antiguas y venerables tradiciones de las casamenteras, separó á Lily de Mr. Gryce, confiando la primera á Jorge Dorset, mientras que Gryce daba el brazo á Mis Van Osburgh.

La conversación de Dorset no molestaba en nada los pensamientos de su vecina. Era un lamentable dispéptico, dedicado á descubrir los ingredientes de cada plato, y á quien solamente la voz de su mujer podía distraer de semejante cuidado. En esta ocasión, sin embargo, Berta no tomó parte en la conversación general. Hablaba en voz baja á Selden, y volvía desdeñosamente al anfitrión un hombro desnudo. Gus Trenor, lejos de molestarse por esta exclusión, se sumía en los excesos del *menú* con la alegre irresponsabilidad de un hombre libre. Mas, para M. Dorset, la actitud de su mujer era evidentemente un motivo de alarma: en los momentos en que no estaba ocupado en quitar la salsa de su trozo de pescado ó en apartar la miga demasiado fresca de su panecillo, tendía su flaco cuello para verla entre las luces.

Mrs. Trenor había puesto al marido y á la mujer en los lados opuestos de la mesa: Lily podía ver á Mrs. Dorset, y mirando un poco más allá, establecer una rápida comparación entre Selden y Gryce. Esta comparación la perdió. ¿Cómo explicar de otra manera que de repente se interesase por Selden? Hacía ocho años, ó más quizás, que le conocía. Siempre le había juzgado más agradable que la mayoría de los hombres, y había deseado vagamente que poseyera las otras cualidades necesarias para fijar su atención. Pero hasta entonces no vió en él más que uno de los gratos accesorios de la existencia. Miss Bart leía á libro abierto en su propio corazón; comprendió que su repentino interés por Selden era efecto de la nueva luz que la presencia de aquel hombre arrojaba sobre los presentes. No es que fuese notablemente brillante ó excepcional; en su profesión, más de uno le aventajaba y aburría á Lily durante fastidiosas comidas. Era más bien que había sabido conservar una personalidad propia en medio de la vida mundana; parecía

considerar el espectáculo objetivamente, tener puntos de contacto dentro de la gran jaula dorada en la que estaban todos metidos, para deslumbramiento de los tontos.

Lily pasó revista á los invitados, desde Gus Trenor, que devoraba, hasta su mujer, que parecía el escaparate de un joyero. ¡Qué vulgares eran todos!

La revista mental de Lily fué interrumpida por M. Dorset, que la interpeló de pronto:

—Mire usted, Miss Bart—dijo con lúgubre alegría.—Perdone, pero mire á mi mujer, que está poniendo en ridículo á ese pobre diablo... Diríase verdaderamente que ella está interesada por él, y sucede todo lo contrario, se lo aseguro.

Ante estas palabras, Lily volvió los ojos hacia el espectáculo que producía á M. Dorset una hilaridad tan legítima. Tenía razón, y ciertamente, por las apariencias, Mrs. Dorset desempeñaba en la escena el papel más activo: su vecino parecía recibir sus avances con un entusiasmo moderado que no bastaba á distraerle de la comida. Lily, al ver esto, volvió á su buen humor, y como conocía el particular disfraz que tomaban los temores maritales de M. Dorset, le preguntó jovialmente:

—¿No está usted terriblemente celoso?

Dorset contestó en el mismo tono:

—¡Oh! extraordinariamente... Ha dado usted en el clavo... La cosa no me deja dormir por la noche. Dicen los médicos que los celos tienen la culpa de mis malas digestiones.

Lily iba á replicar algo, cuando la sorprendió una frase pronunciada al otro lado de la mesa. Miss Corby, que era la graciosa de la reunión, bromeaba con Jack Stepney sobre la boda de éste, y le dijo:

—El padrino será, naturalmente, Sim Rosedale.

Stepney contestó sin desconcertarse:

—Es una idea, me hará un regalo asombroso.

«¡Sim Rosedale!» Aquel nombre, más odioso aún por el empleo del diminutivo, importunaba á Lily tanto como una

ojeada indiscreta. Significaba una de las numerosas y abominables posibilidades que rodaban por los confines de su existencia. Si no se casaba con Percy Gryce, tal vez llegaría un día en que tendría que ser atenta con gentes como Rosedale... ¿Si no se casase con Percy?... Pero contaba ciertamente con esto—estaba segura de él y de sí misma... Y, sin embargo...

Cuando subió aquella noche á su cuarto, se encontró con una nueva remesa de cuentas, que Mrs. Peniston en persona, concienzudamente, la había enviado por el último correo.

Miss Bart se levantó al día siguiente, muy seriamente convencida de que estaba en el deber de ir á misa. Llamó para que la preparasen el vestido gris y mandó á buscar un libro de oraciones.

Pero semejante decisión era excesivamente razonable para que no contuviera en sí gérmenes de rebelión: una vez terminados los preparativos, despertaron en Lily un sordo sentimiento de resistencia. Una chispa pequeña bastaba para inflamar su imaginación, y la vista del traje gris y del libro de oraciones iluminó á lo lejos los años futuros. Tendrían que ir á los oficios todos los domingos con Percy Gryce. Tendrían un banco, cerca del altar, en la iglesia más cara de Nueva York, y el nombre de Percy figuraría en el anuario de las caridades parroquiales. Al cabo de algunos años, cuando hubiera engordado, harían de él un miembro del consejo de fábrica. El pastor iría á comer con ellos una vez al año, y Percy la rogaría que tuviese cuidado con los invitados, en los que no había de haber divorciadas, excepto aquellas que hubieran dado prendas de arrepentimiento al volverse á casar muy ricamente. No había nada muy arduo en este conjunto de obligaciones religiosas; pero esto representaba una parte de la gran masa de enojos que se dibujaba en su camino. ¿Y quién podía consentir en ser enojado en semejante mañana? Lily había dormido bien, y el baño la dió un esplendor delicioso.

El día conspiraba con su humor; invitaba á la libertad y á la pereza. En el aire ligero flotaba un polvillo de oro; el pai-

saje estaba radiante. Cada gota de la sangre que corría por las venas de Lily la invitaba á la felicidad.

El ruido de las ruedas la hizo asomarse tras las persianas; no se arrepintió. Hasta el rostro de contrariedad de Gryce la hizo pensar que había obrado cuerdamente al abstenerse: así desearía él más el paseo de la tarde. De este paseo no pensaba prescindir: las cuentas que tenía delante se lo exigían. Pero mientras tanto tenía la mañana por suya, y podía meditar agradablemente sobre el empleo de aquellas horas. Conocía bastante bien las costumbres de Bellomont para saber que, según todas las probabilidades, tendría el campo libre hasta el almuerzo. Había visto á los Wetherall, á las pequeñas Trenor y á lady Cressida, encajonados con toda seguridad en el ómnibus en compañía de Percy Gryce; Judy Trenor debía de estar ocupada en hacerse lavar el pelo; Carry Fisher había debido de llevarse á Mr. Trenor para un paseo en coche, y Ned Silverton estaría probablemente en su cuarto fumándose el cigarrillo de la desesperación juvenil. En cuanto á Kate Corby, jugaba sin duda al tennis con Jack Stepney y Miss Van Osburgh. De mujeres no quedaba más que Mrs. Dorset, y ésta no bajaba nunca hasta el almuerzo, porque decía que los médicos la habían prohibido exponerse al aire vivo de la mañana.

A los otros miembros de la reunión, Lily no concedió ni la limosna de un pensamiento; estuviesen donde quisieran, no había probabilidades de que la perturbasen en sus proyectos. Estos, por el momento, consistían en ponerse un traje más estival y de campo que el elegido antes, y bajar la escalera con la sombrilla en la mano y como dispuesta á hacer ejercicio. Atravesó el salón vacío y se dirigió á la biblioteca, situada en el extremo de la casa. Nunca se leía en la biblioteca de Bellomont, pero la estancia gozaba de cierta popularidad como fumadero ó como retiro tranquilo para el *flirt*. Lily pensó, no obstante, que la biblioteca podría estar ocupada á la sazón por la única persona capaz de utilizarla para lo que era. Antes de llegar á la mitad de la pieza vió que no se había equi-

vocado. Laurence Selden, en efecto, estaba sentado en el otro extremo; pero aunque tenía un libro sobre las rodillas, su atención estaba en otra parte: hallábase acaparada por una dama, llena de encajes, cuya línea se destacaba con esbeltez exagerada sobre el cuero oscuro del asiento.

A la vista del grupo, Lily se detuvo un instante; pareció á punto de retirarse; después, con decisión, anunció su presencia; sacudiendo ligeramente su falda; la pareja alzó la cabeza.—Mrs. Dorset, con una mirada de franco desagrado y, Selden con la apacible sonrisa que le era habitual. La serenidad de su aspecto turbó á Lily; mas para ella, el turbarse era motivo para hacer en el acto un brillante esfuerzo á fin de recobrar su sangre fría.

—¡Dios mío! ¿estoy retrasada?—preguntó tendiéndole la mano.

—¿Retrasada para qué?—preguntó Mrs. Dorset con acritud.—En todo caso, no será para el almuerzo... pero tal vez tendría usted una cita más temprano.

—Sí; tenía una—dijo Lily con aplomo.

—¿De veras? Entonces tal vez la moleste. Pero el señor Selden está por completo á su disposición.

Mrs. Dorset estaba pálida de cólera, y su adversario experimentaba cierto placer en prolongar su suplicio.

—No, por Dios... quédese—dijo Lily.—No tengo el menor deseo de echarla.

—Es usted muy amable, querida; pero yo no tengo la costumbre de perturbar las citas del Sr. Selden.

Esta declaración fué hecha con un pequeño acento de autoridad, que no se le escapó á Selden; se coloreó un poco y lo disimuló agachándose para recoger el libro que había dejado caer. Los ojos de Lily se agrandaron deliciosamente, y se echó á reír.

—Pero si yo no tengo ninguna cita con el Sr. Selden... Tenía cita para ir á la iglesia, y temo que el ómnibus se haya marchado sin mí... ¿Saben ustedes si se ha marchado, en efecto?

Selden contestó que le había visto alejarse hacia ya algún tiempo.

—¡Ah! entonces tendré que ir á pie; he prometido á Muriel é Hilda acompañarlas á la iglesia. ¿Dice usted que es muy tarde para ir á pie? Bueno, pues me agradecerán que lo haya intentado por lo menos... y tendré la ventaja de esquivar una parte del oficio.

Y, con amistosa inclinación de cabeza, Miss Bart salió de la habitación.

Tomó el camino de la iglesia, pero sin andar de prisa, cosa que no pasó inadvertida para Selden. Lo cierto es que ella experimentaba una decepción bastante viva. Todos sus planes de la jornada tenían por fundamento la creencia de que Selden había venido por ella á Bellomont. ¿Era posible, en efecto, que hubiera venido por Berta?

Dando vuelta á estos pensamientos, caminaba despacio y, al entrar en el bosque, concluyó por sentarse en un asiento rústico en un recodo del sendero. El lugar era delicioso, y Lily no era insensible á su encanto, ni al hecho de que su propia persona realzaba el paraje. Nadie, sin embargo, aparecía para gustar del cuadro y, tras media hora de espera estéril, se levantó y continuó vagando. Experimentaba una vaga sensación de aislamiento interior más profundo que la soledad que la rodeaba... De pronto oyó pasos á su espalda, y vió á Selden á su lado.

—¡Qué de prisa anda usted!—dijo él.—No creí alcanzarla nunca.

Ella contestó jovialmente:

—Debe usted de estar rendido. He estado una hora sentada bajo ese árbol.

—¿Para esperarme, sin duda?

—Esperaba... para ver si venía usted.

—Aprecio el matiz, pero no me preocupa, porque usted no podía hacer una cosa sin la otra... ¿Pero no estaba usted segura de que vendría?

E. M.—*Marzo 1910.*

—Sí, lo esperaba... pero no tenía más que un tiempo limitado para cerciorarme.

—¿Por qué limitado?... ¿Limitado por el almuerzo?

—No; por mi otra cita.

—¿La cita para ir á la iglesia con Muriel é Hilda?

—No; para volver de la iglesia con algún otro.

—¡Ah!, ya veo... Debería saber que usted está siempre ricamente provista de alternativas... Y esa otra persona, ¿volverá por aquí?

Lily se echó á reir.

—Eso es lo que no sé, y, para saberlo, necesito llegar á la iglesia antes que termine el oficio.

—Perfectamente. Y yo necesito impedirlo... en el cual caso, la otra persona, molesta por la ausencia de usted, tomará la resolución desesperada de volver en ómnibus.

Estas palabras parecieron impresionar á Lily.

—¿Es eso lo que haría usted en semejantes circunstancias? Selden la miró solemnemente.

—Yo estoy aquí para probar á usted lo que soy capaz de hacer en ciertas circunstancias.

—Andar á la velocidad de una milla por hora... Reconozca usted que el ómnibus iría más de prisa.

—¡Ah! ¿Pero es que la encontrará á usted por fin? En eso se verá si ha triunfado.

Se miraron con el mismo gusto que tuvieron al charlar el día del te; pero de pronto cambió la expresión de Lily.

—Pues bien, según usted, ha triunfado.

Selden, siguiendo las miradas de la joven, vió unas personas que avanzaban por el sendero. Lady Cressida había indudablemente insistido para que se volviese á pie. Selden examinó rápidamente á los hombres que venían: Wetherall, que marchaba respetuosamente al lado de lady Cressida, con su mirada oblicua, atento y nervioso, y Percy Gryce, cerrando la marcha con Mrs. Wetherall y las pequeñas Trenor.

—¡Ah! Ya comprendo ahora su afición por las *america-*

nas—exclamó Selden con franca admiración al recordar unas preguntas que sobre tales libros le hiciera una vez la joven.

Pero la brusca coloración de Miss Bart cortó á Selden.

Lily Bart no gustaba por lo visto de que la embromasen sobre sus adoradores ó sobre sus medios de atraerlos. Esto era para Selden un fenómeno nuevo: un relámpago de sorpresa iluminó ante él todo un mundo de posibilidades. Pero ella se irguió bravamente para defender su turbación, y dijo:

—Para eso le esperaba... para darle gracias por haberme enterado de este asunto.

—¡Ah! No puede usted dármelas en tan poco tiempo—dijo Selden en el momento en que las niñas vieron á Miss Bart.

Y mientras que ella contestaba con la mano á los saludos, añadió prontamente:

—¿No quiere usted consagrarme la tarde? Ya sabe usted que es preciso que me marche mañana. Daremos un paseo, y podrá usted darme las gracias con calma.

VI



La tarde estaba espléndida. Reinaba en la atmósfera una profunda calma.

En los macizos del bosque había ya un poco de humedad; pero en las alturas el aire era más ligero, y al subir una colina, después de haber andado la carretera, Lily y su compañero llegaron á una región en donde el verano persistía. El camino serpenteaba á través de una pradera con árboles, y desde lo alto se descubría un magnífico panorama. Lily no tenía real intimidad con la naturaleza, pero sí la pasión de la armonía, y podía mostrarse vivamente sensible á un lugar que fuese la justa decoración de sus propias sensaciones. El paisaje que se desarrollaba ante sus ojos le parecía una expansión de su presente estado de ánimo, y hallaba cada cosa de sí misma

en aquella tranquilidad, aquella amplitud, aquellas largas perspectivas.

—Sentémonos aquí—dijo Selden al llegar á una concavidad rocosa, sobre la que los robles se erguían á pico.

Lily se sentó en la roca, con el rostro brillante por la larga ascensión. Estaba sentada, silenciosa, entreabiertos los labios por el esfuerzo de la subida, con la mirada errante apaciblemente por las quebradizas líneas del paisaje. Selden se tendió á sus pies en la hierba, amparándose con su sombrero de los rayos del sol y cruzando las manos detrás de su cabeza, que descansaba en la roca. No tenía el menor deseo de hacer hablar á Lily; el silencio, un poco anhelante de la joven, parecía formar parte de la calma general y de la armonía de las cosas. En su propio espíritu no había más que un indolente sentimiento de placer, que embotaba las vivas aristas de la sensación como la ligera bruma de Setiembre esfumaba el paisaje bajo ellos. Pero Lily, á pesar de su actitud, tan apacible como la de Selden, palpitaba secretamente al choque de los pensamientos que la asaltaban. Había en ella, en aquel momento, dos seres distintos: el uno que aspiraba ampliamente la libertad y la alegría, el otro que jadeaba en la sombría celda de las inquietudes. Pero poco á poco disminuyeron los suspiros del prisionero, ó tal vez su compañero les prestó menos atención: el horizonte se dilató, el aire se hizo más vivificante, y el espíritu libertado batio las alas para volar.

La misma Lily no hubiera podido definir aquel impulso que parecía levantarla y mecerla por encima de aquel mundo soleado que se extendía á sus pies. ¿Era el amor, se preguntaba ella, ó simplemente un accidental consorcio de pensamientos y sensaciones felices? ¿En qué medida debíase aquel impulso: á la influencia de la maravillosa tarde, á los perfumes de los bosques que languidecían, á la idea de todo el fastidio de que se había evadido? Lily no tenía en su pasado ningún recuerdo preciso en el que contrastar la calidad de sus sentimientos. Varias veces estuvo enamorada de fortunas ó de carreras; una

vez solamente de un individuo. Hacía años de esto, y fué cuando se presentó en sociedad; experimentó una pasión novelesca por un joven llamado Herberto Melson, que tenía ojos azules y el pelo ligeramente ondulado. Melson, que no poseía otros títulos que tuvieran curso en el mercado, se apresuró á servirse de ellos para conquistar á la mayor de las Van Osburgh: después engordó y se hizo asmático, convirtiéndose en un sujeto de esos que gustan cantar las gracias de sus hijos. Si Lily se acordaba de esta primera emoción, no era para compararla con la que ahora experimentaba; el único punto de comparación era ese sentimiento de ligereza, de emancipación, que recordaba haber sentido en el torbellino de un vals ó en una entrevista en el fondo de su invernadero, durante el corto tiempo de su novela juvenil. Después no había vuelto á encontrar esa elasticidad, ese ardor de libertad; pero hoy tratábase de algo más que de un ciego tanteo del instinto. El encanto particular de su sentimiento por Selden consistía en comprenderlo; podía ella poner la mano sobre cada anillo de la cadena que los unía á ambos. Aunque la popularidad de Selden no fuese ruidosa—era sentida más bien que expresada en el círculo de sus amigos,—Lily jamás había tenido por oscura la vida de aquel hombre que no se ponía de relieve. Su cultura bien conocida era generalmente considerada como un pequeño obstáculo para la facilidad de las relaciones; pero Lily, que se preciaba de tener ideas amplias y de rendir tributo á la literatura, y que llevaba siempre un Omar Khayam en un saquito de noche, sentíase atraída por aquella cualidad, cuya distinción—pensaba la joven—hubiera sido apreciada en una sociedad más antigua. Además, tenía el dón de poseer el físico del personaje. Era de arrogante estatura, y sus facciones, finalmente moderadas, en aquel país de tipos amorfos, le daban el aspecto de pertenecer á una raza más rara, de llevar en sí la huella de todo un pasado concentrado. Las personas expansivas le hallaban un poco soso, y las muchachas muy jóvenes le juzgaban escéptico; pero precisamente aquel aire de reser-

va amistosa, todo lo lejos posible de una afirmación de méritos personales, excitaban el interés de Lily. Todo en él concordaba con las exigencias un tanto desdeñosas del gusto de ella; hasta aquella ligera ironía con la que pasaba revista á lo que Lily juzgaba como más sagrado. Pero le admiraba, sobre todo, por el poder que tenía de emanar un sentimiento de superioridad tan indiscutible como el hombre más rico que hubiera ella encontrado nunca.

El inconsciente prolongamiento de este pensamiento la hizo decir riendo:

—Hoy he faltado á dos citas en honor de usted. ¿A cuántas ha faltado usted por mí?

—A ninguna—contestó Selden con calma.—No tenía más que una cita en Bellomont: era con usted.

Miróle Lily, y preguntó con sonrisa maliciosa:

—¿De modo que ha venido usted á Bellomont por verme?

—Así es.

El rostro de Lily tomó una expresión más seria.

—¿Por qué?—murmuró en un tono que quitaba á la pregunta hasta el menor asomo de coquetería.

—Porque usted es un espectáculo maravilloso: me gusta siempre ver lo que usted hace.

—¿Cómo sabe usted lo que yo haría si usted no estuviera aquí?

Selden sonrió:

—No tengo la pretensión de haber desviado en lo más mínimo con mi llegada el curso de sus acciones.

—Eso es absurdo; si no estuviera usted aquí, evidentemente que no estaría yo paseándome con usted.

—No; pero pasear conmigo no es sino otra manera de utilizar sus materiales. Usted es una artista, y resulta que yo soy el color de que se sirve usted hoy. Una parte de la habilidad de usted, consiste en improvisar efectos premeditados.

Lily sonrió también; aquellas palabras eran demasiado finas

para no despertar en ella su sentido de lo «humour». Era absolutamente cierto que tenía la intención de hacer que la presencia accidental de Selden representase un papel muy definido: tal era, por lo menos, el secreto pretexto que había encontrado para faltar á su promesa de salir con Gryce. Habíanla acusado á veces de ser demasiado impaciente; Judy Trenor la aconsejó que fuese más despacio. Pues bien; esta vez no se apresuraba demasiado; dejaría que su pretendiente saborease por más tiempo la incertidumbre. Cuando el deber y el placer se presentaban unidos, no entraba en el carácter de Lily el separarlos. Habíase excusado del paseo, alegando una jaqueca; la horrible jaqueca que por la mañana la impidiera ir á la iglesia. Su aparición en el almuerzo confirmó esta excusa; estaba lánguida, como penetrada de un suave sufrimiento; llevaba en la mano un frasco de sales. Manifestaciones de este género eran una novedad para Mr. Gryce, quien se preguntó con cierta ansiedad si sería ella delicada; experimentaba temores á largo plazo sobre el porvenir de su progenitura. Pero triunfó la simpatía, y recomendó á Lily que se cuidara; siempre ansiaba el aire libre á las ideas de peligro.

Lily acogió su simpatía con un reconocimiento lánguido, insistiendo—¡era ella una compañía tan insignificante!—para que se uniese con los que, después del almuerzo, iban en varios automóviles á visitar á los Van Osburgh, en Peckshill. Mr. Gryce apreció tanto desinterés, y para matar la tarde, que amenazaba ser larga, siguió el consejo y marchó, fúnebre, con su guardapolvo y sus anteojos; al arrancar el auto, Lily se rió del parecido que ofrecía Gryce con un escarabajo.

Selden observó las maniobras de la joven con divertida indolencia. Lily no le había contestado á la proposición de pasar la tarde juntos; pero á medida que se desarrollaba el plan de la joven, convenciábase de que le había comprendido. La casa estaba vacía, cuando Selden oyó los pasos de Lily en la escalera, y salió de la sala de billar para esperarla. Estaba ella en traje de paseo, y los perros saltaban á su alrededor.

—He pensado que, después de todo, tal vez me siente bien el aire—dijo la joven.

Y Selden reconoció que un remedio tan sencillo merecía ser ensayado.

La excursión duraría cuatro horas, por lo menos; Lily y Selden tenían toda la tarde por suya, y aquella sensación de reposo y seguridad acabó de orear el espíritu de Miss Bart. Con tanto tiempo para hablar, y sin asunto definido, podría gustar las raras delicias del vagabundeo mental...

Sentíase tan libre de todo pensamiento oculto, que acogió la última imputación de Selden con un poco de resentimiento.

—Verdaderamente que no sé—dijo ella—por qué me acusa usted siempre de premeditación.

—Creía que usted misma lo había confesado; me dijo usted, el otro día que necesitaba seguir cierta línea de conducta; cuando se hace una cosa, lo mejor es hacerla hasta el final.

—Si quiere usted decir que una muchacha que no tiene á nadie que se ocupe de ella se ve obligada á hacerlo por sí misma, estoy dispuesto á declararme culpable. Pero debe usted de juzgarme muy duramente si supone que no cedo nunca á un impulso.

—¡Ah! No supongo eso; ¿no la he dicho que su talento consiste en convertir los impulsos en intenciones?

—¿Mi talento?—exclamó ella con un acento de repentino cansancio.—¿Hay, en último término, otra prueba de talento más que el triunfo? Y yo, ciertamente, no he triunfado.

Selden se echó el sombrero hacia atrás, y la miró de soslayo.

—¿El triunfo?... ¿Qué es el triunfo? Celebraría mucho conocer su definición.

—¿El triunfo?... (Lily vaciló). Pues me figuro que es sacar de la vida todo el partido que se pueda sacar... Es una cualidad relativa, después de todo... ¿No tiene usted también esa idea respecto del tiempo?

—¿Esa idea?... ¡No lo quiera Dios!

Irguió el busto con una energía repentina, apoyando los

codos en las rodillas, y con los ojos fijos en el armonioso paisaje.

—Mi idea del triunfo—dijo—es la libertad personal.

—¿La libertad?... ¿Estar libre de cuidados?

Libre de todo... del dinero y de la pobreza, de la comodidad y de la inquietud, de todos los accidentes materiales mantener en sí una especie de república del espíritu, he aquí lo que yo entiendo por triunfo.

Ella se inclinó hacia adelante, con un relámpago de inteligencia.

—Ya sé... ya... es raro; pero eso es precisamente lo que yo he sentido hoy.

Los ojos de Selden buscaron con secreta dulzura los de Lily.

—¿Es tan raro ese sentimiento en usted?—preguntó.

Lily se ruborizó un poco ante aquella mirada, y replicó:

—Usted me desprecia terriblemente, ¿no es así? Pero tal vez es que yo no he tenido nunca la iniciación. Quiero decir, que no habría nadie que me hablase de la república del espíritu.

—Nunca hay nadie... Es éste un país en el que es preciso descubrir el camino uno mismo.

—Pues yo no lo hubiera descubierto nunca si usted no me lo hubiera enseñado.

—¡Ah! hay postes indicadores... pero todavía se necesita saber leerlos.

—Pues bien; yo lo sé, lo sé ahora—exclamó Lily con entusiasmo.—Cada vez que le veo á usted, me parece que descifro una de las letras del letrero... y ayer, ayer por la noche, en la comida, vi bruscamente un poco del fondo de su república.

Selden la seguía mirando, pero con distinta mirada. Hasta entonces, en la presencia y en la conversación de Lily, había gustado la dirección estética que un hombre inteligente puede buscar en caprichosas relaciones con mujeres bonitas. Su actitud fué la del espectador que admira, y hasta hubiera casi sen-

tido sorprender en ella alguna emoción debilitante que pudiese perturbar la realización de sus designios. Pero en aquel momento, la entrevista debilidad de la joven era precisamente lo más interesante de su persona. Habíala sorprendido aquella mañana en un momento de ansiedad; su rostro estaba pálido y alterado, y la misma disminución de su belleza la daba un encanto punzante. «He aquí cómo es cuando está sola.» Tal había sido el primer pensamiento de Selden; y el segundo fué notar en ella el cambio producido por la llegada de él. Este era el punto peligroso de sus relaciones, puesto que él no podía poner en duda el espontáneo agrado con que le miraba Lily. Bajo cualquier aspecto que considerase aquella intimidad naciente, no acertaba á colocarlo en el plan de vida de la joven; y ver lo imprevisto en una carrera tan cuidadosamente preparada, era cosa capaz de estimular incluso á un hombre que habría renunciado á los experimentos sentimentales.

—Pues bien—dijo Selden.—¿Le ha dado á usted ganas esa primera ojeada de conocer más? ¿Va usted á ser de los nuestros?

Mientras hablaba había sacado del bolsillo la pitillera, y ella tendió la mano:

—¡Oh! le ruego que me de usted uno... hace muchos días que no fumo.

—¿Y por qué semejante abstinencia? Todo el mundo fuma en Bellomont.

—Sí... pero no se considera como correcto en una muchacha casadera; y en este momento yo soy una joven casadera.

—¡Ah! entonces me temo que no podemos admitirla en nuestra república.

—¿Por qué? ¿Es una orden de célibes?

—No, aunque reconozca que hay pocas personas casadas... Pero usted se casará con alguien muy rico, y nuestra república es de tan difícil acceso para la gente rica, como el reino de los cielos.

—Eso me parece injusto, porque, si he comprendido bien, una de las condiciones de admisión, es la de no pensar dema-

siado en el dinero... y el único medio de no pensar en el dinero, es tener mucho.

—Igualmente podría usted decir que el único medio de no pensar en el aire, es el tener bastante para respirar. Esto es verdad, en cierto sentido; pero los pulmones de usted piensan en el aire, aunque usted no piense en él. Lo mismo ocurre con las personas ricas: puede suceder que no piensen en el dinero, pero no cesan un instante de respirarlo; si se las transporta á otro elemento, se verá cómo padecen.

Lily miraba distraídamente á través de las azuladas espirales del humo de su cigarrillo.

—Me parece—dijo tras una pausa—que usted pasa mucho tiempo en el elemento que desaprueba.

Selden recibió este floretazo con serenidad.

—Sí; pero yo he tratado de permanecer anfibio: todo va bien mientras que nuestros pulmones puedan funcionar en otra atmósfera. La alquimia verdadera consiste en poder convertir el oro en otra cosa; y este es el secreto que han perdido casi todos los amigos de usted.

Lily hizo otra pausa, y replicó:

—¿No cree usted que los que hablan mal de la sociedad, están demasiado inclinados á ver en ella un fin y no un medio, del mismo modo que los que desprecian el dinero, hablan de él como si estuviera hecho únicamente para esconderse en talegas y ser devorado con los ojos? ¿No es mejor considerar á ambos como ocasiones de las que se sirve una persona con estupidéz ó con inteligencia, según la capacidad que se tenga?

—Esa es ciertamente la sana manera de ver; pero lo raro de esta cuestión de la sociedad, es que los que la consideran como un fin, son los que forman parte de ella, y no los críticos de fuera. Es precisamente lo contrario de lo que ocurre en la mayoría de los espectáculos: el público puede sufrir la ilusión, pero los actores saben que la vida real está fuera del escenario. Quienes utilizan la sociedad como recreo después del trabajo, hacen de ella el uso conveniente; pero cuando se convierte en

objetivo del trabajo, desnaturaliza todas las relaciones de la vida.

Selden se incorporó sobre un codo.

—Bien sabe Dios—siguió diciendo—que no quisiera despreciar el aspecto decorativo de la existencia. Me parece que el sentido del esplendor se justifica por lo que ha producido. Lo malo es que se pierda en ello tanta cantidad de naturaleza humana. Si somos todos la materia bruta de ciertos efectos, se preferiría ser la llama que temple el acero que la mecha que tiñe un manto de púrpura. ¡Y una sociedad como la nuestra derrocha tantas buenas cosas para producir su pequeño trozo de púrpura! Mírese á un muchacho como Ned Silverton: vale, á la verdad, demasiado para que se dedique á reparar las armas enmohecidas de una mujer de mundo. He ahí un joven que marcha á la conquista del universo; ¿no es una lástima que acabe por encontrarla en los salones de Mrs. Fisher?

—Ned es un buen muchacho, y confío que conservará sus ilusiones el tiempo suficiente para que le inspiren bonitas poesías; pero ¿cree usted que es el único en el mundo que se exponga á perderlas?

Selden contestó:

—¿Por qué llamamos á todas nuestras ideas generosas ilusiones, y á todas nuestras ideas mediocres verdades? ¿No hay motivo bastante para condenar á una sociedad en el hecho de emplearse en ella semejante fraseología? A la edad de Silverton estuve á punto de adoptar esa jerga, y sé hasta qué punto pueden alterar los nombres el color de las creencias.

Lily no le había oído hablar nunca con tanta energía en la afirmación. Su estilo habitual era el del ecléctico que resbala ligeramente y compara; impresionó á la joven la ojeada que pudo dar al laboratorio en donde se formaban las convicciones de Selden.

—¡Ah! No vale usted más que los otros sectarios—exclamó ella;—¿por qué llama usted á su república una república? Es una corporación cerrada, y usted crea objeciones arbitrarias, á fin de apartar á las gentes.

—No es *mi* república; si lo fuese, daría un golpe de Estado y pondría á usted en el trono.

—Mientras que en realidad juzga usted que ni siquiera puedo pasar del umbral... ¡Oh! comprendo lo que usted quiere decir. Usted desprecia mis ambiciones, las juzga indignas de mí.

Selden sonrió, pero sin ironía alguna.

—Pues bien, ¿no es eso un homenaje? Yo juzgo esas ambiciones completamente suficientes para las gentes que viven de ellas.

Lily le contempló con gravedad, y dijo:

—Pero ¿sería imposible el que yo, si tuviese las mismas ocasiones que esas gentes, hiciese un uso mejor? El dinero representa una porción de cosas... no solamente brillantes y automóviles.

—Evidentemente, podría usted expiar el placer que esos objetos la hubieran proporcionado, fundando un hospital.

—Pues si considera usted que esos objetos me proporcionarían la clase de placer que me conviene, debería usted considerar también que mis ambiciones son bastante buenas para mí.

Selden se echó á reír:

—¡Ah! yo no soy la Divina Providencia: no puedo garantizar el que verdaderamente gozase usted con lo que quiere usted obtener.

—Entonces lo que viene usted á decirme es que, después de haber luchado por obtener esas cosas, lo probable será que no las logre. (Exhaló un profundo suspiro.) ¡Qué porvenir tan miserable me prevé usted!

—Pero... ¿acaso no lo ha previsto nunca usted misma?

Lentamente se colorearon las mejillas de la joven: no era este color un signo de agitación; procedía de las fuentes más profundas de la sensibilidad.

—Sí, muy á menudo -- dijo, -- pero me parece mucho más sombrío cuando es usted quien me lo muestra.

Selden no replicó, y ambos permanecieron silenciosos unos instantes; algo palpitaba entre ellos en el vasto silencio de la atmósfera. Luego, bruscamente, Lily se volvió hacia él con una especie de vehemencia, y exclamó:

—¿Por qué me trata usted así? ¿Por qué me hace usted odioso cuanto yo he elegido, si no tiene usted nada que ofrecerme en cambio?

Estas palabras despertaron á Selden del ensueño en que estaba sumido. Ni él mismo sabía por qué había dado aquel giro á la conversación; vaciló un momento, pero de pronto dijo:

—No, no tengo nada que ofrecerla en cambio. Si tuviera algo, de usted sería, bien lo sabe usted.

Lily acogió esta brusca declaración de una manera más rara todavía: dejó caer la cabeza entre las manos, y Selden vió que estaba llorando.

No fué más que un instante, sin embargo: cuando Selden la cogió las manos, con un ademán más grave que apasionado, ella le mostró un rostro tierno, pero no desfigurado por la emoción, y él se dijo, con cierta crueldad, que hasta el llorar era para ella un arte.

Esta reflexión afianzó su voz, mientras que la preguntaba, entre compasivo é irónico:

—¿No es natural que trate de rebajar todo lo que yo no puedo ofrecerle?

Al oír esto se iluminó el rostro de Lily, pero retiró sus manos, no por coquetería, sino como si renunciase á algo á lo que no tenía derecho.

—Pero me rebaja usted á mí—replicó ella dulcemente,—al mostrarse tan seguro de que esas son las únicas cosas que yo ambiciono; ¿no es así?

Selden se estremeció; pero no fué más que el último sobresalto de su egoísmo. Casi en seguida contestó:

—Pero las desea usted. Y todos mis votos no pueden hacer lo contrario.

Miróle ella con expresión burlona, y exclamó:

--¡Ah! á pesar de todas sus hermosas frases, es usted, en realidad, tan cobarde como yo; porque usted no hubiera aventurado una palabra si no hubiese estado tan seguro de mi respuesta.

Esta réplica tuvo por efecto cristalizar las intenciones flotantes de Selden, quien dijo tranquilamente:

—No estoy tan seguro de su respuesta. Y quiero creer que ni usted misma está tan segura de ella.

Lily le miró con sorpresa, y preguntó:

—¿Quiére usted casarse conmigo?

Selden se echó á reír:

—No, no quiero... pero lo querría tal vez, si usted lo quisiera.

—Es lo que yo decía: está usted tan seguro de mí, que puede usted divertirse en hacer experimentos.

Retiró la mano que él la había vuelto á coger, y la miró con tristeza.

—No hago experimentos—dijo Selden.—O, si los hago, no es con usted, sino conmigo mismo. No sé cuáles serán los resultados; pero si el casarme con usted es uno, estoy dispuesto á correr el riesgo.

Lily sonrió débilmente.

—Ciertamente, sería un gran riesgo... nunca le he ocultado á usted lo grande que es.

—¡Ah! usted es la cobarde—exclamó Selden.

Lily se había levantado, y él estaba en pie frente á ella; mirábanse á los ojos. La dulce soledad del día que declinaba les envolvía; parecían remontados á un aire más puro. Todas las exquisitas influencias de la hora temblaban en sus venas, y los atraían el uno hacia el otro, como las desprendidas hojas eran atraídas al suelo.

—Usted es la cobarde—repitió Selden cogiéndole las manos.

Ella se apoyó un instante en él, como replegando unas alas cansadas; él creyó sentir que los movimientos del corazón de la joven eran latidos, por el esfuerzo de un vuelo prolongado,

más bien que estremecimientos ante los espacios libres. Después ella se separó, con una sonrisa de advertencia.

—Estaré horrible cuando esté mal vestida; pero sé adornar los sombreros—dijo.

Callaron de nuevo, sonrientes, como niños aventureros que han trepado hasta una altura prohibida, desde la que descubren un mundo nuevo. El mundo real á sus pies se ensombrecía, y por encima del valle asomó una luna clara en un azul opaco.

De pronto oyeron un ruido lejano, como el zumbido de un insecto gigante, y por la carretera, que serpenteaba más blanca en el crepúsculo, cruzó un objeto negro.

Lily volvió de su absorción, desapareció su sonrisa y empezó á andar.

—No creía que fuese tan tarde. Será ya de noche cuando lleguemos—dijo casi con impaciencia.

Selden la miraba con asombro; necesitó un momento para volver á hallar la habitual imagen que tenía de Miss Bart; después dijo con un tono seco que no pudo dominar:

—No era gente de la casa; el automóvil iba en sentido opuesto.

—Sí... ya he visto... (Selden la vió enrojecer en la penumbra.) Pero les dije que no me sentía bien, que no saldría... Le ruego que nos vayamos—murmuró ella.

Selden continuaba mirándola; sacó de nuevo su pitillera y encendió lentamente un cigarrillo. Parecíale necesario, en aquel momento, proclamar, con cualquier acto que le fuese familiar, que era perfectamente dueño de sí; experimentaba el deseo, casi infantil, de hacer ver á su compañera que, terminado el vuelo, había descendido sano y salvo.

Ella esperó mientras que la llama vacilaba. Luego Selden la tendió la pitillera.

Lily tomó un cigarrillo, con mano mal segura, y llevándolo á los labios, se inclinó para encenderle en el de Selden. Éste vió que la boca de la joven se contraía en una sonrisa.

—¿Hablaban usted en serio?—preguntó ella con una entonación que pretendía ser ligera.

Selden dominó mejor su voz, y contestó:

—¿Por qué no? Ya ve usted que no corría yo ningún riesgo.

Y al ver que ella permanecía quieta, algo pálida, ante la réplica, añadió con viveza:

—¡Vamos!

EDITH WHARTON

(Continuará.)

LA MARINA EN ESPAÑA



Una nación que posee 3.740 kilómetros de costas, de ellas 775 por el Norte en el Atlántico, 1.330 por el Oeste, por el Sur y por el Oeste en el Mediterráneo; 490 rodeando las islas Baleares y 1.150 en las Canarias: hallándose unida á Francia por el istmo pirenaico de 400 kilómetros de extensión, al extremo occidental de Europa, es esencialmente marítima.

Sin embargo, los españoles, triste es confesarlo, no tienen afición á la marina, y se preocupan tanto, ó quizás menos, del inquieto y proceloso elemento que baña casi toda la Península, cual si fueran suizos.

En cambio, el español nace soldado, y nada le entusiasma como el redoble de un tambor ó el bélico sonido de una corneta al frente de un batallón.

Encuentra razonables los gastos presupuestos para el sostenimiento del ejército; pero le parece siempre excesivo y hasta superfluo lo que se pide para la construcción de buques y para la marina, en general.

¿Para qué queremos barcos de guerra después de haber perdido las colonias?...—dicen muchos...—y no piensan que las hemos perdido, precisamente, porque no teníamos barcos para defenderlas.

¿Qué tiene de extraño que haya quien se exprese en esos términos despreciativos para la marina, si un general, ministro de la Guerra, dijo, en ocasión de nuestra lucha con los Es-

tados Unidos, que en Cuba *para nada necesitábamos buques, pues que bastaban los soldados*. Se enviaron cerca de doscientos mil adolescentes, sin instrucción militar é inexpertos, que, más que para combatir, fueron á morir en los hospitales y á adquirir enfermedades incurables.

Aquel general creía, sin duda, que la guerra que se iba á desarrollar en la isla de Cuba iba á ser terrestre, y no marítima. ¡Qué error tan funesto!

La imprevisión es la característica de los Gobiernos de España, y por eso esta desgraciada nación quijotesca ha sido arrastrada á la guerra por los anglo-americanos cuando ya estaba preparada la gran República para destruir los pocos buques de que disponíamos, faltos de personal idóneo, sin estar completamente artillados y en número demasiado reducido para ponerse en frente de los poderosos buques americanos.

Si entonces hubiéramos imitado el ejemplo que nos habían dado las grandes potencias Alemania, Francia y la misma Inglaterra, que eludieron diplomáticamente llegar á un rompimiento por mar en condiciones desfavorables, con Francia, Alemania y los Estados Unidos, respectivamente, habríamos parado el golpe por el momento, sin perjuicio de reforzar inmediatamente nuestras fuerzas navales en las Antillas y en Filipinas con buques modernos eficientes; adiestrar sus tripulaciones y ejercitarlas para luchar, con probabilidades de un éxito favorable, con nuestro soberbio y artero adversario; después de haber agotado los recursos de la diplomacia para demostrar que no habíamos tenido ninguna parte en la voladura del *Maine*, y de sacrificar, en fin, nuestro orgullo, dando todas las satisfacciones compatibles con el honor é interesando en nuestro favor á Inglaterra ó Francia para ganar tiempo y no entregarnos indefensos á la rapacidad insaciable de los *yanquis*, quienes desde tiempos muy atrás venían madurando un plan preconcebido, que para ponerlo en práctica sólo esperaban un pretexto, contando con nuestro carácter altivo y con la imprevisión que informa todos nuestros actos.

En efecto; España fué á la guerra sin preparación, sin las fuerzas adecuadas ni los recursos necesarios para ella, sin barcos á propósito, y esos en pequeño número, y creyó el Gobierno que sólo con soldados sin instrucción se podrían vencer los acorazados y cruceros de los anglo-americanos.

Fueron los *yanquis* vencedores á poca costa, apoderándose de las islas Filipinas y de la de Puerto Rico, avasallando la isla de Cuba con mil vejaciones, hasta que llegue el tiempo de hacerse dueños de aquella *Perla de las Antillas*, «llave del seno mexicano», cuando quede abierto el canal de Colón-Panamá.

A la indiferencia de los españoles hacia la Marina, no deja de haber contribuído el que la capital se halle situada á mucha distancia de la mar. A Felipe II se debe que la corte esté tan tierra adentro, sólo por el fútil pretexto de que ocupa el centro de la nación.

Aquel monarca, que ha sido juzgado de muy distinta manera por la posteridad, fué sin duda fatal para la Marina. Pudo muy bien haber llevado su corte á Lisboa, haciéndose amar de los portugueses, como le aconsejaba D. Cristóbal de Moura, ilustre portugués, muy adicto á aquel rey. Con el cambio de la capital, aunque sólo fuera en alternativa con Madrid, no se habría separado más adelante Portugal, y no hubiera ocurrido probablemente el desastre de la pérdida de la Armada *Invencible*, pues que, hallándose el rey en Lisboa, hubiera podido elegir, á falta del inolvidable marqués de Santa Cruz, que en mala hora salió de este mundo, un hombre conocedor de la náutica y experto en la navegación, y no al duque de Medina-Sidonia, que era un valiente general, pero ignorante por completo de la vida de la mar (y que hasta se mareaba). Este general, que no supo mantener compacta la Armada que el pueblo llamó *Invencible*, era muy celoso de su autoridad, y no admitía consejos de los capitanes inteligentes que llevaba á sus órdenes en la flota.

La situación ventajosa de la Península ibérica, que parece dispuesta á lanzarse sobre el Atlántico, hacia el Oeste, como

avanzada de Europa, favoreció sin duda los descubrimientos de los portugueses y españoles; y si el pequeño reino de Portugal logró ocupar un lugar muy distinguido en el mundo, lo debió á su poder marítimo, fomentado por sus ilustres reyes, y principalmente por el estudioso infante D. Enrique, que, después de dar pruebas de valor en la toma de Ceuta, manifestó sus conocimientos hidrográficos en la exploración que hizo por la costa occidental de Africa, hasta Guinea. Este ilustre príncipe estableció un observatorio en Sagres, cerca del Cabo de San Vicente, donde los cartógrafos de Génova y de Mallorca, atraídos por la fama del infante, delineaban bajo su dirección las cartas geográficas y las marinas mejores que entonces se conocían.

Desgraciadamente, este estado de cosas, tan beneficioso para Portugal, debido todo á su poder marítimo, no fué duradero. Olvidándose los portugueses de lo necesaria que para su nación es siempre la marina, sobre todo para el sostenimiento de sus extensas y ricas posesiones, fueron quedando reducidos á contados buques mal pertrechados, perdieron casi todas sus colonias, y la marina lusitana, que había llegado á ser muy importante, decayó mucho, en términos de los que no ha vuelto á levantarse desde entonces. Entretanto, sus reyes, empeñados en locas empresas, gastaban los recursos del reino, sin obtener nada positivo, muriendo el rey D. Sebastián en Alcazarquivir (1578), al intentar la conquista de Africa.

En los primeros siglos, hasta el VIII, no existía en España Marina organizada, y solamente tomaron parte los españoles en algunos hechos aislados, empleando sus toscas embarcaciones de remos para transportar los combatientes, siempre á la vista de las costas: primero, bajo la dominación de los romanos, y más tarde, en tiempo de Sisebuto, para extender su dominio á los mares que circundaban el reino y libertarlo de las incursiones de los sarracenos de Africa y de los bizantinos, á quienes aquel sabio rey visigodo expulsó definitivamente, cabiéndole al gran Wamba la honra de derrotar una

numerosa flota sarracena que intentaba invadir á España por el estrecho de Gibraltar.

Los sucesores de Wamba, entregados á la molicie y á la ociosidad, no se cuidaron absolutamente de la Marina, y se olvidaron por completo de la navegación y de las artes náuticas, dando lugar por su ignorancia y desidia, á que los mahometanos, guiados por el conde Julián, gobernador de Ceuta, asentaran su planta en el Sur de la Península, á las órdenes de Tarrík, en 711, apoderándose de casi todo el reino rápidamente, después de la fatal batalla del Guadalete, en la que el degenerado Rodrigo pagó con su vida sus faltas como soberano y sus liviandades como hombre.

Los castellanos, osados y animosos en las luchas y combates por tierra, se embarcaban sólo para cumplir un deber de honra y para combatir al enemigo, especialmente si éste era mahometano.

En el combate de «La Rochela» (1371), una escuadra castellana, mandada por el almirante Ambrosio Bocanegra, venció á la inglesa, haciendo prisionero á su almirante, conde de Pembroke.

Las aragoneses, por su parte, llevaron sus armas victoriosas hasta el oriente de Europa, donde los valientes *almogávares* sembraron el terror, teniendo al fin que sucumbir, á causa de la falaz conducta de los bizantinos, que los habían llamado en su ayuda contra los turcos.

El famoso Roger de Lauria, con sus aragoneses, derrotó desde 1283 al año 1300, á los franceses en Malta, mandados por Corner; á los napolitanos y provenzales en Nicotera, y luego en Calabria, Sorrento y Ponza.

Reunidas las coronas de Castilla y Aragón, bajo Isabel y Fernando, tuvieron los españoles que tomar parte activa en la política europea, y sus ejércitos, más que la Marina, fueron los que en Flandes, en Italia y en Alemania hicieron poner muy alto el nombre español.

Los descubrimientos de nuevas tierras por el gran Cristó-

bal Colón y por los navegantes que le sucedieron, despertaron entre los españoles la pasión por las riquezas, marchando á las Indias, á México, al Perú, y más tarde á la América del Sur, codiciosos de volver á sus casas poseedores de inmensos tesoros, conseguidos sin gran trabajo en aquellos maravillosos países.

Abandonadas las artes y las industrias, que habían llevado ya un gran golpe con la expulsión de los judíos y los moriscos, nadie se cuidaba más que de hacer dinero á toda costa; hallándose en manos de extranjeros hasta los artículos de primera necesidad, teniendo que pagar los españoles los servicios más humildes, creyéndose dueños del mundo y de un caudal inagotable, que se les iba de entre las manos.

La Marina sufría en su desarrollo, y cada vez que se necesitaban los buques para empresas de más ó menos entidad, se aprestaban las naves con dificultad suma ó se tomaban á sueldo por cierto tiempo, siendo sus almirantes, las más de las veces, genoveses ó italianos, por no haberlos españoles de la necesaria aptitud y experiencia.

No faltaron sucesos de importancia, sin embargo, en los que se distinguieron por mar los españoles, especialmente la batalla de Lepanto (1571), en cuyo glorioso hecho de armas, D. Juan de Austria, hijo natural de Carlos V, hizo recaer sobre España, como jefe de la Liga cristiana, el galardón de su victoria contra los turcos, conquistado por aquel príncipe insigne, con ayuda de los venecianos mandados por Veniero, los genoveses á las órdenes inmediatas del invicto Juan Andrés Doria, almirante temido por los musulmanes, y Colonna al frente de las galeras del Papa.

El valor era la cualidad dominante de los españoles; pero, en realidad, si á las empresas llevadas á cabo por tierra firme estaban siempre dispuestos, faltábales la pericia náutica.

En el reino de Castilla, la necesidad obligó muchas veces á utilizar la Marina, bien contra los árabes, ya contra los aragoneses, contra los franceses ó portugueses y por carecer de

barcos en buen estado y en número bastante y por falta de marineros expertos y de pilotos inteligentes, para dirigir los buques y para manejarlos con prudencia, se vieron precisados los castellanos á llamar en su auxilio, ya á los genoveses, como más experimentados en la mar, ya á los aragoneses ó catalanes, ya á los portugueses, y hasta á los mismos sarracenos granadinos, mientras aún estuvo en pie el último reino de los árabes españoles.

Poco á poco se fué formando la Marina catalana y sus naturales ejercitándose en el comercio, llegaron hasta el Oriente de Europa, para cambiar los productos de España por las sedas y ricas telas de Chipre y Palestina. Emulos los catalanes de los genoveses y venecianos, dieron impulso á las atarazanas de Barcelona y se esmeraron en la construcción de los buques destinados para la guerra.

Siguiendo la gloriosa enseña de Jaime I el Conquistador, recobraron las islas Baleares, y luego varias ciudades de la costa de Levante de España; entre ellas, Valencia en 1238. Castilla, aunque con menos inclinación que el reino de Aragón á las empresas navales, también se preocupó en la organización de la Marina, que se distinguió en la toma de Sevilla, á las órdenes de su almirante Ramón Bonifaz, en presencia del santo Rey Fernando III, en 1248 en cuyo gran hecho de armas fueron ayudados los castellanos por los genoveses y portugueses.

Estas alianzas por mar eran frecuentes, no sólo en Castilla, sino también en Aragón; pero hay que convenir en que este último reino poseía buques bien abastecidos, con los que defendía los mercantes, que además los catalanes principalmente comerciaban con las naciones mediterráneas, y los reyes de Aragón aumentaban su poder naval de día en día, llevando sus armas por mar hasta Constantinopla.

Los valientes y denodados *almogávares* catalanes, capitaneados por el aventurero Roger de Flor, que de simple caballero templario se elevó á Almirante de una escuadra temida,

marcharon á Grecia, en el reinado de Andrónico, á pelear contra los turcos, á los cuales mantuvieron á raya, hasta que, por desavenencias y envidias de los griegos, recibió traidora muerte Roger de Flor, y resultó la disolución subsiguiente de aquellos cuerpos francos.

El descubrimiento del nuevo mundo, llevado á cabo, como es sabido, por el inmortal Cristóbal Colón, gracias á su inquebrantable perseverancia, cambió la faz de Europa, y al fin del siglo xv comenzó á abrirse una corriente de emigración desde España hacia los países descubiertos, de los cuales hacían una descripción maravillosa los que regresaban.

La mayor parte de los españoles que se trasladaron al Nuevo Mundo, sólo ambicionaban riquezas de las muchas que por las noticias que traían los aventureros codiciosos, se encontraban en aquellas lejanas tierras y para nada pensaban ocuparse en negocios comerciales, ni en especulaciones útiles para el beneficio de la Metrópoli y para el adelantamiento de la navegación.

Unicamente los Reyes Católicos se interesaron por el fomento y por la organización de la Marina de guerra y por los países comerciales de la mercante; pero estos buenos propósitos, no se sostuvieron mucho tiempo.

La fiebre del lucro sin trabajar, era el anhelo de los españoles, y no aprovecharon de un modo conveniente los tesoros que adquirirían en las colonias, para dedicarlos al mejoramiento de las artes, á la industria y á la agricultura.

En cambio, se gastaban grandes sumas en las guerras que, sin ventaja alguna para España, sostuvieron los reyes de la Casa de Austria, para saciar su ambición de aumento de territorio, mientras que la Marina decaía más y más, bajo Felipe III, Felipe IV y Carlos II, y las industrias, aun las menos importantes, iban á manos de franceses, italianos, flamencos é ingleses, que obtenían ópimas ganancias de la desidia é indolencia de los españoles, tanto más empobrecidos, cuanto más ricos debieran ser, si hubiesen sido laboriosos y previsores.

A este propósito dice el publicista Mahán: «Puede afirmarse desde luego, que las naciones poseedoras de un buen litoral con una ó dos salidas al Océano, obtendrán ventaja si buscan su prosperidad y extensión por el camino del mar y del comercio, mejor que efectuando tentativas encaminadas á producir cambios y modificaciones en el régimen político existente de comarcas donde una soberanía más ó menos prolongada, haya conferido ya derechos reconocidos á la nación que la ejerza, creando una dependencia nacional ó lazos de subordinación.

Napoleón I, que era poco afecto á la Marina, llegó á convencerse de la importancia que tiene en las naciones, y después de la derrota de Trafalgar, decía estas palabras:

«Hacedme dueño del mar un solo día, y anulo el poder británico»; y antes había dicho en Ulm á los generales austriacos, sus prisioneros: *«No quiero más territorios, sino comercio y buques.»*

¡Lástima que nuestros reyes austriacos no hayan pensado lo mismo!

De gratísimo recuerdo para la Marina es el nombre del esforzado D. Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz. En 1582 ocupó las islas Azores ó Terceras, derrotando á los portugueses, franceses é ingleses, quedando sujeto á Felipe II aquel archipiélago.

No es menos digno de notar D. Juan José Navarro, Marqués de la Victoria, quien, en Febrero de 1774, derrotó á 32 navíos ingleses, con sólo 12 españoles, en las inmediaciones de Tolón, con admiración de Europa entera.

La falta de Marina militar produjo la inseguridad del comercio sobre las costas mismas de la Península; la dificultad de realizar las expediciones desde las Indias, en las que radicaba la base principal y casi única de la riqueza nacional, y la imposibilidad de defender nuestros derechos contra la rapacidad de otros Estados.

Entretanto, los filibusteros, principalmente ingleses, apre-

saban nuestros galeones que iban de América y de Manila á Cádiz, con dinero y mercancías, y aun cuando los buques de guerra españoles que los convoyaban hacían lo posible para defender los tesoros que transportaban aquéllos, no siempre lograban su objeto, dando lugar únicamente á combates aislados, en los cuales se evidenciaban actos de valor estériles, porque la falta de escuadras bien organizadas hacía que no pudieran imponer respeto, como sucedía en tiempo de los Reyes Católicos y en el del emperador Carlos V y Felipe II, cuando el nombre español era temido por todos, y su influencia universal.

El reinado de Carlos II fué un período de tristeza y de miseria en la historia de la monarquía, que llegó á una postración sólo comparable á la que experimenta en nuestros días el imperio otomano.

Sin Hacienda, sin Agricultura, sin Marina, casi sin Comercio ni Industria, que se habían entregado á manos extranjeras, y las desgracias exteriores y los desaciertos, iban dejando sin fuerzas al soberano español. Ni un Ejército, ni una Armada, ni un general, ni un estadista pudo oponer España á la enemistad de Francia en esta época de desolación, una de las de mayor inutilidad política en nuestra patria.

Para que se vea hasta dónde había llegado la ignorancia y hasta odiosidad hacia la Marina, que el Consejo de Castilla abrigó algún tiempo el proyecto de suprimir la Armada, por ser muy costosa y sin utilidad manifiesta.

A la muerte del desgraciado Carlos II, la decadencia de España era general, y su población llegó á no ser más que de 7.000.000 de habitantes.

El advenimiento de la casa de Borbón al trono de España, fué al principio beneficioso para la Marina. El cardenal Alberoni, primer ministro de Felipe V, dió en pocos años gran impulso á las Marinas militar y mercante; pero no tuvo tiempo de llevar á cabo todos sus proyectos grandiosos, porque las exigencias de la política le obligaron á dejar el ministerio y

salir de España. Este hombre eminente, perspicaz y astuto, era muy partidario de Inglaterra, y creía muy conveniente para España la amistad y la alianza de la nación británica. Lo mismo pensaba en su tiempo el honrado y sensato rey Fernando VI, cuando decía: «con todo el mundo guerra, y paz con Inglaterra». Otra cosa nos hubiera ocurrido si hubiéramos sido de esta opinión siempre. España necesita la alianza de una nación fuerte en la mar, y con su ejemplo deberíamos fomentar sin descanso nuestras Marinas de guerra y de comercio. Ninguna nación puede ser tan á propósito como Inglaterra, con cuyo auxilio aún podríamos llegar á recobrar el importante puesto que hemos ocupado en Europa y en el mundo.

Felipe V, aunque por su carácter indolente no se ocupó como debiera de la gobernación del Estado, dejó en libertad á sus ministros Patiño y el marqués de la Ensenada, que trabajaron para sacar á la Marina de la postración en que se hallaba, habiendo salido airoso en las expediciones á Italia y á Orán y en la lucha que sostuvo con la Gran Bretaña, atestiguando la fuerza y recursos que tenía la Marina, sostenida con el planteamiento de arsenales, astilleros y colegios y por la prosperidad que entonces alcanzó la Marina mercante.

El progreso de ambas Marinas siguió durante el reinado de Fernando VI, cuyo prudente rey evitaba con tesón la guerra, sin inclinarse á Francia ni á Inglaterra, siendo su único anhelo el bien de España.

Dió á su patria trece años de paz inalterable Fernando VI, y al morir no dejó ninguna deuda. No se contentó con tener paz, sino que mantuvo una neutralidad armada, haciéndose respetar de todos, utilizando al efecto la oposición de pareceres de sus ministros Carvajal y Ensenada, partidario el primero de Inglaterra y el segundo de Francia. Fué previsor, cualidad poco conocida en España, y mantuvo en pie considerables armamentos de mar y tierra. Respecto á la Marina, fué Fernando VI su verdadero restaurador, dió gran impulso á todas las industrias navales y se construyeron en su reinado nu-

merosos buques de gran porte, más para proteger las costas y la Marina mercante que para combatir. Se crearon los arsenales de Cartagena y de Esteiro en Ferrol; se hicieron venir de Inglaterra buenos ingenieros y constructores de buques para perfeccionar los de guerra españoles, y se trajeron maestros hábiles para la fabricación de toda clase de pertrechos navales; se aprovisionaron espléndidamente los arsenales y se reglamentaron los sueldos y las gratificaciones, pagando todo con puntualidad y tratando bien á los extranjeros que venían á España al servicio de la Marina.

¡Loor á aquel excelso monarca, que hizo más por la Marina que ningún otro, ayudado por ministros amantes del engrandecimiento de su país!

No menos benéfico para la Marina fué Carlos III, á quien imitó su ministro Floridablanca en sus ideas de engrandecimiento. Si este rey ilustrado, á quien debe España muchos monumentos notables y disposiciones importantes y beneficiosas en las ciencias y en las artes, hubiera sido tan prudente y pacífico como su hermano y antecesor, y no se hubiera empeñado en una guerra desastrosa con Inglaterra, la Marina hubiera ganado en su sostenimiento; así como los arsenales y la Marina mercante, que durante su reinado tuvo mucho que sufrir de los corsarios ingleses, irritados por el apoyo que dió España á los norteamericanos contra su metrópoli.

Del tiempo de Carlos IV data la ruina de la Marina y el abandono á que llegaron la mercante y el comercio, y durante él comenzaron nuestras desventuras, teniendo lugar el 21 de Octubre de 1805 la batalla de Trafalgar, coligadas las escuadras de Francia y España contra la de Inglaterra, que mandaba Horacio Nelson. Nuestra España, esclava de Napoleón, había abdicado por entero su independencia, y derrotada totalmente en aquella función naval, perdió en 1815 en el Congreso de Viena, su rango de potencia de primer orden, y aún no se ha levantado de su estado precario, á pesar de los esfuerzos que se han hecho recientemente para levantarla de su decadencia.

Reemplazó al débil é incapaz Carlos IV, su hijo Fernando VII, de triste recordación, en cuyo reinado se cerraron las Universidades y se abrieron cátedras de tauromaquia.

La Marina, de mal en peor, nadie se ocupaba de ella; no se construían buques, ni había trabajo en los arsenales. Hubo un tiempo en que no se pagaba más de un quinto del sueldo, en plazos señalados, y de general abajo iban á recibir su ración á los hospitales, y todos los que podían, marchaban á América ó Filipinas, porque en esos países había dinero con que dar los sueldos con esplendidez, y aun se concedían hospitalidades generosamente, que no se descontaban; tal era el desorden de la administración de Marina. El rey decía, á todo esto: «poca Marina necesita España y mal pagada».

En 1800, gracias á los desvelos de Alberoni, Patiño, Ensenada (marqués de la) y Floridablanca (conde de), contaba España con una Armada de 67 navíos, 74 fragatas, 19 corbetas y gran número de buques menores.

En 1806, después de la batalla de Trafalgar, aún quedaban 42 navíos, 30 fragatas y otros buques de menos importancia. Pero el abandono en que se hallaban los arsenales, sin acopios y faltos de personal, hizo que muchos barcos, necesitados de carena, con sus costuras abiertas, pudriéndose en los astilleros y gradas, entrando por mucho la escasez de consignaciones, se tuvieran que desguazar por inútiles.

Desde 1810, empezaron las colonias americanas á insurreccionarse, y los aduladores que formaban la *camarilla* de Fernando VII le hicieron creer que sería de gran efecto la adquisición de unos navíos que quería vender Alejandro I de Rusia, para enviarlos á América contra los insurrectos. El que más trabajaba en este sentido para mover la voluntad de Fernando, era el aventurero Antonio Ugarte, que, á fuerza de bajezas, había logrado atraerse la voluntad del rey, y á quien, por la importancia de que daba muestra, llamaba el pueblo el emperador Antonio I.

Puesto de acuerdo Ugarte con el bailio Tatricheft, emba-

jador de Rusia, llevó adelante reservadamente la negociación, y á principios del año 1817 llegaron á Cádiz, procedentes de San Petersburgo, 5 navíos y 6 fragatas al parecer en buen estado; por cuyos buques rusos se pagaron 217.600.000 reales, sin más formalidades que la orden de Fernando VII. La mayor parte de estos barcos, al hacer un reconocimiento los ingenieros de la Armada, resultaron podridos y no pudieron navegar. Sólo tres de las fragatas fueron á América y allí quedaron desguazadas.

Este fué el gran negocio hecho á espaldas del inteligente y honrado ministro de Marina, D. José Vázquez de Figueroa. ¿Qué podía esperarse de un rey como Fernando VII, que cuando en 1823 lo llevaron cautivo á Cádiz, sólo se le ocurrió decir al ver la mar:

«¡Cuánta agua! Este elemento es para los peces.»

Después del fracaso de la compra de los navíos rusos, *negocio* escandaloso que, si bien costó mucho dinero al Erario, sirvió para llenar los bolsillos de algunos, la Marina quedó reducida á la última expresión, y en 1825 sólo constaba de 22 buques entre todos; habiéndose entregado las Floridas á los Estados Unidos y perdidas la mayor parte de las Colonias, dejando, por tanto, de ingresar en el Tesoro público las rentas que de ellas se percibían.

Algo se hizo para el fomento de la Marina desde 1850, y en 1866 pudimos presentar un excelente acorazado, la fragata *Numancia*, y seis fragatas de primer orden, que hicieron un buen papel en la guerra con las repúblicas del Pacífico, y que consiguieron llamar la atención de los Estados Unidos. Poco se ha hecho desde esa época, y España no sale de su apática indolencia, á pesar de los ejemplos de la Historia y de la autorizada opinión de muchos grandes hombres que se han ocupado de la Marina.

Temístocles (500 años A. de C.) decía que el poder de los Estados está en la mar.

Carlos V dijo á su hijo Felipe II, que si quería poseer sus

estados en paz y poner freno á sus enemigos, procurase el dominio de la mar.

Por su parte, el almirante Pothuan manifestó recientemente en la Cámara de representantes de París, que sin Marina militar y de comercio no es posible ser una gran nación, y que sin la última no puede haber Marina militar, la cual, en justa correspondencia, protege el comercio y sus buques en todos los mares del globo. Esta es la solidaridad de las dos Marinas.

Alemania puso en práctica estos principios.

Cuando el reino de Prusia, en 1866, se apoderó de los Ducados de Dinamarca, porque necesitaba el puerto de Kiel y la costa adyacente, el gran Bismark comprendió que para el engrandecimiento de su patria, era preciso que fuera, no sólo potencia continental, sino también marítima, y desde entonces ha llegado esa gran nación al envidiable puesto que ocupa en el mundo, rival de Inglaterra.

España está en el caso de la Gran Bretaña, cuyo ministro Chamberlain ha dicho, como el Emperador Guillermo II de Alemania: *Nuestro porvenir está en la mar, y el imperio es el comercio.*

España debe ser potencia marítima, por su situación, por los intereses generales de sus habitantes y por su comercio con las repúblicas hispano-americanas principalmente. Por lo tanto, necesita sin remedio vencer su inercia y dedicar sus esfuerzos á mejorar su Marina.

Las naciones marítimas dedican todas ellas á los presupuestos navales, desde un 7 por 100 la que menos, á un 16 y $\frac{1}{2}$ por 100 la que más, del total de sus gastos generales, mientras que España sólo emplea ¡un 3 por 100! á pesar de sus condiciones políticas y geográficas tan importantes.

Diremos, para concluir, como el ilustre D. Francisco Silvela, que renunciar á tener Armada, es renunciar á tener independencia nacional y porvenir alguno en el mundo.

PATRICIO MONTOJO

Madrid, Febrero de 1910.

CÓMO SE PROCESABA Á UN HOMBRE

DE ALTA DIGNIDAD

En la cuestión de los hechizos del rey debieron ir, no á los procesos, sino á los crueles castigos de la Inquisición, cuantos intervinieron en ellos, comenzando por el mismo Inquisidor general y los demás miembros de este Tribunal Supremo. Nunca se había visto la pasión política, atizada desde fuera, cometer en país alguno del mundo desmanes parecidos. Porque, hay que decirlo de una vez, para que tengan una orientación fundamental verdadera los espíritus selectos que se dedican con noble patriotismo á las vindicaciones que está pidiendo á gritos toda nuestra Historia. No son exactas las nociones que se nos han dado ni sobre el rey Carlos II, ni sobre los hombres de su edad, ni mucho menos sobre la condición y el influjo de las dos sucesivas consortes de aquel monarca. Desde el casamiento del rey Felipe IV con la princesa francesa Doña Isabel de Borbón, la penetración continua y amañada del influjo francés en España fué una acción tan perseverante como la de la revancha francesa contra Alemania lo es en nuestros días desde 1871, á pesar de todos los disfraces. Unico muro de contención contra ese influjo, fué el gran ministro de Felipe IV, don Gaspar de Guzmán, conde-duque de Olivares, que al par que en el campo de la política y de la guerra tenía que desplegar todos los recursos de su actividad y de su ingenio, para habér-

selas con la conflagración general de Europa contra España, soliviantada aquélla por los manejos diplomáticos de Francia ejercidos hasta en Bruselas, gobernada por príncipes españoles, y hasta en Roma, cuya causa era el lábaro que defendía la nación más católica del orbe; en el palenque de la intriga solapada y clandestina, se hallaba en la necesidad de poner á su propia mujer al lado de la reina en los altos puestos palatinos para que de cerca pudiera vigilar las sugestiones recatadas que sin tregua dejábanse descolgar sobre el alcázar de Madrid desde los palacios parisienses. Cuando, á pesar de todos sus desvelos, cayó definitivamente, no encontrando país ni hombre en que apoyar la viril resistencia de su política acosada por tantos acontecimientos adversos y por esta opinión permanente de España, desnuda siempre hasta de la inspiración intensiva del patriotismo, y dispuesta á seguir todas las excitaciones aviesas del pesimismo dictado, para rebelarse ferozmente hasta contra lo que la salva y la enfrena; entonces se inició aquella universal anarquía nacional que fué creciendo por grados paulatinos, primero, bajo el gobierno del funesto D. Luis de Haro; después, bajo la crítica regencia de la reina viuda Doña Mariana de Austria y de aquella Junta de gobierno que Felipe IV en su testamento dejó establecida, y que fué fuente perpetua de tantas ambiciones postergadas y de tantas rivalidades insolentes; al mismo tiempo, las pretensiones, la incapacidad y el pernicioso proselitismo que á su alrededor despetaba la ruidosa figura de aquel D. Juan José de Austria, que fué el mayor azote que sobre España pudo caer en tiempos de tanta desventura; á seguida las proscripciones del P. Neidthard, de Valenzuela y de la reina misma, y por último, el gobierno insensato del propio hijo espúreo de Felipe IV, D. Juan de Austria, en medio de la declaración de la mayor edad de aquel rey, todavía niño, y más niño todavía, porque su augusta madre, para preservarle de las asechanzas tendidas siempre contra su vida, tuvo necesidad de criarle encogido y de educarle insuficiente entre sus faldas. Cuando D. Juan faltó, y el rey-niño comen-

zaba á ser hombre, amargaron su vida y mancillaron el Estado las sucesivas influencias de sus dos matrimonios, durante los cuales, toda la intriga de la corte de Luis XIV y del partido francés se situó en Madrid á cara descubierta, partiendo de las habitaciones conyugales de la reina María Luisa de Orleans, mientras ésta vivió, y toda la intriga de la corte de Viena y del partido austriaco, para asegurar en las de esta casa la sucesión del pobre rey enfermo, en las mismas cámaras que ocupaba en los regios alcázares la tan injustamente asendereada Doña María Ana de Neoburgo, juguete vil en medio de tantas pasiones desencadenadas, como lo era el mismo desanimado monarca.

Faltaba, como en todas las crisis de la Historia, esa unidad que sólo robustece la poderosa inspiración de un grande espíritu nacional. Aquellas luchas, como todas las que en España hemos presenciado desde la muerte de Carlos III, sin haber del todo acabado todavía, tenían, como han tenido siempre, los mismos caracteres de las que nos describe la Historia, de las que han pasado ante nuestra vista, y de las que hemos sido autores más que testigos. El concepto del puro interés nacional en España no ha existido nunca, ni aun existe. Cada hombre ha encarnado en una ambición, y esta ambición ha sido en él más sugestiva y poderosa que el interés de la patria. Todas las pasiones, todas las rivalidades, todas las luchas que de aquí han surgido han tenido el mismo carácter. No hay diferencia de tiempos. Así fué en el reinado de Enrique IV; así fué en el reinado de Carlos II; así fué en el reinado de Carlos IV; así lo fué en el reinado de Isabel II; así lo es todavía, y no hay más que tender la mirada sobre nuestras últimas crisis. No son las instituciones, no son los reyes, no son los hombres más ó menos eminentes por sus condiciones personales ó por sus encumbramientos fortuitos: es la raza, la que no puede resistirse á sí misma; es la raza, en quien la sangre agarena que sobre ella influyó por tantos siglos, encarna en sí aquel espíritu indisciplinable que á la Península trajeron las hordas de Tariff; los

cruzamientos siempre vivos de muzárabes y muladíes, que como todos los cruzamientos de razas, dejaron á una la semilla de insumisión que todavía nos mantiene en una perpetua rebeldía de pensamiento contra todo lo que arguye orden y disciplina, y que se impone así en los movimientos individuales, como en los colectivos, á sentimientos tan altos, tan puros, tan salvadores como el de la patria y sus deberes.

Flaco de cuerpo y flaco de espíritu, como realmente fué Carlos II, su papel en la Historia no hubiera sido tan desdichado, hallándose al frente de otra nación, de otra raza. Las virtudes viriles de ésta hubieran compensado las deficiencias físicas é intelectuales de aquel rey. Pero es preciso confesar que en la sociedad que él gobernaba, lo único honrado que existía era su propia personalidad. Desde que, con los infaustos matrimonios de España y Francia, en el seno de esta monarquía, á la sazón tan poderosa, comenzaron á formarse los dos partidos, austriaco y francés, que con distintos nombres subsisten todavía, á pesar de los tres siglos largos transcurridos, dejó de existir esa unidad espiritual nacional que cuando menos vale tanto como la unidad nacional territorial ó política. Este disentimiento fundamental del espíritu nacional había llegado en los últimos años del reinado de Carlos II al mayor extremo de su infecunda energía. Todos conocían ya que el país se había dejado incautamente coger en las redes que astuta le había tendido la nación de María de Médicis, de Luis XIII, de Luis XIV, de Richelieu y de Mazzarino, y que, tanto los que seguían en sus inclinaciones, en sus simpatías ó en sus compromisos contraídos el partido cuyas influencias se recibían de París, cuanto los que, creyéndose partidarios de la tradición, en sus aficiones al nombre austriaco, miraban como una esperanza de resurrección al lado de Viena y Roma, no eran más que tristes cautivos de intereses extraños, en cuya contienda ninguna salvación había para España, fuera cual fuese de las dos la bandera que triunfara. La suprema aspiración y la suprema esperanza para todos, más por instinto que por madura reflexión,

fué entonces un sucesor legítimo para el trono en la descendencia directa del tálamo de aquel rey, y á María Luisa de Orleans se le dejó hacer y deshacer á su antojo en el Palacio real y en el gobierno soberano, mientras inspiró esta esperanza, siendo breve la tregua de todos, porque esta esperanza pronto se desvaneció.

Cuando esta esperanza quedó perdida, ¡cómo se despertó contra aquella reina el espíritu de sus contrarios! Horroriza ver en los papeles del tiempo las sátiras abyectas, los desacatos deformes, las fábulas calumniosas. Una de las damas francesas que le acompañaron siempre en Madrid desde que vino de Francia, fué apellidada en las plazas del vulgo la *Cantina*, del nombre de su marido Mr. Cantín. La *Cantina* tuvo que despedirse de España para evitar algún atropello irreprimible de la plebe, cuando los del partido austriaco hicieron cundir en las plazas de la murmuración, que esta mujer preparaba un parto fraudulento de la reina para dar un sucesor al trono. Los historiadores extranjeros, que nos han dado escrita á su gusto nuestra propia historia, que nosotros—¡qué vergüenza!—hemos aceptado, nos han querido hacer la apoteosis de esta reina, diciendo que había sido el ídolo de la nación. Para la nación que Carlos II gobernaba, desventuradamente, no había ídolos; y desde su llegada á España, en medio de la fiestas nupciales, la musa satírica, que en resumen no es más que la musa de la degradación de un país que á esta vil ramera de la historia le entrega sus sentimientos más elevados, sin títulos mayores de honor y respeto, para que los pisotee en aras de un ingenio ruin, desde luego comenzó á manosearla en aquel epigrama que decía:

Venid, bella flor de Lis;
de París, que es tierra extraña:
si parís, parís á España;
si no parís, á París.

Esta rastra alevosa del ingenio prostituído, hasta la muerte siguió á aquella reina desventurada. Por eso, cuando en

1689 ocurrió su fallecimiento, ni celebrado ni sentido por la generalidad de las gentes, la musa inmunda, si no en pasquines, en los corros de la murmuración, hizo circular aquel otro:

Murió la reina: *Requiescat*
In pace: le canta el clero;
Amén: así dicen todos;
¡Jesús!—¡á qué lindo tiempo!

Del segundo matrimonio, que el mismo año de la muerte de su primera mujer, la reina madre Doña Mariana de Austria y el Consejo de Estado en pleno aconsejaron contraer al rey con la princesa bávara Doña María Ana de Neoburgo, hermana de las, á la sazón, reina de Portugal y emperatriz de Alemania, no se ha tenido en nuestra historia más noticias ni juicios que los que han querido darnos sus rivales perpetuos, los historiadores franceses, cuyas versiones interesadas hemos aceptado por nuestras, sin juicio y sin discernimiento. Aunque á su llegada quedó en expectación el partido francés, hasta ver si hacía fecundo el lecho conyugal, cuando esta esperanza empezó á desanimarse comenzó él también á dirigir contra ella sus dardos envenenados. La tradición que de esta augusta dama nos ha conservado ese espíritu francés inmiscuído siempre, y mucho más desde aquel tiempo, en todas las cosas de España, nos la describe de un carácter irascible y altanero, que no dejaba vivir en reposo ni al rey ni á sus ministros: rodeada de su camarilla alemana, como la reina anterior de la francesa, y reina y camarilla tentadas de una codicia insaciable de honores y de riquezas. Pero, andando el tiempo, estas censuras de desocupados y maldicientes vulgares, se atrevió á más. A la reina María Luisa de Orleans se le había supuesto la intención de figurar un parto para dar sucesor al trono con la ayuda y las supercherías de la dama francesa *la Cantina*; á la reina Doña María Ana de Neoburgo le inventó el partido francés, que la impotencia física del rey era causada de un maleficio que la reina le había hecho dar, y todos los partidarios de aquella

causa extranjera, desde el confesor de S. M. hasta el Inquisidor general, entraron en el concierto de obligar al rey á purgarse de él, haciendo salir de su cuerpo al demonio que de él se había apoderado, mediante ciertos exorcismos á que había que sujetarlo.

Para estas operaciones había absoluta necesidad de dos cosas: la primera, de imbuir al rey la idea de la existencia de este maleficio y de la necesidad de liberarle de él, manteniendo sobre ello con la reina el más inviolable secreto; y en segundo lugar, poner todos los medios para que la augusta señora y las personas que más la rodeaban no tuvieran la menor noticia de esta operación. No inspirando confianza en que para ellas pudiera prestar su complicidad el P. Fray Pedro Matilla, confesor del rey, que había adquirido bastante influjo para crear título de Castilla y gobernador del Consejo de Hacienda é Indias al conde de Adanero, D. Pedro Núñez de Prado, hijo de un simple procurador de Valladolid, para reformar los salarios de los ministros y para introducirse en la estimación de la reina, y que cuando el conde de Oropesa, presidente de Castilla, quiso proponerle para una mitra, pudo con desenfado contestarle que más quería hacer obispos que serlo él; se levantaron, como era costumbre, contra su nombre y sus actos las fábulas del desconcepto público; la Musa anónima de la insubordinación civil limó sarcásticas composiciones; se interesó la fácil disposición del cardenal Portocarrero, arzobispo de Toledo y jefe del partido francés, en la necesidad de inclinar al rey á separarle de su persona, y aprovechando la crítica circunstancia de haber caído Carlos II en una grave enfermedad que le puso en inminente riesgo de la vida, después de la celebración de una conferencia secreta en la residencia del prelado, á las altas horas de una noche con el conde de Monterrey, el marqués de Leganés, D. Sebastián de Cotes, D. Francisco Ronquillo y D. Juan Antonio de Urraca, el más íntimo consejero del cardenal, en la que, acusando á la reina de ser el origen de todas las calamidades públicas, quedó propuesto y acordado que

Portocarrero, con su gran autoridad, se llegase al rey á pedirle la caída del almirante de Castilla, que, aunque no declarado valido, se le tenía por tal, y la mudanza de confesor, que era quien sostenía al almirante en su puesto y á la reina en su influencia. En esta misma reunión se trató también de la persona que había de sustituir al P. Matilla, y aunque Montrerey expresó que no conocía quien pudiera ocupar tal puesto en la condición que se deseaba, y Leganés arguyó que él no conocía más que soldados, y á Ronquillo le pareciera bien el P. Fray Francisco de Posadas, que residía en Córdoba, Cotes dijo que la designación enteramente incumbía al cardenal, y éste propuso á cierto Fray Froilán Díaz, catedrático de prima de la Universidad de Alcalá, que entonces fué presentado como el sumo en saber, virtud, sagacidad y prudencia.

Aceptado el candidato, los hermanos Ronquillo, D. Antonio y D. Francisco, se encargaron de traerle en coche á Madrid, mientras en la real estancia el cardenal le hacía la cama en los oídos del rey. Llegó á la tarde siguiente, «al tiempo, dice un manuscrito de la época, que el Rey estaba desde su lecho oyendo los violines que en la pieza inmediata á su cuarto tocaban los músicos para divertirle. Asistía por casualidad entonces el P. Matilla, y habiendo entrado el Dr. Parra, médico de Cámara, se arrimaron los dos á una contraventana y se pusieron á hablar, porque eran muy amigos y contemporáneos en Salamanca. En esto, intempestivamente, atravesó por la pieza el conde de Benavente, llevando á su lado al maestro Fray Froilán, y sin detenerse entraron los dos en la cámara del rey. Alteróse Matilla al ver al catedrático de su religión de la Universidad de Alcalá entrar en la cámara y conducido por el Sumiller de Corps, todo tan sin esperar, y volviéndose al doctor Parra, le dijo:—*Adiós, amigo mío: que esto empieza por donde había de acabar.*—Y sin aguardar respuesta, se salió del cuarto del rey y de palacio, y fuése á retirar al convento del Rosario.» Aquella misma tarde, Fray Froilán tomaba posesión del confesonario de Carlos II, y ni la reina, ni el almi-

rante, ni los íntimos del almirante, que eran el P. capuchino Fray Gabriel de la Chiesa, confesor de la reina, el conde de Adanero, el de Clavijo, el marqués de Celada, D. Isidro Camargo, el jesuíta P. Casnadi y el comisario general de San Francisco, Fray Antonio Folch de Cardona, hijo del almirante de Aragón, marqués de Guadalest, hicieran siquiera el menor acto exterior ni de disgusto ni de extrañeza.

Mas desde que el P. Froilán tomó posesión de su cargo, y se instaló en la celda del vicario del convento de Santo Domingo el Real, comenzaron, primero las agitaciones plebeyas, que en medio del motín popular, causaron la salida de Madrid del almirante de Castilla y del conde de Oropesa; luego se hicieron varios cambios en puestos importantes, y en la Suprema Inquisición se sintieron las mismas inquietudes por los temores que á algunos inspiró el nuevo consejero. «Hallábase el rey Carlos II, dice el manuscrito contemporáneo á que se ha hecho referencia, gravemente accidentado de algunos años á aquella parte; padecía con frecuencia unos temblores que los físicos de entonces llamaban movimientos convulsivos, y *epilépticos* en la nomenclatura científica moderna. Solían repetírseles cada tercer día, después de comer, y algunas veces después de tomado el sueño: sentía con esto interior desfallecimiento, que le causaba, ya congojas, ya desmayos; y aunque los médicos hicieron cuanto su ciencia les aconsejaba para dominar este mal, habían sido hasta allí inútiles todas sus diligencias. El peso del mal le había hecho envejecer prematuramente: de modo que en la lozanía de la edad viril en que se encontraba, parecía un anciano de setenta años. También se habían acabado sus fuerzas, así físicas como de la voluntad, y aunque los que le observaban de cerca reconocían en él claro entendimiento para discernir bien las cosas buenas y las malas, las justas y las injustas, su postración era tal, que en sus actos aparecía una casi contradicción entre lo que su entendimiento percibía y sus obras ejecutaban. De esta contradicción principalmente fué de la que surgió entre los teólogos de la servidumbre la idea

del maleficio. El primero que quiso sujetarle secretamente á las diligencias de la Inquisición fué el Inquisidor general don Diego Sarmiento de Valladares. Reaccionó, sin embargo, en él esta idea, presentándose á su vista el escándalo de la cristianidad y los peligros á que arrojaba hasta al cuerpo político de la nación, y desistió de sus ideas, que no fueron tan íntimas y tan secretas que no comenzaran ya á abrirse paso en las más altas clases de la opinión. Pero ensanchándose siempre la esfera de esta aprehensión, llegó un día, en Enero de 1698, en que la idea del maleficio de que el rey estaba poseído llegase hasta él mismo; y tímido con sus propios escrúpulos, llamó entonces á su presencia al Inquisidor general, que ya lo era D. Fray Tomás de Rocaberti, dominico, y de la casa señorial catalana de los condes de Peralada, que antes había sido general de toda su Orden, á causa del magisterio de justicia que en ella había desempeñado, y de cuya vida austera se decía «que nunca vistió lienzo, ni seda, ni comió otros manjares que hierbas y pescados, siendo su cama más bien potro de tormento que lecho para el descanso.» Aunque Rocaberti no era profundo en letras, lo era en claro raciocinio y sana intención. Maravillado de las aprehensiones del rey, comunicólas lealmente y con lástima con el confesor, y los dos tomaron el empeño de aplicarse enteramente á la salud del Monarca, cuya vida importaba tanto y de quien se hallaban sumamente favorecidos. ¡La salud del monarca! Más de dos siglos han corrido después, y la ciencia aún no ha topado con el específico supremo que cure los grandes males del sistema nervioso. ¡Cómo por los recursos de la fe curar al infeliz *epiléptico* del trono!

Dice el papel de la época que guarda el interesante proceso de todos estos sucesos con más visos de verdad que los que hasta aquí se han publicado, que por aquel tiempo llegó á Madrid otro religioso dominico, llamado Fray Juan Rodríguez, que había sido condiscípulo del confesor en las aulas de la juventud, y de su casual encuentro surgió esa conversación de

noticias recíprocas de la suerte respectiva que casi siempre surge entre los que, habiendo sido muy amigos, se han hallado mucho tiempo sin comunicarse. Fray Juan refirió al confesor el curso vario de su vida hasta dar de capellán en un convento de monjas dominicas recoletas que con la advocación de la Encarnación, tenía fundado en el valle de Cangas el Ilmo. señor D. Miguel Queipo de Llano, obispo que había sido primero de Pamplona y de Jaén luego; y como Fray Froilán se lamentase que hombre de tanta inteligencia y prendas se hubiese reducido á tan exigua suerte, con el asombro que es de inferir oyó replicarle:—*«No lo creas; el demonio me tiene pronosticado que Dios me guarda para grandes cosas.—¡Jesús mil veces!—*respondió santiguándose el confesor;—*pues qué ¿hablas tú con el diablo?—*Y Fray Juan le contestó:—*Si, cuando es menester: porque has de saber que en el convento de Cangas tenemos la desgracia de que dos ó tres religiosas se hallan espirtuadas, y yo padezco mucho conjurándolas, y en varias ocasiones el demonio ha dicho á éstas lo que acabo de decirte.»*

No sabía Fray Froilán que hacer después de esta confesión, y corrió á comunicarla con el Inquisidor general. Valióse éste del obispo de Oviedo, Fray Tomás Reluz, para procurarse informes del vicario de Cangas, y de estos informes resultó que Fray Juan Rodríguez era en todo el valle reputado por hombre completamente de bien, buen religioso y de tal secreto, que si el Inquisidor tuviera que confiarle la misión más reservada, nadie en el mundo se penetraría de ella. ¿Qué sucedió entre el Inquisidor general, el confesor del rey y el capellán de las dominicas de la Encarnación de Cangas? Todos entraron en una misma complicidad: todos creyeron que las revelaciones del demonio á aquellas religiosas espirtuadas que con él tenían familiaridad y acceso podían imponerles de la verdadera causa de los males del rey y de la persona que le dió los maleficios, si eran maleficios los que le aquejaban, constituyéndole en la impotencia moral y física que le anulaba para las arduas funciones de la vida, y lo que es mas, del remedio para la curación. Conoz-

co la correspondencia original entre Rocaberti y Froilán Díaz y el capellán de Cangas. Si era sincera su credulidad, hay que convenir en la absoluta incapacidad de todos ellos; si era una ficción conocida para un fin determinado político, todos incurrieron en lo misma vergonzosa criminalidad. La primera carta de ésta la escribió Fray Juan Rodríguez al mismo Inquisidor general, el 18 de Junio del año referido de 1698. En ella le ordenaba que pusiera los nombres del rey Carlos II y de la reina Doña María Ana de Neoburgo escritos en una cedula y llevándola una de aquellas religiosas en el pecho y conjurado el demonio, se le habia de preguntar si alguna de aquellas dos personas padecía *maleficio*. Fray Juan Rodríguez la recibió de manos del vicario de Cangas, D. Tomás Cambero y Figueroa, á quien, para mayor seguridad, el Inquisidor la había enviado, y por el mismo conducto contestó Fray Juan que, usando de los conjuros, y puestas las manos sobre la energúmena *sobre un ara*, juró el demonio á Dios y á la verdad, que el rey estaba *hechizado*.

Da vergüenza seguir paso á paso esta larga correspondencia, con la que personas de la más alta suposición, puesto que la clave de todo este manejo se hallaba en manos del cardenal Portocarrero, tenían embaucado al rey, en ridículo la majestad del poder que en él se representaba y todos los intereses de la nación sirviendo de interesado juguete de ventajas comunes ó de venganzas ruines, entre el partido ambicioso que de esta manera sostenía su rivalidad con el de la reina, haciendo más profundas las llagas, no del monarca, sino de la nación en la boca del abismo. Los que hemos sido actores ó meros testigos en tantos procedimientos semejantes, aunque amoldados, como es natural, á los usos de las modernas circunstancias, entre los que, disputándose los para repartirse los despojos de la patria, han dejado en medio del altar del sacrificio, no sólo á la corona, sino á la patria misma, no tenemos derecho á formar críticas despreciativas sobre aquellos tiempos y sobre aquellos monarcas, puestos en caricatura perpetua ante la

Historia. No eran ellos los responsables; sino la condición incorregible y siempre la misma de la raza como se ha dicho antes.

Como á pesar de esto, la presión sobre el ánimo del rey no acababa de dar todos sus efectos, los cuales eran la anulación entera de la reina por su inmixción en los negocios públicos, se fingían cartas, que se decía llegadas hasta de Roma y Viena, en las que se afirmaba que energúmenos de una y otra parte que habían sido exorcisados habían despuesto que el *rey Carlos II de España tenía maleficios*. Se hizo venir de Alemania misma un fraile capuchino, Fray Mauro de Tenda, por ser inteligente y práctico en materias de lanzar demonios, para que, muy en secreto practicase sus conjuros con el rey. Y como todavía se le hallase remiso, se fraguó otra intriga, que se desarrolló del modo siguiente:

En uno de los días de Septiembre de 1699, entró en Palacio una mujer, sin que nadie le obstruyese el paso, y atravesando el cuerpo de guardia, llegó á la antecámara real pidiendo audiencia. El ruido que entonces hicieron los que allí se hallaban, aparentando querer contenerla, llegó hasta donde estaba el monarca, que mandó en seguida á informarse de lo que aquéllo era. Cuando se le dió cuenta al rey, mandó éste que se le diera paso, y al encontrarse la mujer echadiza y preparada en la real presencia, prorrumpió en gritos frenéticos y en insultos irreverentes, con furia tal, que Carlos II, creyéndola endemoniada, sacó un *Lignum Crucis*, poniéndoselo delante para conjurarla. Acudieron los señores que estaban fuera, y sacáronla por fuerza hasta ponerla en los corredores, en tanto que el rey dió á José del Olmo, el maestro de las obras de Palacio, orden para que, sin perderla de vista, la siguiera y le dijese la casa en que vivía, con qué gentes moraba, cuál era su vida y todo cuanto fuese digno de observarse. Temieron todos de la discreción del rey; mas pasado el primer momento del recelo de que todo se descubriera, y habiéndose sabido que Fray Mauro de Tenda había recibido orden de pasar á explorar bien aque-

lla endemoniada, se fabricó otro embrollo, constituido por un diálogo entre el fraile y la energúmena, en el acto de exorcisarla. En este informe ó acta que se llevó al rey, se decía:— «Preguntó Fray Mauro al demonio: *¿Quién malefició al rey?*— Respondió el demonio:— *Una mujer bella.*— Fray Mauro: *¿Es la reina?*— El demonio: *Sí.*— Fray Mauro: *¿Quién le hizo el maleficio á la reina?*— El demonio: *D. Juan Paliano.*— Fray Mauro: *¿De qué nación es?*— El demonio: *De los allegados de la reina.*— Fray Mauro: *¿En qué se le dió el maleficio al rey?*— El demonio: *En un polvo de tabaco.*— Fray Mauro le dirigió otras muchas preguntas como las anteriores, á las que el demonio contestó denigrando á la reina Doña María Ana de Neoburgo y al Almirante de Castilla D. Juan Tomás Enriquez de Cabrera, y á todas las personas que se consideraban como el foco del partido austriaco.

Como es natural, no pudieron pasar tantas cosas, aunque llevadas por el mayor secreto, sin que al cabo la reina se apercibiera de ellas. Deshecha en lágrimas, pidió al rey el desempeño de su real decoro. Contra Portocarrero, por su dignidad, nadie se atrevía; pero sí contra el Inquisidor general Rocaberti, contra el confesor del rey Fray Froilán y con todos sus demás cómplices de viso. Perplejo el rey, no sabía á qué partido inclinarse: la reina quería en la Inquisición un hombre de perfecta equidad, como lo era el Comisario general de San Francisco, Fray Antonio Folch de Cardona; pero los del bando contrario, que seguían ejerciendo presión é influencia en el ánimo del rey, lo inclinaban hacia el cardenal D. Alonso Aguilar y Córdova, hijo de los marqueses de Priego. Al cabo triunfó éste, y Fray Froilán se apresuró á instruirle bien de cuanto había pasado con las energúmenas de Cangas, lo que había ejecutado con el rey Fray Mauro de Tenda, venido expresamente de Alemania para exorcisarle, el lance de la mujer que penetró en Palacio y los conjuros de Tenda en casa del maestro mayor José del Olmo. Proponíase el cardenal proseguir la obra de su antecesor; pero de súbito cayó enfermo, se le sangró, y la san-

gría, en vez de curarle, le apresuró la muerte. En su sustitución fué nombrado Inquisidor general el obispo de Segovia, D. Baltasar de Mendoza, y cuando se impuso de todo, se prometió acabar con todo aquel repugnante artificio, y que la Inquisición interviniese directa y desenmascaradamente en él, para llevar á sus procesos, á sus cárceles y á sus castigos á los autores y sostenedores de tantas imposturas, con detrimento de la fe y daño irreparable del trono y de España.

El primer procesado fué Fray Mauro de Tenda. Se le imputaba otro delito; mas en las declaraciones que se le tomaron confesó todo lo de los hechizos del rey, y habiendo dicho la parte que el confesor Fray Froilán Díaz había tomado en ellos, el obispo inquisidor llevó al Consejo el decreto para el procesamiento, que los consejeros de la Suprema habían de rubricar. Antes de esto dió orden á Fray Froilán para que se abstuviera de concurrir al Consejo, y este fué el aviso que puso sobre la brecha hasta en defensa propia á los demás consejeros, que temían verse incursos en la misma responsabilidad. Inmediatamente, el obispo pidió audiencia al rey, y representándole de viva voz que Fray Froilán estaba testificado en el Santo Oficio *en materia contra la santa fe católica*, mas que el Santo Tribunal no podía proceder en su causa, por hallarse con la gran dignidad de confesor de S. M., el rey se suspendió al oírle, y después repuso:—*¿Estáis cierto, Padre, y lo está el Consejo de la Inquisición, de que eso que decís es verdad y no falso testimonio?*—Respondió el inquisidor:—*Bien se ha mirado.*—Y el rey repuso:—*Pues haced justicia, y mirad por la causa de Dios, nuestro Señor: que yo le despediré luego.*—Y el mismo día, el P. Froilán quedó exonerado. El Inquisidor general á la vez le dió orden de presentarse, en el término de diez días, en su convento de San Pablo de Valladolid, pero el confesor exonerado, viendo venir sobre él la tormenta, en lugar de obedecerle, salió de Madrid con dirección á Valverde, y desde este punto tomó el camino y se refugió en Roma. El obispo Inquisidor no se aturdió por nada; escribió al duque de Uceda,

nuestro embajador cerca de la Santa Sede, para que al instante le hiciera arrestar, y lo devolviese á España, advirtiendo á la vez á las Inquisiciones de Barcelona y Murcia, para que, en cuanto tuvieran noticia de su desembarco, se asegurasen bien de su persona y le pusiesen en sus cárceles secretas.

Cuando el atestado de sus declaraciones vino al Consejo de la Suprema, y el Secretario Cantolla dió cuenta de él, todos los amigos del antiguo confesor del rey se atrevieron á protestar; pero el Inquisidor general era hombre de temple, y después de nombrar una junta de cinco teólogos para que las examinaran, y de la que formaban parte el cura de San Andrés, Reyes, el de San Pedro, Ferreras, el historiador, el general de San Benito, el abad de Monserrat, y el P. Muñoz, franciscano, comisario general de Jerusalem, como varios de los consejeros tratasen de impedir aun el proceso, el obispo Inquisidor tomó sus medidas con tal celeridad, que, habiéndose terminado aquel Consejo á las diez de la mañana, á las once se hallaban repartidos cuatro decretos, tres para los consejeros D. Antonio Zambrana, D. Juan Bautista Arecamendi y D. Juan Miguélez Mendaña, mandándoles prender en sus casas, y el cuarto para el Inquisidor de Corte, dándole orden de que pusiese en cárcel de familiares al mismo Secretario, D. Domingo de Cantolla.

Tardías fueron estas medidas, que de haberse tomado dos años antes, ni se hubiera adelantado con tantos padecimientos la muerte del buen Carlos II, ni su memoria hubiera quedado á la posteridad por ludibrio de su flaqueza. El rey murió; el partido francés quedó triunfante desde que en su testamento Carlos II de Austria nombró su heredero en el trono al hijo del Delfín de Francia. Pero ninguno de aquellos consejeros, con tanto valor depuestos y castigados, volvió á sus perdidos honores, y el fraile embaucador, que desde el confesionario del rey se entretenía vilmente en extremarle los largos dolores de su vida y la triste condición de su nativa é incurable enfermedad—¡pobre epiléptico!,—si no tuvo que sufrir to-

da la gravedad de los castigos que merecía, por cuatro años tuvo que soportar las inclemencias de una prisión, desde la que perpetuamente tenía que ver la incertidumbre abrumadora de su suerte, hasta que el 17 de Noviembre de 1704, á instancias del rey Felipe V, se pronunció la sentencia de absolución, que no le dió más ventajas que el bien de la libertad; porque, en vida y en muerte, para sus contrarios y para la posteridad, su nombre quedó execrado para siempre con la maldición de España por única cifra de su tumba.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN Y GALLO,
De la Real Academia de la Historia.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—LITERATURA: Verdadera forma del poema escénico.—HISTORIA: El aire romántico.—CRÍTICA: Benefactores, naivamente.—Un aplauso á Rubén Darío.—COSTUMBRES: En qué piensan los jóvenes.—IMPRESIONES Y NOTAS: La oficina de Julia.—El sueño como método curativo.—Educación práctica de la mujer.—Los eugénicos.—La antipatía.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
DEL
ATENEU BARCELONES

LITERATURA

VERDADERA FORMA DEL POEMA ESCÉNICO.—Dice Alberto del Bois, en *La Revue Bleue*, que el hombre y gran número de animales superiores expresan los estados de su actividad intelectual de dos modos radicalmente distintos: por medio de gruñidos, ladridos, gritos ó palabras, manifiestan sus voluntades, definen sus sentimientos y transmiten sus opiniones; por medio de cantos (sean trinos del ruiseñor ó ladridos del perro á la luna), expresan sensaciones más vagas, sueños y aspiraciones que no requieren ser definidas y expresadas inmediatamente. El primer lenguaje es para los demás; el segundo, para sí mismos.

Cada categoría de operaciones intelectuales posee así un modo propio de expresión, y la literatura lleva la huella de este doble instinto universal y original en la división de las formas del discurso, en verso y prosa, ó, mejor dicho, en lengua rimada y no rimada. Esta última es la lengua de la voluntad y de

la razón; sirve para explicar y definir, para manifestar un deseo, narrar una aventura, consignar un hecho. La lengua rimada es la del sentimiento. La lengua no rimada es esencialmente objetiva, y está hecha para hablar á otras almas; la rimada es subjetiva, y la habla uno para sí.

Tenemos que vivir y pensar para los demás, como debemos vivir y pensar para nosotros; en el primer caso, lo que deseamos, sobre todo, es ser claros, precisos, exactos; en el segundo, lo que deseamos es ser armoniosos, elegantes, bellos.

La tendencia á rimar la expresión de ciertos sentimientos, es tan natural, que el carácter de cada pueblo se encuentra en su prosodia tanto como en su lengua.

«El español, jactancioso, estrepitoso, charlatán (1), gusta de trompetear sus sueños en versos octosílabos, de rimas repetidas y múltiples. El italiano ha construído sus grandes poemas con estrofas más amplias, pero donde brilla la sonoridad de triples rimas. El galo más discreto (2) prefiere la rima simple, que parece todavía demasiado pomposa al inglés y al germano.»

Puede afirmarse, por lo tanto, que el lenguaje no rimado y el lenguaje rimado son igualmente *naturales*, puesto que ambos sirven para expresar dos estados esenciales de nuestra actividad mental. Puede afirmarse que el verso—la forma más estricta del lenguaje rimado—es tan humano y tan vivo como la

(1) Tiene gracia que un francés nos caracterice á los españoles con esos tres adjetivos, que quizá tuvieron su valor en los siglos XVI y XVII, pero que, ni aun entonces, sirvieron para caracterizar al español, que peca más de detractor de lo propio que de alabancioso, más de serio y grave que de estrepitoso. Puede pasar lo de charlatán; pero, hasta en esto, llevan la palma los franceses.

(2) Basta que lo diga un galo, que no es *vantard*, como se ve. Por otra parte, no sabemos qué tiene que ver la discreción con las preferencias por las rimas simples, triples ó múltiples. Entre nuestro romance, el terceto italiano y el dístico alejandrino francés, ¿cuál es lo más sencillo y lo menos estrepitoso?

prosa. El poeta es, sencillamente, un hombre capaz de desdoblarse, de mirarse vivir, de escucharse soñar. Basta un poco de oído y de sentimiento de la armonía para hacer buenos versos (no buena poesía, que es cosa muy distinta). Alejandro Dumas, hijo, se hace eco de un prejuicio vulgar, al afirmar en uno de sus prefacios que el verso es una «lengua de lujo», que no conviene ya á nuestras costumbres, ni á nuestras pasiones ni á nuestros trajes.

Para algunos, el verso es un *tour de force*; la forma poética es una forma excepcional, un modo de expresión de fantasía; el verso no tiene la espontaneidad, ni la sinceridad, ni la naturalidad de la prosa; escribir en verso es hacer «obra de arte», es expresarse en la «lengua de los dioses», es prestar más fuerza á lo que se dice por medios ficticios, por juegos de luz que hacen relampaguear las facetas de las palabras. ¡Pues bien, no! No se debe escribir en verso, sino lo que se ha pensado y sentido antes en verso; el verso no es una lengua de arte; la palabra rimada, la forma poética es tan natural, tan espontánea como cualquiera otra. El hecho de arreglar ciertas palabras conforme á un ritmo que las hace más fáciles de cantar; el hecho de prestar á estas palabras color y fuerza por medio de repeticiones, alteraciones ó asonancias, es inseparable de la expresión de ciertos sentimientos.

La división de las formas del discurso en verso y prosa es, desde luego, incompleta y arbitraria; convendría sustituirla por la división en lenguaje rítmico y no rítmico; los *Mártires* y el *Genio del Cristianismo*, obras de sentimiento y de meditación, están escritas en una lengua rica y sonora, admirablemente rítmica; sería imposible cortar un sólo epíteto de una de esas frases sin desnaturalizar toda su armonía; el período se desarrolla sobre una cadencia variable que, no por estar cortada por la campanada de la rima, es menos estricta y menos plena. Cierto es que los artificios del verso, la rima y el número, constituyen el ritmo por excelencia, pero no son indispensables ni esenciales. Ni la cadencia, ni la rima, ni el nú-

mero, ni la cantidad, son cualidades que por sí solas distinguan el verso de la prosa; es el conjunto de todo ello lo que constituye el verso, el buen verso, siendo posible establecer entre la lengua no rítmica y el verso, toda una gradación armónica: la prosa propiamente dicha, la prosa poética, el verso blanco, el verso libre, el verso de rimas en asonancias cruzadas, el verso de rimas consonantes, el alejandrino cortado por cesuras irregulares y el alejandrino perfecto. Se pasaría de una á otra de esta forma de locución insensiblemente, y se podría, sin choque ni sacudida, pasar del lenguaje tranquilo y preciso de la fría razón, al lenguaje tumultuoso de la pasión, al lenguaje armonioso del ensueño.

Claro es que eso les sería imposible á ciertos escritores que se imaginan que la poesía debe hablar una lengua suya, preciosa, extravagante, torneada, torturada, erizada de epítetos, mechada con vocablos raros, amasada con inversiones ó párrasis; una lengua, en fin, que nadie ha hablado ni hablará. El verso debe expresarse con la misma claridad, sobriedad, sencillez, precisión y limpieza que la prosa; el verso debe ser semejante á la prosa, salvo en ese no sé qué de armonioso, de fuerte, de luminoso, de vehemente, de acariciador, de ligero, de alado, que lo sostiene, lo eleva, lo penetra. Jamás debe deslizarse en él una palabra por complacencia para con la rima ó el número; jamás, sobre todo si forma parte de un poema dramático, debe admitir un giro que no esté admitido en la conversación, sin que por eso haya de ser prosaico.

El poema escénico, tal como debe ser, tal como los grandes Primitivos lo comprendieron, es una ópera sin el ruidoso, brutal y salvaje acompañamiento de las trompetas y de los tambores; músicas sutiles deben seguir el desarrollo de la obra, subrayando los sentimientos, marcando sus etapas, estallando en las frases vehementes, ahogándose en un murmullo cuando la pasión disminuye de intensidad, y hasta callándose del todo para dejar hablar á la razón. Desde la prosa de lenguaje frío hasta la estrofa lírica más alada y brillante, el poema dramá-

tico puede y debe contenerlo todo, como puede y debe ser capaz de contener toda el alma humana.

No se escribe en verso por dar más fuerza á lo que se dice con artificios rítmicos, sino porque el ritmo es el acompañamiento necesario de ciertos estados de alma. El poeta no es un sér excepcional, como se cree; todo hombre que sueña y que siente, es un poeta; todo hombre que canturrea ó silba ó tararea una copla de café-concierto, hace exactamente lo que Sófocles al escribir coros de *Edipo-Rey*, y Shakespeare volando en alas de las tiradas del *Sueño de una noche de verano*; no hay entre ellos más que el abismo que separa á un imbécil de un hombre de genio, y quién sabe si este abismo se reduce á la distancia ínfima entre el hombre ejercitado en cantar sus sueños en palabras y el que se contenta con expresarlos en una copla ya hecha.

No todo es sueño y sentimiento en la vida, ni aun en la vida de un poeta, ni todos los personajes de un drama son poetas. Es tarea pueril y mezquina prestar el número y el ritmo á la expresión de sentimientos que la naturaleza no ha destinado á ser cantados. Los dramaturgos griegos y latinos se servían de un alejandrino fluido y flexible, que apenas difería de la prosa sino por la campanada del dactilo y el espondeo final, mucho menos violento que la expresión de la rima; cuando el sentimiento se exaltaba, las réplicas del diálogo se componían de versos aislados, y cuando el poeta quería expresar sentimientos provocados por el desarrollo de su creación, dejaba el ritmo alejandrino para servirse de otros más ligeros, más cantantes, generalmente reservados á los poemas líricos. Shakespeare también hace hablar sucesivamente á sus personajes la lengua de la razón y la del sueño: la prosa, el verso blanco, y cuando quiere marcar algún fin de escena impresionante, algún sentimiento vehemente, el verso rimado. ¿Por qué no dejar á la vida hablar ese doble lenguaje que ella habla en realidad? Esa sería la verdadera forma del poema escénico.

HISTORIA

EL AIRE ROMÁNTICO.—Conocido es el pasaje de Teófilo Gauties en *Ésta y Aquélla*: Rodolfo resolvió que la mujer á quien había de amar sería exclusivamente española ó italiana, siendo las inglesas, francesas y alemanas demasiado frías para dar un motivo de pasión poética; decretó que su futura querida sería verde como un limón, que tendría las cejas arqueadas del modo más feroz posible, los párpados orientales, la nariz hebraica, la boca delgada y arrogante y los cabellos haciendo juego con el color de la piel. También Musset, en *Mardoche*, dice que la habría elegido en Nápoles un poco tostada, con labios á la turca, y bajo un cuello de cisne, con seno virgen y dorado como una viña tierna. El Benedicto de *Valentina* no quiere dar su corazón sino á una mujer «morena, pálida, ardiente, española, móvil». Mariacher, en fin, declara que tiene horror á los rostros frescos y redondos, porque «el mar se estira y se arruga cuando hay tormenta».

Como estas condiciones faltan á la generalidad de las mujeres, había que buscar la manera de darse esos aires de *mujer perturbadora*, de *criatura fatal y condenada*, y así lo hicieron las admiradoras de los románticos, la duquesa de Ranzau, las señoras de Agoult, de la Bourdonnaye, de la Grange. La princesa de Belgiojoso era la nueva romántica, según Housaye, y para sobreexcitar su inteligencia, adquiriendo de paso palidez espectral, no vacilaba en emplear el veneno de moda, el *datura stramonium*, la daturina, la stramonina, la belladona, la atrofina, venenos que dilatan la pupila, dando á la mirada una fijeza extraña, profundidad y brillo; el consumo debió ser entonces espantoso, porque la princesa tuvo muchas imitadoras, y de 1830 á 1840 no se veían vagar por París, en salones, teatros y paseos, sino mujeres novelescas ó románticas con aire desesperado, reconocibles en su aspecto vaporoso, de ojos húmedos y buscadores, de cabellera abandonada. La pa-

sión de la poesía, del ideal y del amor, y la pasión sobre todo, como dice Luis Maigron, de estar á la moda pareciendo lívidas y espectrales, lo explicaba todo.

No faltaban, como es natural, burguesitas que imitaban á las grandes damas. Las *Musas* dan el tono y el dócil rebaño de las acarneradas criaturas se ponen al unísono en seguida. Una carta del irascible Lionnays, de lenguaje coloreado y brutal, nos da la prueba de ello: «He roto con Melania, dice; el brillante esplendor de su necedad había acabado por descorazonarme. Es decididamente la pava más paveante que haya paveado jamás en esta ciudad pavera. ¿Y sabéis á quién me ha dado casi en seguida por sucesor? A un mercader de electuario, á un vendedor de drogas, á un boticario. Así se podrá atracar de frascos de estramonina y de belladona. ¡Bastante me ha timpanizado por tener esos horrores que hacen los ojos grandes, como ella decía! Los suyos nunca lo eran bastante; aunque le hubieran comido toda la cara, siempre le hubieran parecido pequeños. ¡Como si bastase, cuerpo de Baco, tener los ojos grandes para ser romántica! También las vacas tienen los ojos grandes, y no conozco vacas románticas.»

Escribiendo, el 18 de Mayo de 1835, decía el mismo: «Durante algún tiempo he creído tener ictericia; pero, según mi médico, parece que tengo la vista normal, y que todo ese amarillo y ese verde que veo en los rostros de mis contemporáneos está realmente en sus rostros y no en mis ojos. Entonces creí en una invasión de chinas y japonesas, pero también me equivoqué; estos micos y estas cotorras son franceses, nacidos de padres franceses. ¡Cosa más extraña! El limón es agradable, pero me fastidiaría encontrar limón por todas partes. No detesto lo verde cuando lo veo en una hermosa pradera, y adoro el azul cuando brilla en la cúpula del cielo ó ilumina los ojos hermosos de una mujer; pero si esos dos colores se ponen en un rostro, entonces es harina de otro costal; tanto me daría pasar la vida en un anfiteatro de medicina ó entre los papuas, como en la sociedad de ciertas personas. ¡Qué trabajo os tomáis

para afearos, mujeres encantadoras, contemporáneas mías! Hacedos droguistas, oh jóvenes á quienes apura la elección de una carrera; ¡droguistas para mujeres románticas»!

No todo el mundo, sin embargo, tenía esa aversión desdeñosa por las mujeres de color: «¿Sabes por qué te amo, mi bello arcángel?—dice el pintor romántico Pablo B*** á los veintiocho años.—Porque eres bella, porque eres graciosa, porque tienes talento; pero sobre todo, porque hay en tu belleza, tan diferente de la ordinaria, no sé qué encanto de hechicería, un verdadero sortilegio, y porque junto á tí no puedo menos de sentir un suave escalofrío de inquietud. Ayer te miraba cuando estábamos los dos sentados durante el pálido crepúsculo: tus ojos tenían irradiaciones extrañas; de tus grandes pupilas, más sombrías que la noche, se deslizaban resplandores fosforescentes, y de la masa espesa de tus negros y pesados cabellos se desprendían vagas claridades... Yo no te veía, pero estaba seguro de que estabas pálida, palidísima, con palidez de espectro, con esa palidez inquietante que me hace estremecer, que adoro porque me hace estremecer y que hace parecer tus ojos tan bellos, tan grandes, tan profundos y completamente llenos de claridades infernales... Me preguntas frecuentemente cuando á tu lado me olvido en largos silencios: «¿Con qué soñáis, amigo mío?» «Es verdad, sueño, y tengo los sueños más locos: sueño que vienes de otro mundo, del que llevas en tí misma el inquietante enigma; sueño que tu palidez está formada de haber contemplado espectáculos que nuestros ojos no ven.»

Así hablan los artistas, pero los románticos ordinarios procuran imitarlos, y no hablan tampoco otro lenguaje. Así escribe Luis N. á Juan H. en 1836: «Al fin, me caso, querido Gustavo. Es muy burgués esto, pero ¡como me comprenderías si conocieses á Luciana! Tiene esa palidez ardiente que hemos visto siempre en sueños en la que debía devorarnos el corazón. Sobre su piel mate, la luz juega en reflejos violetas y verduzcos. Sus dientes relumbran como los de una joven tigre y sus ojos tienen un brillo extraño, un brillo que me da miedo. Sólo un

ángel ó un demonio pueden tener miradas de esas. ¡Oh, qué ojos! Son las puertas del cielo ó los respiraderos del infierno.»

No son menos curiosas las cartas de mujeres. Magdalena G. escribe la siguiente á una amiga suya: «Estoy furiosa, monina mía; furiosa, pero con furia de tigre ó de animal más furioso todavía si lo conoces. Por más que he suplicado, rogado, toda la semana última, hasta llorado, porque he llorado, no mucho, pero en fin, he derramado algunas lágrimas, León ha permanecido inflexible. Es una roca, es una barra de hierro, un monstruo, un monstruo, te digo. ¡Ah! Nunca apreciarás bastante la dicha de tener un marido tan amable, siempre dispuesto á satisfacer tus menores caprichos. Verdad es que tú eres tan adorable... ¿Y qué crees que pedía á mi verdugo? ¡Algo monstruoso acaso, exorbitante! ¿Un tiro como el de la señora V., de que tengo tanta gana? ¿Un viaje á Oriente? ¡Ay, monada mía, no soy tan difícil! ¡No me han acostumbrado á tantas atenciones!... ¡Un frasco, querida, no deseaba más que un simple frasco! Y el monstruo ha tenido corazón para negármelo.»

Sin realizar en su plenitud el ideal romántico, la fisonomía que da la tuberculosis se acerca á este ideal; esto bastó para asegurar vivas simpatías á las jóvenes tísicas. Un tutor escribía á una antigua amiga en 1834: «La Providencia es justa, y acaba de dispensarnos una grandísima alegría á mi pobre Camilita y á mí. Soy ya muy viejo, y mi gran cuidado era dejar acaso sola á esta querida niña, sin más protección que la de unas primitas indiferentes. Y he ahí que un joven ha venido á pedir su mano. ¡Camila tendrá marido! La pobre niña no hace más que llorar, reir y abrazarme todo el día. Hemos visto ya varias veces al pretendiente: está muy bien, tiene gran barba negra y larga cabellera; parece que es la moda hoy, y sobre todo parece un sólido mozo. ¡Tanto mejor, Dios mío, tanto mejor! Y que mi querida niña sea feliz. Ya comprenderéis que no le he disimulado que la salud de Camila es delicada; eso se ve en seguida ¡pobre chica! ¿Y sabéis lo que me ha

respondido? Que prefería eso; que tenía horror á las mejillas en globo y á las caras de tomate; que su ideal era un talle delgado, talle de castellana, y grandes ojos ampliamente abiertos en una cara larga y pálida. Camila tiene todo eso, y él está enamoradoísimo.»

Las ridiculeces que acabamos de analizar, dice Maigrón, han sido la chifladura de toda una generación, y el sexo fuerte las ha tenido tanto como el débil. Ante todo, era signo de distinción el talle fino; cuando se tenía naturalmente, se exageraba su finura, y cuando no se tenía, se hacían los imposibles por tenerlo ó parecerlo tener. «Puesto que me hacéis el honor de pedirme consejos—escribe un *maravilloso*,—os responderé con una palabra: todo el secreto, todo el *galbe* de un traje, está en la delgadez y en la estrechez de la cintura. Catequizado á vuestro sastre sobre esto, como á cada instante me veo yo obligado á catequizar al mío. Estos testarudos artesanos, esclavos de las tradiciones, y más rutinarios que su asquerosa Majestad la Rutina misma, parece que nunca comprenden; acordaos del chaleco rojo de Teófilo Gautier. Insistid, pues, ordenad, amenazad si es preciso: hombros anchos, faldillas amplias y flotantes, cintura estrangulada; esa es mi regla.» Algunos la practican con celo tan ciego, que se hacen ridículos. Un magistrado definía así á uno de estos exagerados: «Una manzana sobre dos calabazas, unidas por una cerilla.»

Esta esbeltez se obtenía y se sostenía, no por medio de ejercicios, como convendría á los hombres, sino á la moda de las mujeres, privándose de alimento. Cuando se queda en su casa Barbey d'Aurevilly, se regala con una comida al día, y cuando come fuera, si eso se llama comer, no toca ningún plato. Con este régimen no se hace uno con nervios de suero y con músculos de atleta; pero se adelgaza, se palidece y se convierte uno en digno compañero de las fantasmáticas criaturas del otro sexo. Otro medio, generalmente empleado, era atracarse de limones y de vinagre. Para ello se necesitaba cierta preparación: se empezaba tomando limón helado, regado

con jugo de limones, y se pasaba luego á tomar los limones solos, y de allí se iba al vinagre, que se tomaba en vasos de á medio cuartillo.

Más todavía que la palidez, se estimaba la lividez. Era de moda, dice Teófilo Gautier, estar pálido, lívido, verdoso, un poco cadavérico si era posible. Los que lo estaban naturalmente eran felices; los que no, no vacilaban en hacerse infelices por estarlo.

CRITICA

BENEFACTORES, NAIVAMENTE.—El diario madrileño *A B C* es el mejor presentado de todos los españoles, y uno de los mejor escritos y organizados, y el *Doctor Fausto* es uno de sus más competentes redactores. Por eso precisamente produce más extrañeza ver en ese diario, y por esa firma maltratado con relativa frecuencia, el castellano; y si la primera vez que tropezó la vista con la palabra *benefactor*, se sintió uno inclinado á pasarla por alto, como un desliz ó un descuido de los que suelen cometerse al correr de la pluma por toda clase de escritores, al encontrarnos una y otra vez con la misma palabra, como si se quisiera hacerla pasar por buena y corriente, no podemos menos de censurarla, por mucho que nos due la sacar á relucir esta falta en tan conocido escritor.

La palabra *benefactor* está bien formada, pues los dos términos que la constituyen, de origen latino, tienen en castellano frecuente empleo y nada hay que decir en este punto contra su formación. Pero es el caso que en castellano tenemos ya una palabra para traducir, lo que quiere expresarse con la de *benefactor*; y esa palabra, fruto de la evolución del habla popular, y por lo tanto genuinamente castellana y castiza, es la de *bienhechor*. Si tenemos ya *bienhechor* ¿para qué queremos *benefactor*, que dice exactamente lo mismo?

Si hubiera algún matiz, por leve que fuera, que diferenciase una palabra de otra, con gusto y hasta con gratitud admi-

tiríamos el nuevo *doublet*, pues con él se contribuiría á enriquecer la lengua, y tendríamos el término erudito *benefactor* al lado del popular *bienhechor*, como tenemos *capítulo* al lado de *cabildo*, *capital* al lado de *caudal* y *chantre* al lado de *cantor* y de *cantaor*; pero no habiendo ninguna diferencia, ni sintiéndose necesidad ninguna de marcar con nuevo término ningún matiz diferencial, no hay para qué aumentar nuestro vocabulario con un término completamente inútil.

Más grave todavía es un *naivamente* que se le ha escapado á *Danubio*, el redactor de cosas vienesas del popular diario. ¿De dónde ha salido ese terminacho, ó, por mejor decir, esa gabachada? Todavía, si el redactor *Danubio* estuviera á orillas del Sena, tendría más fácil explicación el desliz; pero á orillas del Danubio, no se explica sino suponiendo que, en lugar de inspirar el escritor sus informaciones en la lectura de diarios alemanes, se inspira en periódicos franceses y copia *naivamente* de *naivement* del modo más *naïf* posible.

*
* *

UN APLAUSO Á RUBÉN DARÍO.—No pueden ustedes imaginarse el placer que he sentido al tropezar con una poesía de Rubén Darío que mereciera mi aplauso. Me duele tanto tener que censurar á quienes gozan del aura popular y pasan ante la opinión por eminentes, que siento inefable gozo al leer alguna de sus producciones verdaderamente digna de ser aplaudida.

Tal sucede con el *Cuento á Margarita*, de Rubén Darío. No es ninguna cosa del otro mundo, y no deja de tener algún defectillo; pero es una composición graciosa, delicada y fina, versificada con naturalidad y soltura, y sin esas rimbombancias y altisonancias á que tan aficionado suele ser el poeta americano. Hela aquí, para que nuestros lectores puedan saborearla:

Margarita, está linda la mar,
y el viento
lleva esencia sutil de azahar;

yo siento
 en el alma una alondra cantar:
 tu acento.
 Margarita, te voy á contar
 un cuento:

Este es el prólogo. Como se ve, el metro elegido es muy adecuado al asunto por lo gracioso de su corte; los epítetos de que tan pródigo suele ser Ruben Darío, son aquí pocos y acertados, aunque quizá hubiera algo que decir del *linda* aplicado á la mar, sólo dispensable por la índole de la composición; pero no hemos de pararnos en tales minucias. He aquí ahora el cuento:

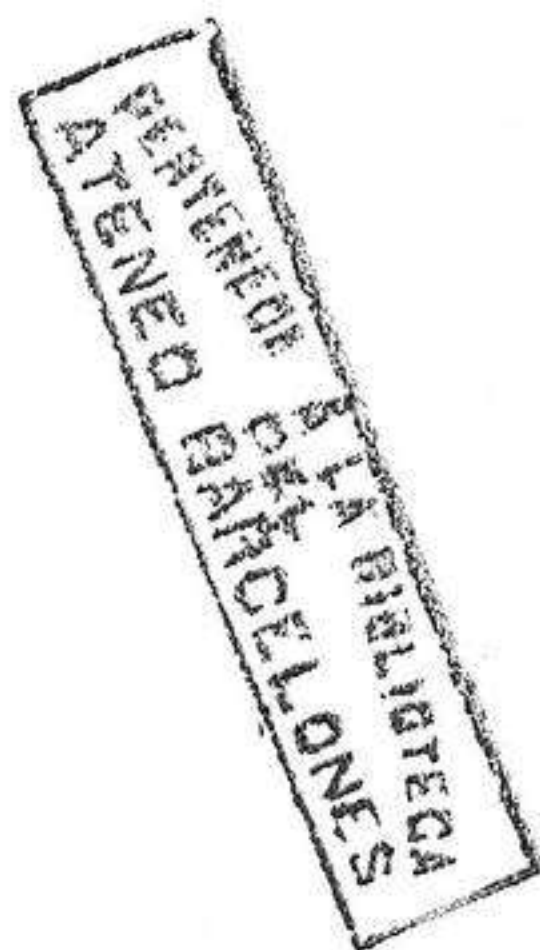
Este era un rey que tenía
 un palacio de diamantes
 una tienda hecha del día
 y un rebaño de elefantes,
 un quiosco de malaquita,
 un gran manto de tisú
 y una gentil princesita
 tan bonita,
 Margarita,
 tan bonita como tú.

Una tarde, la princesa
 vió una estrella aparecer;
 la princesa era traviesa,
 y la quiso ir á coger.

La quería para hacerla
 decorar un prendedor
 con un verso y una perla,
 y una pluma y una flor.

Las princesas primorosas
 se parecen mucho á ti;
 cortan lirios, cortan rosas,
 cortan astros. Son así.

Pues se fué la niña bella,
 bajo el cielo y sobre el mar,



á cortar la blanca estrella
que la hacía suspirar.

Y siguió camino arriba,
por la luna y más allá;
mas lo malo es que ella iba
sin permiso del papá.

Cuando estuvo ya de vuelta
de los parques del Señor,
se miraba toda envuelta
en un dulce resplandor.

Y el rey dijo: «¿Qué te has hecho?
Te he buscado y no te hallé;
y ¿qué tienes en el pecho,
que encendido se te ve?»

La princesa no mentía,
y así dijo la verdad:
«Fui á cortar la estrella mía
á la azul inmensidad.»

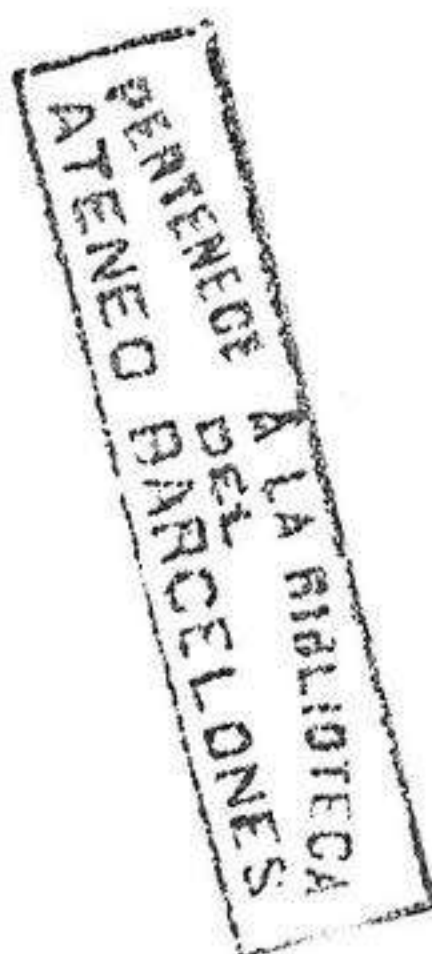
Y el rey clama: «¿No te he dicho
que el azul no hay que tocar?
¡Qué locura! ¡Qué capricho!
El Señor se va á enojar.»

Y dice ella: «No hubo intento;
yo me fui no sé por qué;
por las olas y en el viento,
fui á la estrella y la corté.»

Y el papá dice enojado:
«Un castigo has de tener;
vuelve al cielo, y lo robado
vas ahora á devolver.»

La princesa se entristece
por su dulce flor de luz,
cuando entonces aparece
sonriendo el buen Jesús.

Y así dice: «En mis campiñas
esa rosa le ofrecí;
son mis flores de las niñas
que al soñar piensan en mí.»



Viste el rey ropas brillantes,
y luego hace desfilas
cuatrocientos elefantes
á la orilla de la mar.

La princesita está bella,
pues ya tiene el prendedor,
en que lucen, con la estrella,
verso, perla, pluma y flor.

Margarita, está linda la mar,
y el viento
lleva esencia sutil de azahar:
tu aliento.

Ya que lejos de mí vas á estar,
guarda, niña, un gentil pensamiento
al que un día te quiso contar
un cuento.

Lo repetimos: no es ninguna cosa del otro mundo; pero al menos, es algo agradable para compensarnos de tantas otras poesías del mismo autor, que hemos tenido que censurar con hartosentimiento.

COSTUMBRES

EN QUÉ PIENSAN LOS JÓVENES.—Roberto de Beauplan, colaborador de *La Revue Hebdomadaire*, ha rogado á unos seiscientos profesores de segunda enseñanza, que propusieran á sus alumnos de segundo y tercero el siguiente tema de reflexión: «Entre los personajes históricos, ó las personalidades contemporáneas, ó las personas que conocéis, decid: ¿A quién preferiríais pareceros, y por qué?»

En las escuelas primarias de Bélgica se hizo, hace poco más de dos años, una información semejante, cuyos resultados revelaron que la mayor parte de los niños y hasta de las niñas,

deseaban, ante todo, ser el rey Leopoldo, «porque es rico, porque tiene un grande y hermoso palacio, porque tiene muy buenas comidas, porque puede dar largos paseos en un coche tirado por muchos caballos, etc.» La consulta de Beauplan, dirigida á adolescentes de trece á diez y seis años, tenía por objeto determinar, si no el ideal común de la juventud actual, al menos alguna de sus tendencias, contribuyendo así al estudio de la psicología experimental de la adolescencia.

Las abstenciones han sido numerosas, y los motivos de muchas de ellas no dejan de ser curiosos, pues los profesores temían incurrir en mala nota, porque algunos de sus alumnos colocaban su ideal en Napoleón ó Luis XIV, á pesar de las enseñanzas republicanas de sus libros y de sus maestros. A pesar de eso, las respuestas recogidas pasan de 1.600, de las cuales pueden eliminarse unas 200, cuyos autores se proponen un ideal tan perfecto y tan vago, que carece de interés. Desean tener todas las cualidades, sin ningún defecto: ser inteligentes, buenos, animosos, trabajadores. Hay quien aspira al genio, á fin de oír murmurar á su paso: «Ahí va Fulano, que acaba de descubrir la electricidad.» Algunos no dejan de ser originales: «Quisiera sufrir frecuentemente, porque el hombre que no sufre no merece el nombre de hombre», ó «Mi modelo sería una persona orgullosa, por aquello que dice Musset: «El orgullo es el pudor de las mujeres.»

Unas 150 respuestas materializan el ideal en un individuo determinado: compañero, pariente ó amigo de la familia. Muchos quieren parecerse á tal ó cual de sus compañeros, «que hace muy bien sus ejercicios, saldrá muy bien en los exámenes y triunfará en la vida», ideal corriente en los bancos del colegio; pero los hay que admiran á Juan, «que presta siempre su goma, sin enfadarse, á todos sus compañeros»; á Pedro, «porque es modesto y virgen»; á Luis, «á quien siempre se ha visto dejar su sitio, en el tranvía, á una señora»; á Alfredo que, «aunque vive sólo en Carpentras, jamás ha andado por caminos torcidos»; á Gastón, «porque me lleva siempre de paseo con él

y hablamos, sobre todo, de los sombreros de las señoras»; á Bernardo, «que ha salido brillantemente de sus dos bachilleratos, y es ambulante de correos en la línea de Cette á Tarascón», etc.

La belleza física no parece ejercer gran prestigio en estos jóvenes, y otro tanto pasa con la riqueza. Algunos, sin embargo, tienen la franqueza de confesarse: «Si yo viviese en los tiempos prehistóricos, dice uno, habría dicho: quiero ser un Hércules; bajo los romanos, un gran ciudadano: en el siglo xvii, un obispo; bajo el Imperio, un gran general, y en nuestros tiempos, un ricachón.»

Son pocos, un 2 por 100, los que colocan su ideal en el ejemplo paternal: el hijo del zapatero desea ser funcionario; el del contramaestre, ingeniero, etc. En cambio, los tíos ejercen una gran fascinación sobre sus sobrinos: éste, «porque está en la Guyana y ve presidiarios»; aquél, «porque lleva una vida deliciosa, oyendo un soberbio fonógrafo con discos que contienen todas las óperas conocidas», etc.

Después de los parientes, las personas más conocidas de los niños son sus profesores; por eso, en unas 60 respuestas, el ideal es el profesor, aunque la sinceridad de estas respuestas es dudosa. Los motivos de la preferencia son «porque está fuerte en Teología y también en Francés y Latín», «porque no se avergüenza de pasar por un solideo», «porque es propagandista del esperanto», «porque su libro ha sido premiado», «porque no se enfada cuando estamos veinte alrededor fastidiándole», etc.

Gran número de alumnos han confundido la elección de un tipo ideal con la de una carrera, habiendo 280 respuestas de esta categoría. La carrera militar obtiene 58 votos, 12 de ellos para la marina. Este amor á las armas nace á veces de una circunstancia cualquiera; la marcha de un primo para Marruecos, el encuentro de un veterano de Reichoffen, el recuerdo de un abuelo soldado del Gran Ejército; un alumno del colegio de Perpignan quiere ser oficial «para aniquilar á los huelguis-

tas del Mediodía, que acabarán por arruinar á Francia». Otro confiesa que la lectura de Fenimore Cooper le ha vuelto la cabeza, y por eso entrará en la Escuela Politécnica. El hijo de un comandante declara que quiere ser oficial, para tener galones y llevarlos con orgullo, probando que no los debe más que á su mérito. Otro dice: «Me gusta la milicia por las ventajas que proporciona: se monta á caballo y se lleva el uniforme que tiene siempre cierto prestigio.» Algunos lo quieren ser por patriotismo, etc.

La abogacía no tiene más que cuatro ó cinco adeptos. Las carreras científicas reclutan unos 30; los médicos cuentan con 37 admiradores: «Si algún desgraciado no puede pagar, no insiste, pero tampoco pierde, porque le hacen muy hermosos regalos»; un viejo doctor hizo impresión definitiva porque «cuando yo era pequeño me llevaba á su gabinete de consulta, donde me tocaba *Au clair de la lune* en una flauta, en la que yo también tenía derecho á soplar; hubiera querido parecerme á él para hacer sacar la lengua á mis compañeros y para recetar á la buena hermana de la escuela maternal una poción amarga, con ocho días de cama sin moverse.» La obra maestra del grupo es esta narracioncita: «Desde mi niñez se manifestó mi vocación. Me acuerdo que á los siete años fuí con mi madre á casa de un dentista. Mi corazón latía muy fuerte, pero el dentista apaciguó tan bien con sus exhortaciones mis inquietudes, que le entregué mi cabeza completamente tranquilo. No sentí ningún dolor, y salí encantado y entusiasmado, tanto á la vista del lujo que había encontrado en casa del dentista como á la vista de los instrumentos. En la calle dije á mi madre: «¡Mamá, tengo que ser dentista!»

El comercio obtiene unos 15 votos. La arquitectura es saludada como profesión de gran porvenir «porque tendrá que construir toda clase de estaciones aéreas para los aeroplanos». El notariado tiene sólo dos admiradores que dan como razón, el uno, que «ama el estudio», y el otro «la libertad que se goza, porque si un cliente no está contento, no tiene más que irse».

El funcionarismo cuenta con una decena de devotos, espíritus prácticos para quienes «nada es más agradable que una vida tranquila en que es uno libre de sus actos sin ser presa de los periodistas, como los soberanos que tienen que valerse de mil astucias para guardar su incógnito».

La agricultura, contra lo que debía esperarse, cuenta con más de cincuenta aficionados; unos la quieren como literatos, recordando á Teócrito y Virgilio, y otros, hijos de agricultores, encuentran sus encantos en los trabajos del campo, en los viajes á las ferias y en las correrías por los prados.

Las vocaciones literarias y artísticas, contra lo que podía esperarse en alumnos adolescentes, son tan escasas, que no pasan de seis los que sienten el aguijón de las musas; la Arqueología tiene cuatro prosélitos, todos del mismo colegio, y la Pintura sólo cuenta con dos; uno de ellos ha sentido esta afición por el trato de un amigo de su familia que «tiene mucho talento, ha obtenido una medalla, es de muy agradable compañía, y posee una mujer encantadora». El teatro sólo ha trastornado una cabeza; era un chico que había tenido la fortuna de trabajar de marquesa en el gran teatro de Semur.

Hay algunos para quienes el ideal es ser diputados; á uno de ellos le ha enseñado las ventajas de la profesión un tío suyo. «Desde hace tiempo—dice—quiero parecerme á mi tío, que es diputado; es una idea fija, mi único deseo; por de pronto, para ganar 15.000 francos al año y para hacerme con buenas relaciones. No trabaja uno nada y se puede pasar una existencia feliz; luego me podré aprovechar haciendo viajes por aquí y por allá gratis; además, va uno á las fiestas gratuitamente, y se come muy bien todos los días si se tiene buena salud, y cuando se llega á la vejez, se han hecho algunas economías.»

No faltan tampoco los que, en lugar de señalar su ideal en ésta ó la otra profesión, exponen sus teorías personales sobre el mundo y la vida. Tales son, en primer término, los pesimistas, que arrastran el grillete de esta sucia vida, como dice uno de ellos: «Quisiera ser un niño chiquitín, porque no

piensa, no sufre.» «¿A quién me querría parecer? A un hombre que veo en vacaciones en el campo; vive solo, sus vestidos son harapos, come lo que le dan de limosna, y, en fin, es pobre de espíritu, es un idiota; ese hombre no ha tenido que sufrir por la calumnia, por la hipocresía, por la cobardía, por la injusticia de los hombres. No tiene familia, pero los goces del hogar no existen más que en los libros; al verle pasar, se ríe uno; ¿qué hace? ¡Se ríe! No comprende nada, no tiene conciencia de nada, es feliz.»

Frente á estos pesimistas están los entusiastas, los reformadores de la sociedad; uno predica razón, igualdad, accesión á todos los empleos, etc.; otro dirige sus esfuerzos «hacia el estado internacional soñado, en que todos los hombres serán iguales y hermanos, y en que todos, poseedores de igual fortuna, darán el mismo coeficiente de trabajo». Otro no se pára en barras, y declara lo siguiente á los catorce años: «Trataré de modificar la sociedad y de hacer iguales á todos los hombres: acabaré con las bandas de jesuítas que infectan á Francia viviendo como parásitos; haré votar la ley completa de la separación de las Iglesias y el Estado, por la que se suprimirán las pensiones á los eclesiásticos, los donativos á la Iglesia de toda persona que tenga herederos, haciendo los cargos del Estado inaccesibles á los que han estudiado en establecimientos religiosos. Opondré al bautismo religioso el bautismo republicano, y crearé el libro *Educación republicana* para guiar, ilustrar y hacer ver la verdad á los padres de familia ignorantes. ¡Quitemos el rosario que los curas y las débiles madres ponen al cuello de los niños, y reemplacémoslo por la bombilla eléctrica!»

Los alumnos que se han atenido á los términos precisos de la consulta, indicando su ideal con un nombre, son unos 600. Hace cincuenta años la elección, en su mayoría, seguramente hubiera recaído en personajes de la antigüedad clásica; pero hoy los personajes clásicos no se llevan más que 34 votos, 10 de los cuales corresponden á Sócrates, gracias á Lamartine;

los demás elegidos son Orfeo, Epicuro, Arístides, Pericles, Demóstenes, Alejandro, Diógenes, Cincinato, Catón, Cicerón, César, Augusto, Virgilio y Horacio. En cuanto á los clásicos franceses, se han encontrado con 65 émulos, que reparten sus votos entre Villon, Montaigne, Ronsard, Malherbe, Descartes, Corneille, Molière, Racine, Boileau, Bossuet y Pascal. Las razones de la elección no dejan de ser curiosas; así, por ejemplo, Bossuet es preferido «porque creía en Dios y amaba mucho la religión», y Boileau «porque podía ir á casa de su sobrino á pescar con caña y á jugar al billar». Otro dice: «¿Me había yo de parecer á Corneille, á Boileau, á Racine y á tantos otros de esos escritores? ¡No, no! No son esas mis ideas; no estaría en mis gustos componer tan hermosas obras. Yo seré veterinario militar».

Entre los románticos, Víctor Hugo cosecha 36 votos, Lamartine 18, Chateaubriand 10, Musset 3, y Leconte de Lisle y Sully-Prudhomme 1. Hay un alumno que ha vacilado largo tiempo entre Hugo y Lamartine, y al fin se ha decidido por Sam Mac Vea, el boxeador, «porque, diréis lo queráis, pero es hermosa cosa dar un buen puñetazo».

A veces, los preferidos son los héroes ó personajes de las diversas obras, resultando de esta elección dos Horacios y tres Curiacios, un Cinna, un Atalo, un Severo, un Cleanto, un Filinto, tres Roldanes y quince Cides, inspirados por la lectura de obras clásicas; y un Robinsón, un Fígaro, un Artagnan, un capitán Fracasse, un Bienvenido Myriel, un Fritz Kobus, un Juan Oberlé, un Tom Jones, tres Silvestres Bonnard y cinco Ciranos. Entre los autores extraños á los programas de clase, Flaubert es el ideal de dos alumnos, Zola de tres, Loti de otros tres, Mistral de cinco, y Daudet, Tolstoi y Rostand de uno cada uno. Hay otro que no conoce literato que valga más que Pedro Mille, que es pariente suyo.

Los artistas tienen pocos prosélitos: hay dos Vinci, un Rembrandt, un Horacio Vernet, un Detaille, un Caran d'Ache, un Wagner y cuatro Beethoven.

Entre los reyes, el más popular sigue siendo Enrique IV, que sirve de modelo á doce alumnos, no mereciendo más que un voto Carlomagno, otro Francisco I y otro Luis XIV. Entre los ministros, L'Hospital tiene un admirador, tres Sully, cinco Richelieu y quince Colbert. La Revolución francesa, cosa sorprendente, no tiene más que cuatro entusiastas: uno por Mirabeau, otro por la señora Roland, otro por Dantón y otro por Barras; en cambio, la Revolución americana produce quince admiradores de Wáshington y diez de Franklin.

Los guerreros sacan mejor partido, pues hay dos alumnos que quisieran ser Vercingetorix, uno Ferré, dos Bayardos, dos La Tour d'Auverge, cuatro Turenos, un Kosciusko, un Montcalm, dos Juan Bart, dos Porcon du Babinais, un Sonis, un Faidherbe; hasta Juana de Arco ha servido de ideal á otro, «porque no ¿tiene todas las cualidades que harán de mí un niño, y más tarde un hombre?»

El mayor éxito lo obtiene Pasteur, con 156 votos, mientras que Napoleón sólo entusiasma á 42, Gambetta á 17 y Edison á 15; Berthelot tiene 13 admiradores, Curie 2 y Claudio Bernard 1.

No faltan tampoco admiradores á los sabios é inventores de otras épocas: así, tres jóvenes querrían parecerse á Gutenberg, dos á Galileo, cuatro á Bernardo Palissy, tres á Dionisio Papin y uno á Arago, Lagrange, Lavoisier y Davy. Los exploradores cuentan también con muchos partidarios, siendo los preferidos Cristóbal Colón, Livingstone, Stanley, Garnier, Swen, Hedin, el coronel Marchand, Nansen y Charcot, y, sobre todo, Braza, que cuenta con trece entusiastas. Entre estos exploradores en germen, los hay que se han trazado ya su programa: «Yo escalaré el Himalaya y me ejercitaré en traducir latín sobre las ruinas del Foro romano».

Prescindiendo de algunos caprichosos, como el que quisiera ser á la vez Confucio y Aureng Zeyr, «que mató á sus padres y siempre fué favorecido del cielo», el resto de las elecciones se reparte entre varias personalidades contemporáneas.

Cinco colegiales envidian al fundador del Louvre, Chauchard; otro se entusiasma con el látigo del jockey Stern, otro con el corredor á pie Saint-Ives, y algunos con los aviadores Wilbur Wright, Bleriot y Farman.

Los políticos tienen pocos partidarios. Hay un Lepine, dos Doumers, un Jaurés, un Combes, un Clemenceau y un Roosevelt, y eso es todo.

¿Podrían sacarse algunas conclusiones de esta información? Es difícil sacar alguna, como no fuera la relativa á la cultura que revelan las respuestas dadas y la orientación que señalan algunas de ellas, indicio del tenebroso porvenir que se prepara á la nueva generación.

IMPRESIONES y NOTAS

LA OFICINA DE JULIA.—El proyecto de comunicación entre el mundo de los vivos y el de los muertos, que el famoso director de la *Review of Reviews*, de Londres, Guillermo Stead, prometió llevar á cabo y abrir al público para el próximo Abril, poniéndolo á disposición de las personas que, habiendo sufrido la irreparable pérdida de un sér amado, quieran seguir en comunicación con él, se va desarrollando poco á poco y parece que la «Oficina de Julia», que es el nombre oficial que ha de llevar, será pronto un hecho, del que unos se reirán, probablemente, y que otros ensalzan como una de las grandes conquistas del presente siglo; pero que unos y otros tendrán que admitir como hecho indiscutible, á reserva de comentarlo y juzgarlo como tengan por conveniente. Parece lo natural que, para atender á los gastos de instalación y funcionamiento de la «Oficina de Julia», se cobrara una cantidad más ó menos crecida á los clientes que la utilizaren; pero el espíritu de Julia, que es la directora del centro de comunicaciones intermundiales, temiendo que el percibo de honorarios pudiera considerarse como una explotación, ha dispuesto que no se cobre ab-

solamente nada á la futura clientela, sino que los gastos se cubran con una dotación fija, que se obtendrá por suscripción de donativos voluntarios. Como estos gastos se calculan en 25.000 francos anuales, el Sr. Stead se ha ofrecido á cubrirlos en la parte á que no alcance la suscripción, estando así asegurado el éxito. Ahora aguardemos la apertura de la Oficina y las noticias que de ella vengan.

* *

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
DEL
ATENEU BARCELONES

EL SUEÑO COMO MÉTODO CURATIVO.—Teníamos la cura de agua, la cura de aire, la cura de luz, la cura de electricidad, la cura de montaña, la cura de hambre, y ahora tenemos la cura de sueño, es decir, el sueño empleado como medio terapéutico, según vemos en los *Documentos del Progreso*, en un artículo de Fernando Mazada.

La cura ha sido imaginada por el Dr. Enrique Lemesle, y se aplica á los enfermos atacados de ciertas neurosis, trastornos neurasténicos, ideas fijas, obsesiones, fobias, enfermedades de la voluntad y hasta con una cura bastante larga, alcohólicos y morfinómanos. Los sanatorios en que se aplica son verdaderos somnarios, en los que existen los elementos necesarios para los cuatro períodos que comprende la cura: lavado de la célula nerviosa, sedación por la luz coloreada, sedación por los perfumes y sueño prolongado.

El somnario modelo está situado en el poético país de Loches. Cada enfermo, á su entrada, sufre un interrogatorio psíquico, y es objeto de dos exámenes, uno relativo al análisis de la orina y otro á la presión sanguínea. Todas las salas de tratamiento están iluminadas con luz azul índigo; como transición á esta luz, eminentemente sedativa, y á la luz blanca ordinaria, los corredores y vestíbulos están alumbrados con luz verde, que soportan muy bien los enfermeros y criados, y bajo cuya influencia reposante, los enfermos que circulan por el somnario no pierden el beneficio de su estancia en plena luz

azul. Al fin de todo tratamiento, y antes de volver á la luz blanca, se prescribe la estancia en la luz verde.

Después del lavado de la célula nerviosa, de la sedación por la luz coloreada y de la osmotherapia ó sedación por los perfumes, es cuando los enfermos son dormidos, sosteniéndose sus sueños durante varios días y á veces durante varias semanas, sin más interrupciones que la de varios despertares periódicos, cuya duración varía de una á tres horas. Para producir el sueño, el Dr. Lemesle emplea varios medios, todos relacionados con la inhibición nerviosa, y por los que se proporciona á los órganos de los sentidos sensaciones homogéneas, uniformes y continuas, tales como los espejos rotativos, aparatos de masaje vibratorio, cascos de piedra brillante, metrónomos, etc.

*
* *

EDUCACIÓN PRÁCTICA DE LA MUJER.—Hay que servir para todo: este es el programa que traza la mujer moderna, en *Mode Illustrée*, Alina Raymond. Si queremos estar bien servidas—dice,—tenemos que saber todo lo que exigimos á nuestros criados. Como se tiene hoy la huelga del obrero, tendremos (en algunos sitios se ha tenido ya) la huelga de los criados. ¡Felices entonces las personas que puedan servirse á sí mismas y que no dependan de ellos! Hay, pues, que educar á nuestras hijas de modo que sepan de todo.

¿Cómo salir del apuro del lujo de las menores recepciones, de un brusco cambio de criado, si no se echa mano del servicio? El lujo de la ropa blanca va creciendo: bajo el traje sastre se lleva la blusa de fina batista con encajes; en casa la muselina vuelve á ocupar su puesto en las habitaciones de las jóvenes; pero ¿quién cuidará y planchará toda esta ropa, cuyo único encanto es la frescura irreprochable? Y aquí tenéis al ama de casa ó á su hija, obligadas á repasarse por sí mismas esos mil pecheros, blusas, cuellos, visillos, etc. No creáis perder vuestra dignidad si probáis una salsa ó manejáis la plancha. La mis-

ma hija del emperador de Alemania no desdeña ocuparse de estos trabajos, y se jacta graciosamente de ser una de las mejores amas de casa del mundo. *La Vraie Mode* aconseja á sus lectoras que se dediquen al planchado fino, realizando así una economía importante, superior á la ganancia que obtendrían dedicándose al *crochet*.

En Inglaterra, según *La Mode Nationale*, se ha fundado una «Escuela para las esposas» á fin de suplir las innumerables lagunas de la instrucción práctica de las jóvenes, y para evitar que las recién casadas ignoren la ciencia casera, se han creado cursos de cocina. En Bélgica se han organizado también escuelas caseras, aunque dedicadas especialmente á la clase obrera.

La educación mundana forma parte de la educación práctica; pero la educación práctica no debe sacrificarse á la mundana, ni siquiera á la científica. Los cursos de educación casera de corte, de modas, son una de las más felices innovaciones de los modernos programas de estudio. No perjudican en nada á los cursos de ciencia ni de arte, sino que su aplicación es utilitaria y femenina, pues sería verdaderamente deplorable que una joven hubiera profundizado la Química, dejando á un lado las combinaciones culinarias; que estudiara Geometría, y no aprendiera á cortar una blusa ó una falda; que resolviera una ecuación, y no fuera capaz de echar sus cuentas caseras; que pintara una bonita acuarela, y no tuviera gusto para vestirse; que fuera una devota de la literatura, y no acertara á redactar una carta.

Para que se vea cómo están organizados estos cursos, he aquí el horario de las enseñanzas y trabajos del *Foyer*.

LUNES

Conferencias: los «Lunes del Foyer», de dos y media á cinco y cuarto.

Conversaciones sobre cosas caseras, de dos y media á tres y media.

Curso complementario de vendajes, de dos y media á cuatro y media.

Conversación inglesa y alemana, de las cuatro á las cinco.

MARTES

Curso de cocina, de las nueve á las doce.

Tapicería, de nueve y media á once y media.

Curso de corte, de dos á cuatro.

Curso de criadas, de dos y media á cinco y media.

Curso de lectura, de cinco y media á seis y media.

MIÉRCOLES

Cura de heridas, de las dos y media á las cuatro y media.

Curso de croquis, de las cuatro á las cinco.

JUEVES

Escuela de aplicación, de las dos á las cuatro.

Curso de pastelería, de las dos á las cuatro.

Curso de costura para las niñas, de las dos á las cuatro.

Curso de pedagogía y de método de Frœbel, de dos y media á tres y media.

VIERNES

Curso de plancha, de las nueve y media á las once y media.

Curso de modas, de las nueve y media á las once y media.

Lecciones de labores, de las dos á las cuatro.

Reunión de obras, á las dos y media.

Audiciones musicales, de las cuatro á las cinco.

Comité, á las dos y media.

SÁBADO

Conferencias: los «Sábados del Foyer», á las dos y media.

Curso de derecho, á las dos y media.

Movimiento literario, á las cuatro y media.

Curso de conversación y círculo de estudio, de las cuatro y media á las cinco y media.

Cocina para enfermos, de dos y media á cuatro y media.

*
* *

LOS EUGÉNICOS.—Como la palabra es nueva, no estará de más el definirla: el *eugénico* es, conforme á la etimología, el *bien engendrado*, es decir, el individuo que responde al ideal antropológico en virtud de la ley de la selección sabiamente aplicada.

Hasta ahora no había pasado de pura teoría la idea de la reproducción científica por el cruzamiento de las razas, para obtener individuos sanos y robustos, aptos para todo linaje de trabajos y libres de los mil alifafes que nos ha legado la degeneración de la especie en sus diversas formas. Es verdad que ya Haeckel había preconizado la creación de un comité central, encargado de elegir las muestras más perfectas de los tipos humanos, para obtener por su cruzamiento la mejora de la especie; pero esto no había pasado de un proyecto sin consecuencia ninguna.

Un médico americano, el Dr. Schutz, de Long-Beach (California), es el que ahora ha emprendido la resolución práctica del problema. Fijándose en que muchas ricas regiones no pueden ser explotadas por los rigores del clima, ó por la ineptitud de los indígenas, como sucede en Laponia con los yacimientos de carbón y metales, que no pueden ser explotados por las razas europeas, incapaces de resistir aquella temperatura, ni por los esquimales del país, por su falta de resistencia para el trabajo, ó, como ocurre en el Congo con el cultivo del caucho, que no da el rendimiento debido porque los congolese carecen también de aptitudes para el trabajo; el Dr. Schutz ha pensado en combinar las cualidades de resistencia al clima de los indígenas con las aptitudes de los europeos, creando de ese modo varias razas selectas. Para ello ha formado un primer grupo de niños, que ha adoptado, y que serán el núcleo de la nueva colonia eugénica, confiando á su mujer el cuidado de educar tres niños, uno sueco, otro inglés y otro japonés, y tres niñas, una india, otra esquimal, y otra negra, á cuyas tres parejas piensa unir otras tres formadas por un alemán, un chino y un hawayés, un español, un canadiense y un puerto-riqueño.

Todos recibirán la instrucción que se da á los hijos de blancos, según los mejores métodos, enseñando á cada uno un oficio apropiado á sus aptitudes.

Como la creación de los nuevos tipos eugénicos requiere bastantes años, y durante ellos podrían morirse él ó su mujer, el Dr. Schutz ha previsto el caso, agregando á la empresa otros sabios biólogos que le suplirán y le continuarán. El doctor cree que, con el tiempo y el trato, el afecto mutuo de los niños criados bajo su tutela determinará la unión matrimonial de sus ahijados, y así se formarán las nuevas razas.

No dudamos de esta conclusión, y celebramos las intenciones del sabio doctor americano; pero nos parece que va á llevarse un chasco monumental con su proyecto de cruce. En primer lugar, porque esos diversos niños, sometidos desde pequeños al mismo medio ambiente físico, intelectual y moral, vendrán á fundir sus rasgos diferenciales primitivos en los comunes que les imprima el ambiente y la educación, y cuando lleguen á edad de matrimoniar serán todos ellos unos americanitos. En cuanto á que con el trato lleguen á enamorarse unos de otros, como no los meta en jaulas emparejados el doctor, como á las palomas, esté seguro de que no le salen los matrimonios á su gusto. Mejor sería, y ofrecemos gratis la idea al buen doctor, ya que tanto empeño tiene en la cosa, que en lugar de andar con esas adopciones de niños, tome un buen lote de mujeres escogidas, ya formadas, que no le faltarán, porque en todas partes las hay sobrantes, y las lleve á los países en que quiera producir el tipo eugénico, que sólo así puede producirse con verdaderas garantías de éxito.

*
* *

LA ANTIPATÍA.—Puede definirse, en general, la antipatía, siguiendo á Ribot en la *Revue Philosophique*, como una actitud repulsiva que el individuo toma á la vista de un objeto; es una forma atenuada del instinto de conservación obrando

anticipadamente, y comprende tres elementos: un acto de conocimiento instintivo, un estado afectivo penoso y un movimiento de naturaleza inhibitoria. Sea individual ó social, pasa por tres estados: orgánico, instintivo y consciente. El orgánico es el que la sirve de cimiento, siendo su forma más común el disgusto con carácter de repulsión ó de negación. El instintivo afecta principalmente á los casos de antipatía física y, sobre todo, sexual. El consciente se produce bruscamente ó por cristalización; el primero empieza por una intuición afectiva é instintiva á la vez; el segundo por una débil repugnancia, que se completa poco á poco por una serie de observaciones y de juicios.

Este estudio de Ribot está completado en la misma Revista por otro de Dugas. La antipatía no es la carencia ni lo opuesto á la simpatía. La antipatía no excluye el odio, pero no lo exige; tampoco excluye el amor, pero muchas veces lo exige ó lo implica; muchas antipatías tienen su explicación en amores contrariados; á veces sucede á la amistad ó al amor y coexiste con ellos; cuando se reconcentra en el amor, no lo mata; pero se exaspera, se vuelve cruel, brutal y feroz, sin poder evitar que subsista. La antipatía no es el instinto, pero sí una forma particular del instinto de defensa de un individuo contra otros diferentes y hostiles. Es una mezcla de ceguedad y clarividencia, tanto más peligrosa, cuanto que en su grado máximo, próximo al odio, modifica profundamente los sentimientos y el carácter.

FERNANDO ARAUJO

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>El reconocimiento por España de la República Argentina</i> , por Jerónimo Bécker.....	5
<i>El año musical</i> , por Cecilio de Roda.....	26
<i>Los progresos económicos de España</i> , por Francisco Espinosa y González-Pérez.....	52
<i>La inmensa Hispania</i> , por Arturo Pérez Martín.....	76
<i>Parnaso internacional: La alborada</i> , de Juan Aicart.....	97
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	100
<i>El país del placer</i> (novela), por Edit Wharton.....	110
<i>La marina en España</i> , por Patricio Montojo	146
<i>Cómo se procesaba á un hombre de alta dignidad</i> , por Juan Pérez de Guzmán y Gallo.....	161
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	178